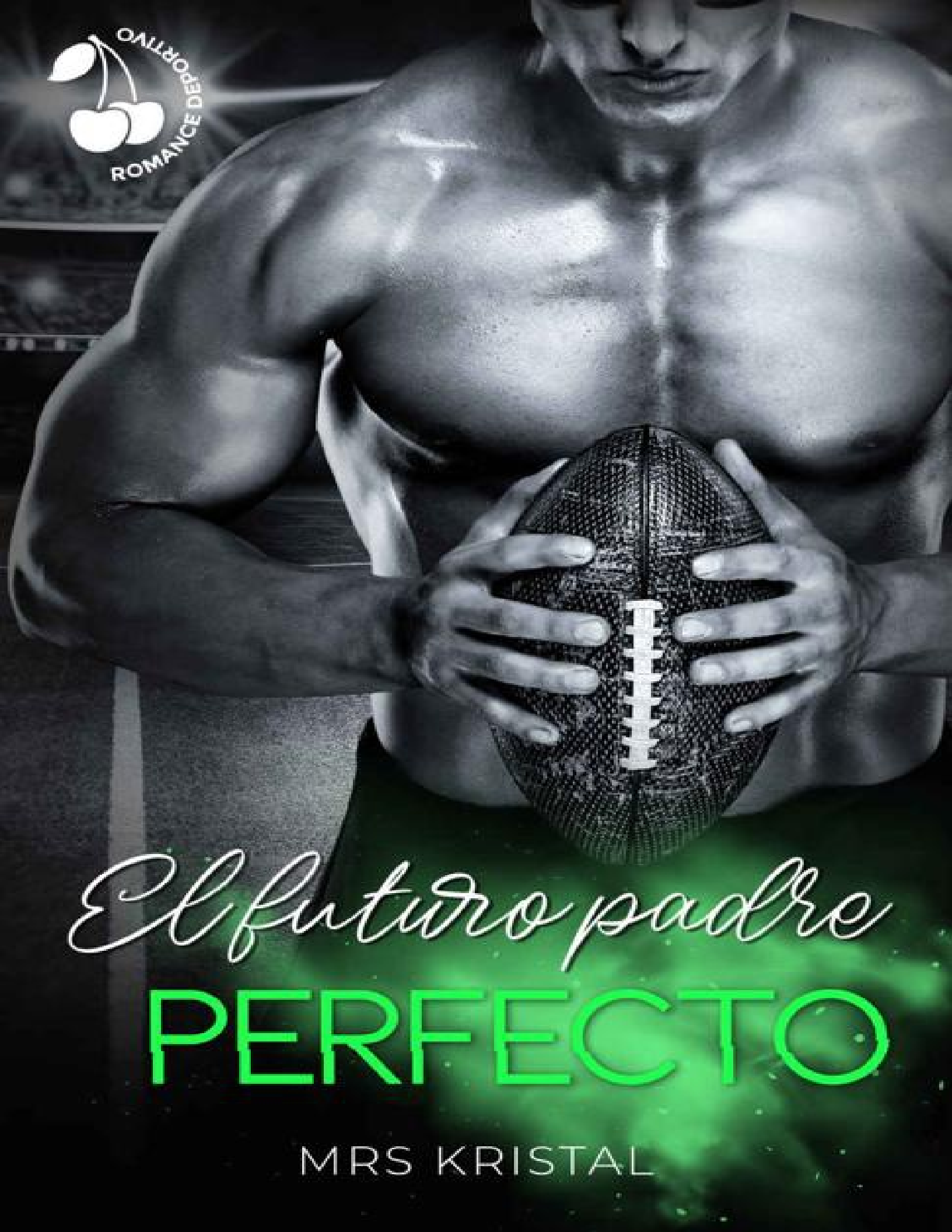


A black and white photograph of a very muscular man from the chest up, holding a football with both hands. He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is dark and out of focus, suggesting a stadium.

El futuro padre **PERFECTO**

MRS KRISTAL

Table of Contents

[Anteportada](#)

[Otros títulos de Mrs. Kristal](#)

[Síguenos...](#)

[Información legal](#)

[Advertencia de contenido sensible](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Conoce a la autora](#)

[Síguenos...](#)

[Créditos](#)

MRS KRISTAL

El futuro padre perfecto

Traducido del inglés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Otros títulos de Mrs. Kristal
publicados en Cherry Publishing España:

El compañero de piso perfecto
El novio falso perfecto
(Tomos I y II de los Lincoln Tigers)

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@mrskristal.autor](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: abril 2024

Advertencia de contenido sensible

Algunos capítulos de este libro contienen descripciones que pueden causar cierta incomodidad a las lectoras. Los hechos representados son ficticios y en ningún momento pretenden justificar la violencia o el abuso verbal.

Asimismo, en ciertos fragmentos aparecen indicios de algún trastorno de conducta alimentaria o de actitudes obsesivas hacia el peso, que en este caso, solo tienen la intención de visibilizar las inseguridades y no de fomentar la cultura del cuerpo perfecto.

Phoenix

Brístol, Inglaterra.

Pese a que estamos en abril, hoy está lloviendo de una forma casi desmesurada en Brístol, pero teniendo en cuenta los últimos meses, ya estoy acostumbrada. El mal tiempo no es más que un reflejo de mi estado de ánimo. Cuando me fui, tenía el presentimiento de que el trabajo y mi estancia en Europa serían una experiencia maravillosa, pero al cabo de unas semanas, todo se fue al garete.

Al principio la cosa iba bien, pero luego empezó todo. Vomitaba con cierta regularidad y me pesaba el cuerpo. Dos semanas después, mi amiga Sadie me obligó a ir al médico al ver que no mejoraba, y me diagnosticaron lo impensable: ¡Estaba embarazada!

Cuando llegué a Brístol, estaba de ocho semanas. Ahora estoy de casi siete meses, así que el bebé no tardará en nacer.

Pasado mañana vuelo de vuelta a Chicago y en casa nadie sabe que estoy embarazada. No me atrevía a decírselo a mi familia ni a Jake. No me parecía bien soltárselo por teléfono, y cuando me di cuenta de que faltaba poco para presentarme con una barriga enorme, me entró el pánico.

¿Qué pensarán? ¿Cómo asimilarán la noticia? Sinceramente, me da una vergüenza horrible no haber usado los anticonceptivos como tocaba. Menudo desastre...

Me doy la vuelta y me miro de perfil en el espejo de mi habitación. Como es de esperar, se me ve mucho más la barriga desde esta perspectiva. Me la acaricio, sonriente.

Tengo diecinueve años. Dentro de unas semanas cumpliré veinte y estoy embarazada. No he acabado los estudios ni tengo un título que me lleve a alguna parte y el padre de mi hijo no quiere saber nada de mí. Dicho así, mi futuro no pinta muy prometedor. Creo que es evidente por qué he mantenido mi embarazo en secreto.

Mi compañera de piso, Sadie, que es australiana, ha sido un pilar para mí: mi amiga y confidente durante todo este tiempo. Ahora falta cada vez menos para que me vuelva a Estados Unidos y no sé cómo sobrellevar la situación y contárselo a mi familia. Aunque bueno, se ve a la legua que es bastante grave.

Daré a luz en menos de tres meses. Vamos, que mi peque nacerá a finales de verano. Mi niña chiquitina...

Cuando me enteré de que iba a tener una hija, derramé un torrente de lágrimas de alegría. Estando embarazada, había llorado ya de pánico y desesperación, pero en ese momento, no pude contener la felicidad. Por primera vez, me sentí unida a mi niña. Siempre había imaginado que tendría una hija.

Aunque tenga que ser como madre soltera, porque su padre no sabe nada del embarazo. Cuando Jake eligió ser amigo de mi hermano antes que mi pareja, me lo dejó bastante claro.

Lo mío con Jake empezó hace ya años. Es el mejor amigo de Denver, por lo que ha estado rondando por casa desde que éramos niños. Cuando mataron a nuestro padre en Irak hace cinco años y medio, Jake estuvo apoyando a Denver todo el tiempo. Ellos tenían dieciséis años y yo trece, y creo que entonces ya estaba colada por él.

La primera vez que nos besamos fue hace tres años, en Navidad, bajo un ramillete de muérdago. Jake había venido a ver a mi hermano, pero aún no estaba en casa. En realidad, creo que lo hizo a propósito y que sabía de sobra cuándo llegaría Denver.

Fuimos corriendo del salón a la cocina a por algo de beber y entre y risa y risa... surgió la magia. Cuando entramos juntos en la cocina, mi madre nos dedicó una enorme sonrisa y señaló el muérdago del techo. Mi corazón dio un vuelco cuando me di cuenta de lo que quería decir.

Jake sonrió y tiró de mí. Le susurré que no podíamos hacerlo, porque para empezar, teníamos a mi madre al lado, pero me acercó aún más y posó sus labios sobre los míos. El beso fue embriagador, o así lo recuerdo yo...

Estoy segura de que para él fue uno de tantos. Tenía casi diecinueve años y había besado a muchas chicas. Denver, cómo no, llegó a casa justo cuando nos estábamos besando, pero se lo tomó a buenas después de que mamá le contara lo del muérdago.

Sin embargo, con el paso de los años, surgió la chispa. Una cosa llevó a la otra y nos acabamos acostando, pero Jake dejó claro desde el principio que para él solo era sexo. Después de todo, es el mejor amigo de Denver y yo soy su hermana pequeña; no iba a romper el código de colegas por mí...

Ahora que echo la vista atrás, debería haber rechazado a Jake la primera vez, cuando me dijo que Denver jamás se enteraría. Sin embargo, estaba... bueno, estoy enamorada de Jake, así que no pude obviar mis sentimientos. Siempre mantuve la esperanza de que, con el tiempo, viera que podíamos ser algo más. Solíamos discutir por eso a menudo, y al final, siempre acabábamos en la cama. El polvo de reconciliación era una fantasía, eso está claro, pero una de las últimas veces, el condón debió de romperse. Y ahora, o mejor dicho, dentro de tres meses, tendremos una hija.

Me acaricio la barriga y suspiro.

—¡Hola! —Sadie se asoma a la puerta—. ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien... —respondo, mirándola—. Hoy está activa...

Sadie se acerca a mí y sonríe.

—Pareces preocupada... ¿Qué te pasa?

Le devuelvo la mirada y me siento en la cama.

—Pues de todo un poco... —murmuro—. Mi familia no sabe que estoy embarazada y Jake tampoco. No quiero volver a casa.

—Claro que quieres...

Sadie piensa que debería haber vuelto a Estados Unidos en cuanto me enteré de que estaba embarazada. Por eso no me extraña que diga:

—Echas de menos a tu familia, ¿verdad? Al final van a tener que enterarse, Phoe. Seguro que te apoyan...

No me atreví a decirles por teléfono que estaba embarazada, y cuando me llamaban por FaceTime, disimulaba la barriga con unas posturas de lo más bizarras, casi siempre tapándome con una almohada o una manta gruesa. Las primeras semanas fueron especialmente duras porque mi madre me echaba una miradita desconfiada. Acababa preguntando y me quitaba lo que tuviera encima para fingir que todo iba bien.

Me masajeo las sienes y miro a Sadie. Tiene razón, pero eso no cambia el hecho de que no sé cómo decírselo. Todos estaban en contra de que me fuera a Europa con el programa Work & Travel¹. Ahora, cuando se enteren de que me he pasado la mayor parte del tiempo vomitando y apoyada en la taza del váter, embarazada y sola en un país extranjero y en otro continente, van a flipar. Y lo entiendo perfectamente...

Cuando el pasado Día de Acción de Gracias les dije que quería dejarme los estudios para ver qué me deparaba la vida por Europa, mamá, John y Denver se opusieron. No era la primera vez,

dado que tras graduarme en el insti, me habían disuadido de cumplir mi sueño. Aquella vez se habían salido con la suya. Sin embargo, hace más de medio año, Madison, su novio Fynn y Sienna me dijeron que se alegraban mucho por mí y se pusieron de mi parte. Al final, mamá, John y Denver me dieron su aprobación.

La última vez que vi a Jake fue unos días antes de irme a Bristol. La verdad es que no quería volver a verle, porque ya estaba demasiado disgustada por tener que irme, pero él no cejaba en su empeño, así que acabé cediendo. Pasó a por mí y fuimos a comer algo. Hablamos, estuvimos recordando buenos momentos y luego me llevó a casa y me deseó un buen viaje. Tenía la esperanza de que me pidiera que me quedara y estuve cruzando los dedos hasta el último minuto, pero Jake no dijo nada.

Está claro que no me quiere y que es tan leal a Denver que ni siquiera se plantearía tener algo serio conmigo. Lo nuestro era solo sexo, como me había advertido en un principio...

—Oh, Phoe... —Sadie me acaricia la espalda—. Todo va a salir bien.

—Eso espero... —resoplo y la miro—. No tengo trabajo ni dinero y no sé qué haré si me echan de casa...

—Nadie te va a echar de casa —dice Sadie con severidad, sacudiendo la cabeza—. Tu familia te quiere y cuidará de ti y de tu peque. Y si no, haré lo que haga falta para llevarte a Melbourne.

Al escuchar sus palabras, no puedo evitar reírme. Cada vez que me asusto y pienso que la situación va a poder conmigo, me invita a ir a Australia.

«Y luego ya veremos cómo nos las apañamos...» —suele añadir mi amiga.

—Primero tengo que contárselo a mi familia —digo—. Encontraremos alguna manera de... encajar la situación.

Un tanto falta de confianza, le dedico una sonrisa a mi amiga, pero sé que no hay solución posible.

Mamá se echará a llorar y pensará que he echado mi vida a perder.

Denver me pegará tal bronca que me provocará un parto prematuro.

Bueno, puede que Madison esté feliz de ser tía...

Pero Jake... Jake nunca sabrá que es su hija.

¹ N. de la T. En español, «Trabaja y viaja».

Jake

Lincoln, dos días más tarde.

Salgo de las duchas del estadio y me dirijo a los vestuarios. Esta semana empezamos a entrenar para la próxima y última temporada de la uni. Denver, Darren, Tyler y yo, y algunos jugadores más, tenemos la esperanza de jugar en la NFL la próxima primavera. Hay que decir que nosotros cuatro somos los que más papeletas tenemos de conseguir que nos seleccionen. De hecho, Darren y Denver han hecho algún que otro entrenamiento de prueba para los cazatalentos de diferentes equipos, entre los que se incluyen los Minneapolis Warriors, que ahora todos sabemos que son propiedad de Millie, la novia de Darren.

Cuando descubrimos que Millie Mouse —así la llama Joy—, la ratoncita tímida y mojigata del campus, viene de una familia multimillonaria y que es la futura dueña de todo un imperio futbolístico, nos quedamos a cuadros. Darren nos lo contó unos días después de enterarse. Tenía que procesar lo que Millie le había confesado. Todos nos quedamos en *shock*, pero desde entonces, Millie ha cambiado. Para mejor, diría yo, porque ahora es mucho más abierta y a veces hasta suelta alguna que otra palabrota, lo cual es inevitable cuando estás con Darren Andrews.

¿Y Darren? Bueno, tiene a Millie en un pedestal, como no ha tenido a ninguna otra. Aunque siempre ha sido de los que buscan un polvo rápido y sin ataduras, me da que ha encontrado a la adecuada. Sin embargo, según dicen, ambos tienen un poco de miedo de lo que pueda pasar cuando fichen a Darren. Pero bueno, están decididos a hacer que funcione.

Denver lleva un año y medio con Sienna y se le ve tan feliz como a Darren. A estas alturas, el comienzo de la relación de mi amigo y Sienna es una historia más de la que reírse.

Darren se mudó con Millie a su ático unas semanas después de que le soltase la bomba. Y Tyler... Bueno, es el único del grupito que sigue viviendo la vida de soltero conmigo.

No entiendo por qué Darren, de todas las personas, renunciaría a su antigua forma de vivir tan rápidamente, y más sabiendo que tuvo que presentar a Millie a su familia por necesidad.

Por otro lado, no sé si yo seguiría soltero si hubiera sido sincero hace seis meses. De hecho, probablemente estaría en una relación y la chica de mis sueños estaría aquí conmigo. Pero por desgracia, ya no tendría un mejor amigo, porque Denver nunca toleraría que saliera con su hermana pequeña.

Denver lleva siendo mi mejor amigo más de diez años y conozco a Phoenix prácticamente desde entonces. Al principio pensaba que era una plasta, pero según fue creciendo, y tras el fallecimiento de su padre, me fue cayendo cada vez mejor. Sin embargo, siempre me las arreglé para mantener las manos lejos de ella, hasta el fatídico día de Navidad de hace tres años.

Solía ir a casa de los Jones porque sabía que Phoenix estaba en casa. Por aquel entonces, intentaba acercarme a ella, para averiguar si la atracción que sentíamos era fruto de mi imaginación o no.

La señora Jones había colgado muérdago en la puerta de la cocina que daba al salón. Phoenix y yo acabamos de pie bajo el ramillete y la señora Jones insistió en que nos besáramos. Recuerdo que Phoenix me miró con sus grandes ojos azules mientras yo tiraba de ella hacia mí. Con las manos en sus caderas, me incliné ligeramente y posé mis labios sobre los suyos. El beso fue genial: el mejor que me habían dado en la vida. Phoenix y yo nos olvidamos del mundo que nos rodeaba hasta que la señora Jones carraspeó y nos separamos, sobresaltados. Me separé de ella

de inmediato y Phoenix me miró con ojos tristes.

Para colmo, Denver entró por la puerta de casa en ese preciso instante y quiso saber qué estaba pasando. La señora Jones le puso al corriente y pensé que me mataría ahí mismo, pero Denver no se tomó el beso en serio.

Después de aquello, pasaron casi dos años hasta que nos acostamos por primera vez. Luego seguimos haciéndolo con frecuencia hasta que Phoenix se marchó a Europa.

Cuando me lo contó, me quedé de piedra. Algo dentro de mí quería detenerla, pero finalmente decidí dejar marchar a Phoenix y permitir que el océano pusiera distancia entre nosotros. No he sabido nada de ella desde entonces. Lleva casi siete meses ignorándome y tengo que aceptarlo. Al parecer, Phoenix también está distante con Denver y su familia. Tal vez haya encontrado lo que buscaba y ahora sea feliz.

Se me encoge el corazón y me duele con tan solo pensar que, tal vez, esté con otro chico, que otra persona pueda hacerla más feliz de lo que yo jamás podría.

Siendo sinceros, nunca he tratado de hacerla feliz. Al menos no como le habría gustado a Phoenix. Nunca me jugué el cuello por ella y siempre la traté como un rollete secreto que me la ponía dura. Bueno, eso sigue sucediendo. El sexo con Phoenix era genial, y aunque me he acostado con otras chicas durante los meses en los que ha estado fuera, nunca he sentido lo mismo que con ella.

Me quito la toalla y la tiro al cesto de la ropa sucia. Desnudo, me dirijo a mi taquilla y la abro.

—Hola —Denver se acerca a mí, también desnudo, y saca un par de calzoncillos de su taquilla—. Buen entrenamiento el de hoy, ¿eh?

—Sí, la verdad... —le digo y me pongo un bóxer y unos vaqueros—. Espero que seamos capaces de defender el título¹...

Darren sale de las duchas e interviene en la conversación.

—Claro que lo seremos... ¿Te vas ya al aeropuerto? —pregunta, volviéndose hacia Denver.

Levanto las cejas y miro a mi mejor amigo.

¿Qué dice Darren?

Si Denver va al aeropuerto de Chicago, solo puede significar una cosa: que Phoenix vuelve a casa.

Se me acelera el pulso. Estoy deseando volver a verla y hablar con ella. Quiero arreglar las cosas y, suponiendo que Phoenix siga por la labor, pedirle salir. De hecho, quiero hacerlo delante de Denver, aunque eso implique que mi mejor amigo no me dirija la palabra en un tiempo.

Sienna, Joy, Darren, Millie y Tyler saben el rollo que nos traíamos. El único que no lo sabe es Denver y estoy seguro de que Sienna tampoco se lo ha dicho. Puede que esté haciendo la vista gorda por su amiga...

—Sí —responde Denver—. Phoenix no sabe que Sienna y yo vamos a recogerla. Mamá y John tenían un compromiso con Madison.

—¿Por qué no has dicho nada? —pregunto, colocándome la camiseta.

—No sabía que te importase tanto...

Levanto las cejas y le pregunto en silencio si va en serio. Darren se ríe a mi lado y me da ganas de darle un puñetazo en la cara. El muy idiota tendría que estarse calladito. Claro que me importa que Phoenix vuelva a casa. Llevo meses esperando este momento.

—Claro que me importa... —respondo indignado—. Somos buenos amigos, ¿no?

—Hace meses que no preguntas por ella, tío... —dice Denver, cerrando la taquilla.

En eso tiene razón. No lo he hecho para protegerme, para no coger un avión a Bristol y pedirle de rodillas que me perdone. En lugar de eso, preferí fingir que Phoenix ya no estaba en mi vida. No importaba cuánto la echara de menos y cuántas veces deseara tenerla aquí conmigo. Sobre todo en Navidad, o cuando ganamos el campeonato universitario en enero... No estar con ella se me hizo insoportable.

El campeonato ha sido el mayor logro deportivo de mi carrera hasta el momento, y cuando vi a Denver con Sienna, pensé inmediatamente en Phoenix. Quería hacerla girar en el aire y darle un beso con sabor a victoria. En lugar de eso, respondí a su mensaje con un simple «gracias» y decidí no caer en la tentación, sino ir en contra de lo que me dictaba el corazón.

Ojos que no ven, corazón que no siente.

—¿Y por eso crees que no me importa? —le suelto a mi mejor amigo.

Tyler, que pasa por nuestro lado, levanta las cejas. Es igual de capullo que Darren y le hace muchísima gracia que no le diga la verdad a Denver.

—Vale, tío, lo siento... —dice mientras suena su iPhone y contesta a la llamada—. Hola, nena.

Miro a Tyler y Darren sonreír. Obviamente, es Sienna.

—Conque Phoe está de vuelta... —Darren chasquea la lengua—. ¿Y ahora a dónde se va?

—¡Yo qué sé! —susurro, recogiendo mi bolsa de deporte—. Nadie se ha dignado a decirme que volvía hoy.

—Pues pregúntate por qué... —interviene Tyler, guiñándome un ojo—. Yo creo que la chica se alegrará de verte...

El sarcasmo de mi amigo me sienta como una patada.

—Tío, Tyler —le reprende Darren—, no seas capullo...

Suspiro y le doy una palmada en el hombro a mi colega.

—Tiene razón —admito—. Ni de coña se alegrará de verme...

Me echo la bolsa al hombro y sonrío a Tyler y Darren antes de salir con ellos del vestuario. Que Phoenix vuelva a Lincoln es algo que necesito procesar, pero prefiero hacerlo solo.

Solía hablar con Denver todo el tiempo, pero ahora que está con Sienna y bueno, que no puedo contarle lo de Phoenix, nos hemos distanciado un poco. Sigue siendo mi mejor amigo, obviamente, pero es diferente. Denver cree que ya no quiero hablar de esas cosas con él, así que no me cuenta nada de Sienna ni de él.

Denver, que estaba caminando delante de nosotros, se frena en seco.

—Sienna no puede venir —dice Denver abatido, mirándome—. ¿Puedes llevarme tú?

—¿Yo? —pregunto—. Pero si sabes que me trae sin cuidado Phoe...

Denver pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Pues no vengas... —gruñe y yo rechisto.

Sus hermanas siempre han sido su punto débil. Lleva sintiéndose responsable de Phoenix y Madison desde que perdieron a su padre a una edad tan temprana. Denver cree que tiene que asumir ese papel y a veces se le olvida que es solo su hermano. Ser responsable está muy bien, pero no de una forma tan obsesiva. Después de todo, solo tenía dieciséis años cuando murió el teniente coronel Jones. Ese día, Denver dejó de ser un adolescente. Nunca digirió la muerte de su padre, a diferencia de sus hermanas y su madre, pero eso es algo que no me atrevo a decirle. Seguro que me descuartizaría.

—Denver —Le agarro del hombro y le miro atentamente—, cálmate, tío. Claro que te llevaré

al aeropuerto, y si no quieres que vaya, puedes coger mi coche. Darren o Tyler me llevarán a casa.

Denver me mira y suspira.

—Perdona... —responde—. Vamos a recoger a Phoenix, anda. Seguro que le hará más ilusión verte a ti que al plasta de su hermano mayor.

Lo dudo mucho. Aun así, no puedo negar que me alegra que Denver quiera ir conmigo. He echado muchísimo de menos a Phoenix estos últimos meses.

—¡Qué va! —contesto, dándole un codazo a Denver—. Eres su hermano. Es evidente que te ha echado de menos a ti y no a mí.

Por suerte, Darren y Tyler guardan silencio. Ojalá lo hicieran siempre.

—Si tú lo dices... —dice Denver.

—Tú también la has echado de menos, ¿verdad?

—Un poco, quizá... —responde él, echándose la mochila al hombro—. Venga, vamos. No quiero llegar tarde.

Denver mira por la ventanilla mientras tomamos la interestatal hacia Chicago.

—¿Estás nervioso? —le pregunto y me mira.

—No... —dice entre suspiros—. Es solo que... No sé... Ya sabes cómo es Phoe. ¿Y si quiere irse a Sudamérica o a Australia? No puede huir de sus responsabilidades el resto de su vida.

—Denver... —respondo, tratando de expresar lo que pienso de una manera que no me haga chocar con mi mejor amigo.

Aunque haya echado mucho de menos a Phoenix y probablemente tenga gran parte de la culpa de que se fuera, sé que hizo lo correcto. No estaba preparada para ir a la universidad después del instituto, pero no se atrevió a decírselo a su madre ni a Denver. Aunque me ofrecí a hablar con Denver varias veces, ella nunca quiso. Por eso no me lo pienso dos veces y continúo:

—Phoenix no estaba preparada... No lo estaba al acabar el insti y no lo estaba hace seis meses. Me he pasado mucho tiempo estudiando con ella, y simplemente... No lo entendía. No estaba hecha para la economía.

—Debería haberse esforzado más.

Como me esperaba una respuesta como esa, pongo los ojos en blanco. Luego Denver añade:

—No estaríamos donde estamos si no nos hubiéramos esforzado más.

—A nosotros nos apasiona el fútbol; no puedes comparar ambas situaciones. Phoenix odiaba sus estudios, ¿vale?

Sin querer, alzo la voz y respiro hondo, con cuidado de no empezar una discusión. Luego, añado:

—Lo intentó por ti, pero no se le daba nada bien...

—Pues que hubiera estudiado otra cosa, ¿no?

—¿Nunca se te ha pasado por la cabeza que quizá no fuera lo suyo? —le dejé caer—. ¿Alguna vez le preguntaste qué quería hacer? Claro que no, ¿por qué ibas a hacerlo?

—¿Por qué me tocas la moral de esa forma? —gruñe Denver—. Phoenix es mi hermana y solo yo sé lo que es mejor para ella.

Ahora sí que he tenido suficiente.

—Así es, Denver... ¡Es tu hermana! Y tú eres su hermano, no su padre. En lugar de hacer constantemente lo que tu padre habría hecho para ayudar a tu madre a criarla, no habría estado de más darle un abrazo de vez en cuando y decirle que no pasa nada si algo no le gusta. Como hacen los hermanos mayores.

—¡¿Cómo puedes decir eso?! —grita.

Era de esperar que se le fuera la olla de inmediato. Denver sigue con su arrebato de ira y suelta:

—¿Y qué se supone que tenía que hacer? ¿Tienes idea de cómo fue para mí?

—¡Me cago en todo, Denver!

No me apetece discutir con él, especialmente sobre este tema, pero si se trata de que Phoenix tenga una oportunidad justa de decidir su futuro, esta conversación llega con mucho retraso. Por eso, añado:

—Yo estuve allí, tío. Todo el tiempo. Fui yo quien bebió contigo para olvidar, y fui yo quien eligió contigo el traje para el funeral. Fui yo quien os llevó al entierro. A Phoe, a Mad, a tu madre y a ti. Sí, era tu padre y sí, sé que no puedo ni imaginarme el dolor que sentiste y tampoco querría hacerlo, pero eres mi mejor amigo desde que éramos niños. Moriste ese día con tu padre... una parte de ti murió con él. Y esa parte es la que está machacando a Phoenix.

Denver se queda en silencio, mirando por la ventana. Yo hago lo mismo, aprieto los labios y no digo nada. Una vez más, es evidente que no procesó la muerte de su padre. A diferencia de su madre, Phoenix y Madison, la terapia familiar no funcionó con Denver. Durante años, ha mirado a John como a un intruso y no ha valorado el bien que ha hecho en la vida de su madre.

—¿Eso es lo que piensas? —suelta—. ¿Que estoy... muerto?

—Una parte de ti lo está, sí. Te has olvidado de lo que es ser hermano e hijo. Un día también serás padre, está claro, pero... Madison y Phoenix son tus hermanas. Tu madre sabe lo que hace, y está cumpliendo con todo lo que tu padre habría querido. Entiendo que quieras apoyarla y hacer que tu padre esté orgulloso, pero estás destrozando la vida de Phoenix por el camino.

—Lo único que quiero es que ella llegue a algo en la vida —contesta desesperado—. Y la única forma de que eso ocurra es que vaya a la universidad y madure.

—Aún no ha cumplido los veinte —le digo—. ¿Qué esperas que haga? ¿Qué hacías tú antes de Sienna? No te hagas el moralista. A ti también te gustaba...

—No se trata de su vida sexual. ¡Eso no me importa, joder!

Denver frunce los labios de repugnancia. Me alivia saber que no se interesa por esas cosas y que, por tanto, no sabe lo que pasó entre nosotros. Luego, mi mejor amigo añade:

—Se trata de su carrera. Le exijo mucho, pero es por su propio bien. A mí me encanta el fútbol, pero jamás he descuidado los estudios.

—Tú no eres Phoenix —aclaro por última vez—. Los jugadores de fútbol tenemos una disciplina muy distinta en la uni y ya sabemos lo que pasa cuando dejamos de lado los estudios...

—Bueno, puede ser... —admite—. Intentaré ser mejor hermano. La echo de menos.

—Ya lo sé, ya...

—Espero que su estancia en Brístol le haya servido de algo y que ahora sepa lo que quiere hacer con su vida —dice Denver—. Y lo digo en serio, Jake. Creo que le metí demasiada caña.

—Sí, eso está claro... —le respondo—. Estoy seguro de que te dará otra oportunidad...

Sonríó a Denver y tomo la salida en dirección al aeropuerto.

¹ *N. de la T.* Se refiere al puesto de campeones universitarios, que ganaron en el año en que Denver y Sienna comenzaron a salir.

Phoenix

Es extraño volver a pisar suelo estadounidense al bajar del avión. El vuelo me ha afectado más de lo que esperaba. Estoy harta no, lo siguiente, de estar sentada. Me duelen las piernas y no creo que la pequeña de mi barriga esté muy contenta de haber cruzado el Atlántico. En total, el vuelo ha durado casi veinte horas, contando la escala en Lisboa. Demasiado tiempo para una embarazada.

—Perdona... —Levanto la cabeza y miro a la amable empleada del aeropuerto—. Soy la señora Turner. Te acompañaré a la recogida de equipajes y luego a la salida.

—Vale —le digo, sonriéndole—. Gracias.

Me pongo las manos en la barriga mientras seguimos avanzando. Poco a poco me sumerjo en mi antigua vida, que a la vez parece tan nueva y distinta. Dentro de dos meses seré madre. Mi vida dará un cambio radical, que se extenderá también a mi familia. Mi madre y John serán abuelos, Madison y Denver serán tíos. Todo será nuevo y diferente, lo cual me preocupa, pero estoy impaciente por tener por fin a mi pequeña en brazos.

—¿De cuánto estás? —me pregunta la señora Turner señalándome la barriga.

—De veintiséis semanas —respondo con una sonrisa en los labios.

—¿Y te has ido tan lejos?

La señora Turner parece preocupada de verdad y me muerdo el labio por la culpa. Sé que no es habitual volar a estas alturas del embarazo, pero no quería que mi hija naciera en Inglaterra. ¡De ninguna manera!

—Soy estadounidense —respondo—. Nací en Chicago y no supe que estaba embarazada hasta que llegué a Inglaterra.

—Ah... —responde ella—. ¿Van a venir a recogerte?

Hasta ahora he hecho un gran trabajo ignorando el hecho de que mamá y John van a venir a por mí, pero es hora de volver a la realidad. En unos minutos estaré frente a ellos y el jersey fino que llevo hoy no va a esconder mi barriga, no hay duda. Al menos no tengo que anunciarlo a lo grande... Lo verán enseguida.

—Mi madre viene a recogerme —respondo, y ella asiente.

Juntas llegamos a las cintas de equipaje y esperamos a que salga mi maleta. Pasado un rato, la diviso a lo lejos y se la señalo. Al estar embarazada, no podía cargar con la mayoría de mis cosas, así que las dejé en Bristol. De todos modos, nunca recuperaré el cuerpo que tenía antes. Me compraré ropa nueva después del parto y ya está.

La señora Turner saca mi maleta de la cinta de equipajes y la deja a mi lado.

—¿Llevas más equipaje?

—No —digo con una sonrisa—. Gracias...

—Entonces vamos a la salida.

—Sí —murmuro y me pongo las manos en la tripa—, vamos.

Mientras la sigo por la sala de recogida de equipajes y paso por la aduana hacia la salida, el corazón me late cada vez más deprisa. Cada vez estoy más nerviosa y no puedo creer que vaya a volver a ver a mi familia después de más de medio año. La preocupación por el embarazo da paso a un sentimiento de alegría al pensar en el reencuentro.

Los he echado mucho de menos en Brístol, sobre todo a mi madre. Hubo muchos momentos en los que deseé que estuvieran a mi lado, porque tenía muchas preguntas, o en los que necesitaba que alguno viniera a apoyarme.

Sadie no ha conseguido llenar el hueco de no tener cerca a mis seres queridos. Sin embargo, ha sido un apoyo increíble para mí todos estos meses y, en cuanto pueda, iré a Australia a verla o la invitaré a Chicago. Sin ella, me habría sido imposible hacer muchas cosas en Inglaterra.

Dejo de pensar en mi amiga y pongo la espalda recta. Luego me agarro la tripa con ambas manos.

—¿Crees que puedes ir sola desde aquí? —me pregunta la mujer, tendiéndome el asa de la maleta.

—Sí. Muchas gracias... —susurro—. Adiós.

—Adiós —dice ella, repitiendo mis palabras—. Y buena suerte cuando alumbres.

La señora parecía mayor, pero me ha pillado desprevenida al usar un verbo tan viejuno como «alumbrar» para referirse al parto. Lo normal habría sido decir «dar a luz», ¿no?

—Gracias —le digo, confusa.

Me doy la vuelta, respiro hondo y recorro la terminal de llegadas con la mirada, buscando a mi madre y a John. Con valentía, doy un paso tras otro, pero no consigo verlos. Esto está a rebosar, así que no hay forma de localizarlos.

—¡Phoenix!

Una voz que me resulta demasiado familiar me llama y me doy la vuelta. Oigo que se dirigen a mí una vez más:

—¡Estamos aquí!

Radiante y con los brazos extendidos, Denver viene hacia mí. En ese momento, me olvido del bebé y de todas mis preocupaciones. Suelto la maleta y dejo caer el bolso mientras corro hacia él.

—¡Qué alegría que estés en casa! —exclama mientras me coge en brazos y me hace girar por los aires.

Gritando, me aferro a él, apenas consciente de que su cuerpo ejerce presión en mi barriga. Denver se detiene bruscamente y me deja suavemente en el suelo.

Me empuja ligeramente de los hombros para apartarme y averiguar qué había exactamente entre nosotros. Cuando ve mi barriga, abre los ojos de par en par.

Me mira fijamente; es incapaz de emitir ningún sonido. Siento un tremendo malestar y me llevo las manos a la tripa para protegerla. Denver me fulmina con la mirada y me muerdo el labio nerviosa, porque no dice nada. No pienso ponerme a llorar aquí mismo.

—Hola, Denver —consigo decir—. Yo también me alegro de verte.

Me entran náuseas, pero como estoy acostumbrada a estar embarazada, no tardo mucho en buscar una papelera por si necesito vomitar, aunque sea delante de cientos de personas en el aeropuerto de Chicago.

Denver fija su mirada de asombro en mi tripa, pero sigue sin decir nada.

Y si antes tenía ganas de vomitar, ahora tengo el doble. Detrás de Denver, Jake me mira interrogante.

—¡Hola! ¡Has vuelto!

Obviamente aún no ha echado un vistazo a mi tripa; de lo contrario, no estaría tan alegre.

Asiento y me fuerzo a sonreír.

—Sí... —murmuro—. Es una alegría estar de vuelta, ¿verdad, Denver?

Mi hermano me mira, todavía en *shock*, pero asiente. Denver da un paso hacia mí y me da otro abrazo, tan fuerte que apenas puedo respirar. De todos modos, lo rodeo con los brazos para asegurarme de que está bien. Con dificultad, lucho contra las lágrimas que han empezado a brotar de mis ojos.

—Lo siento... —digo con voz ronca—. Es que... No podía decírtelo por teléfono.

No sé por qué una disculpa es lo primero que sale de mi boca. Sin embargo, es la verdad. No podía decírselo por teléfono; no me parecía bien.

Denver me aparta y me seca las lágrimas.

—Vámonos a casa —dice, sin responder a mis palabras.

Aprieto los labios y asiento con la cabeza. Mi hermano hace una pausa y luego dice:

—Jake conduce.

—Oh... —murmuro, apartando la vista de Denver para dirigirla a Jake.

Hasta ahora, he evitado mirarle directamente, pero ya va siendo hora de levantar la cabeza. ¡Hay que ser valiente!

Está guapísimo. Mucho más que hace seis meses. Lleva una camiseta blanca que deja ver su cuerpo musculoso. Las mangas cortas se amoldan a sus bíceps firmes. Lleva la barba bien recortada y me mira con sus ojos marrones y la misma amabilidad de siempre. Espero que nuestra hija tenga sus ojos.

—Hola —le contesto al fin, soltando a Denver.

No tiene sentido aferrarme a él e impedir que Jake vea mi barriga, ¿no? Quizá le diga que estoy embarazada de casi seis meses. Puede que así... ¡Mierda, aún podría pensar que es el padre! Nos acostamos al menos una vez más después de que me quedara embarazada —según mis cálculos— y él lo sabe. Y tengo la barriga demasiado grande para el quinto mes.

—Hola —dice suavemente—. ¿Quieres que te lleve las maletas?

—Sí, estaría genial... —dice Denver antes de que tenga oportunidad de responder—. Gracias.

Jake asiente y pasa junto a nosotros. En ese momento, Denver se aparta de mí y le deja a Jake una vista clara no, clarísima de mi barrigón. Se detiene y me mira fijamente. Al igual que Denver, es incapaz de decir nada.

Me vuelvo a poner las manos en la barriga para protegerla de sus miradas indiscretas. Y yo que pensaba que la mirada de Denver me incomodaba... ¡No es nada en comparación con la de Jake! Intento adivinar lo que se le pasa por la cabeza, y cuando me muerdo el labio por la culpa, levanta las cejas.

Desvío la mirada lo más rápido que puedo. Estoy segura de que habrá notado que me siento culpable. Tendrá muchas preguntas que hacerme, y con razón.

Estas últimas horas he estado pensando mucho en cómo sería volver a verle. Sobre todo en el dónde y el cuándo. Pero ahora está frente a mí, con Denver, y van a llevarme a casa. Las dos personas que no quería que se enteraran de mi embarazo, así, de repente, son las primeras en saberlo. Me siento muy incómoda y solo quiero salir pitando de vuelta a Inglaterra.

—¿Nos vamos? —pregunta Denver y yo asiento.

Mi hermano me rodea con el brazo y me lleva a la salida. Jake me sigue con el equipaje.

Permanezco en silencio de camino al coche. Me acomodo en el asiento de atrás, contenta de que Denver no esté sentado a mi lado.

—¿Dónde está mamá? —pregunto y Denver se vuelve hacia mí.

—Está con John y Madison —responde.

—¿Y Sienna? —sigo preguntando.

—No ha llegado a tiempo al estadio... —responde con desaire.

Le molesta que me dedique a hablar de cosas triviales, que ahora mismo carecen por completo de importancia. Aun así, continúa:

—Darren me llevó al entrenamiento esta mañana y le pedí a Jake que me llevara al aeropuerto. ¿Responde eso a todas tus preguntas?

Denver se dirige a mí con un tono tenso, así que me limito a asentir. Está cabreado y quiere respuestas. A cada segundo que pasa, percibo cómo se le va acabando la paciencia.

—¿Adónde queréis que os lleve? —pregunta Jake de repente y yo doy un respingo—. ¿A casa de vuestra madre o a la tuya, Denver?

—A mi casa —responde mi hermano como si fuera algo evidente.

—¡No! —grito, mientras noto cómo el pánico se despierta en mí.

Ni de coña voy a ir a la casa de Denver y Sienna.

—Quiero ir a casa de mamá...

Es probable que Denver quiera contarle a nuestra madre su versión de mi embarazo antes de que yo tenga la oportunidad de hacerlo. No me extrañaría, y es algo que debo evitar a toda costa.

—Llévame a casa, Jake... —le ruego.

—Jake —objeta Denver—, vamos a Lincoln. Se queda conmigo.

—¡Denver, por favor! —le imploro desde el asiento trasero, sacudiendo la cabeza con vehemencia. —Puedo cuidar de mí misma y esperar a que vuelvan mamá y a John. No te necesito para eso.

—No —vuelve a objetar Denver.

Me estoy volviendo loca. Él no tiene derecho a decidir dónde me quedo y dónde no. Soy lo bastante mayor para decidir por mí misma. Eso es lo que he estado haciendo durante los últimos meses y me ha funcionado.

—Jake —le digo—, por favor, llévame a casa de mi madre...

—Vas a quedarte con Sienna y conmigo por ahora. Cuidaremos de ti. Luego decidiremos qué hacer.

Jadeo. Pero ¿se le ha ido la pinza o qué? Darren ha debido placarle con todas sus fuerzas en un entreno, porque no rige. Estamos en el siglo XXI y no necesito la aprobación de Denver para vivir mi vida.

—¿Que podéis cuidar de mí? —grito—. ¿Qué coño significa eso? ¿Y qué es eso que hay que decidir? ¿Qué tenéis que decir Sienna y tú sobre mí, sobre mi bebé?

La rabia me carcome y aprieto los puños.

—Pero ¿te estás oyendo, Phoenix? —gruñe Denver, dándose la vuelta.

Tiene la cara roja como un tomate y añade:

—Sabes exactamente lo que significa. Ya te he dicho que tenemos que decidir qué hacer a continuación. No vas a poder valerte por ti misma en las próximas semanas. Estarás mejor con Sienna y conmigo.

Le brillan los ojos al mirarme. Respiro hondo, con las fosas nasales dilatadas y echando humo. Sin embargo, me repito una y otra vez que debo mantener la calma. Estoy embarazada y no debería alterarme de esta forma, y menos por el testarudo de mi hermano.

—¿Eso crees? —susurro—. No vas a decidir nada, Denver. Por si no te has dado cuenta, no eres la primera persona a la que acudo cuando algo va mal.

—¡Estás embarazada, Phoe! —exclama, gesticulando de forma agresiva con las manos—.

Vas a venirte a vivir con Sienna y conmigo. Fin de la discusión.

—Estoy embarazada de siete meses —le digo bruscamente, antes de darme cuenta demasiado tarde de que me he delatado—. ¿Qué crees que he estado haciendo desde entonces?

—No sé si quiero saberlo... —suelta—. Se te ha debido ir la olla pero bien. ¿Cómo no te volviste a casa en cuanto te enteraste? ¿Y a qué viene ese ego? Podría haberte pasado algo en Brístol. A ti y al bebé. Eres tan inmadura... No tienes ni puta idea de nada, Phoenix. Por eso me toca cuidar de ti.

Sus palabras me duelen porque no son ciertas. Puedo cuidar de mí misma y también del bebé. Estoy bien y no soy una inconsciente. Sienna también podría quedarse embarazada, ¿y qué hará Denver si eso ocurre? ¿La trataría como me trata a mí?

—No eres mi dueño, Denver —respondo con tristeza—. Estamos en el siglo XXI y no tengo por qué obedecerte hasta que me encuentres un marido. Ya sé que estoy embarazada y que voy a necesitar ayuda en las próximas semanas, pero no te atrevas a hablarme así.

Sus consejos, aun bien intencionados, me ponen de los nervios. Ya soy mayorcita para cuidar de mí misma. Al bebé no le ha faltado de nada estos últimos meses. Se está desarrollando perfectamente. No quiero que se sienta libre de decirme lo que nos conviene a las dos. Es su tío, no su padre.

Me hermano se recuesta en silencio.

—Aun así, creo que es mejor si te... cuido por ahora.

Estoy segura de que quería decir otra cosa, pero debe haber pensado que «cuidar de mí» suena mejor que «decidir por mí». Porque eso es lo que Denver quiere hacer: ¡controlarme!

—No sabes de lo que hablas, Denver...

—Soy tu hermano mayor, y por eso te digo...

—¡Basta!

La voz de Jake nos silencia de inmediato y dice de nuevo:

—¡Basta ya, los dos! Voy a llevarte a casa, Phoe.

—Gracias —le digo, sonriéndole.

Sé que puede verme por el retrovisor.

—Y luego ya podréis hablar —continúa y suspiro—. Hasta entonces, no quiero que abráis la boca, ninguno de los dos. Sois peores que dos buitres peleándose por la carroña. Quizá deberíais empezar por el fondo de la cuestión.

—Jake... —dice Denver—. Esto no es por...

—No es por el embarazo... —gruñe—. Eso es lo que ibas a decir, ¿verdad?

Para mi alivio, Denver finalmente no dice nada. Ya no tengo energía para lidiar con él. En el fondo, sé que esto es solo un pequeño respiro hasta que lleguemos a casa. Jake ha aceptado llevarme a casa de mis padres, pero eso no significa que Denver haya terminado de decir lo que piensa. Aunque suene extraño, me gustaría que Jake se quedara y mantuviera a Denver a raya. Pero no puedo pedírselo y tampoco soy capaz de hablar con él.

En silencio, miro por la ventana y veo pasar las casas del barrio. Mamá y papá se alegraron mucho cuando nos mudamos a Chicago, ya que así no tendríamos que atravesar el país para ver a papá. Por supuesto, fue duro no haber pasado tanto tiempo con él como hacían otros padres. Y lo fue aún más para Denver, que aún no ha asimilado la muerte de papá y, a menudo, se pasa cuatro pueblos conmigo por esa misma razón.

Sin embargo, a mí me da que no solo se preocupa por mí como un hermano mayor, sino que también se las gasta de padre, como si se lo debiera. De todos modos, hoy se ha pasado de la

raya. No dejaré que me trate así. Al fin y al cabo, es mi hija, no la suya.

Jake aparca el coche en la entrada.

—Ya hemos llegado —dice apagando el motor.

Denver se desabrocha el cinturón y sale sin decir palabra. Dudo un momento y me desabrocho yo también, sin querer aprovecharme de la amabilidad de Jake. Lo ha hecho por Denver, no por mí. Seguro que solo quiere llegar a casa.

—Oye, Phoe... —Levanto la vista al escuchar que se dirige a mí—. ¿Quieres que entre y... bueno... lo mantenga bajo control un rato?

Como era de esperar, sonrío y asiento.

—Sí, me vendría genial... —susurro—. Gracias.

Jake no contesta. En lugar de eso, sale del coche y se dirige al maletero. Poco después, consigo moverme. Cojo mi bolso del asiento de al lado y salgo también.

—Deja que lleve yo el equipaje —le dice Jake a Denver—. Tú ayuda a Phoenix.

Denver se muestra reacio al principio, pero asiente y se acerca a mí.

—¿Necesitas ayuda? —me dice con cautela, casi inseguro.

Al parecer, la reprimenda de Jake ha servido de algo.

—No —murmuro, poniéndome las manos en la barriga—. Estoy... Estoy bien, gracias.

—Vale. Pasa, anda...

Asiento y paso junto a Denver en dirección a la puerta principal, donde Jake nos está esperando.

Creí que todo sería muy, muy distinto.

Jake

Phoenix y Denver pasan por delante de mí, entran en casa y van directos al salón. Me tomo un momento antes de seguirlos porque todo esto es demasiado para mí. Desde que vi a Phoenix en la terminal de llegadas del aeropuerto y posé los ojos en su barriguita, no he podido pensar con claridad. Es un milagro que haya conseguido traer el coche hasta aquí sin provocar un accidente.

¡Phoenix está embarazada de siete meses!

A menos que se acostara con otro aparte de mí, el bebé es mío.

¡Yo soy el padre! ¡Vamos a ser padres!

Joder... Me bebería un copazo ahora mismo. Algo bien cargadito...

Bueno, todo eso son conjeturas. No sé si me era fiel. Nunca excluimos a otras personas de la ecuación, pero a juzgar por la cantidad de veces que me pidió que nos diéramos una oportunidad y cerrara la relación, no creo que hubiera nadie más. Phoenix me fue fiel, como yo a ella, aunque nunca dijimos que tuviéramos que serlo. Y por eso sé que soy el padre del bebé. Eso sí, no estoy preparado para ello...

Claro que quiero tener hijos y formar una familia algún día, pero antes de eso, quería jugar unas cuantas temporadas en la NFL, forrarme y encontrar a la pareja adecuada. Pero ahora parece que todo eso va a ocurrir en menos de tres meses, con veintidós, casi veintitrés años. Putadón.

Dejo el equipaje de Phoenix en el pasillo y los veo a ella y a su hermano en el salón. Entro lentamente en la estancia y me apoyo en el marco de la puerta con los brazos cruzados, observándolos.

Desde la pelea en el coche, Denver se comporta de una forma distinta. Me habían entrado ganas de pegarle un puñetazo, pero ahora ayuda a Phoenix en todo lo que puede, la cuida como si fuera una piedra preciosa. Es tan protector que va a sacarla de quicio. Porque así es Phoenix: no le gusta que la cuiden, y mucho menos si quien lo hace es su hermano.

Ella puede cuidar de sí misma, y por desgracia, eso es lo que ha hecho estos últimos meses. Nos ha ocultado su embarazo de una forma impecable.

Cuanto más pienso en ello, más me enfado. ¡Está embarazada! No se trata de un resfriado ni de un rasguño. ¡Tiene una personita creciendo dentro de ella!

Me cabrea que se quedara en Bristol y no se volviera cagando leches a Estados Unidos. Denver tiene razón: ha sido una irresponsable. Podría haberle pasado cualquier cosa allí. Podría haber perdido al bebé y ni siquiera nos habríamos enterado.

Denver se sienta en el sillón frente a su hermana y la mira. Ella sigue apoyando las manos en la barriga y se la acaricia como si quisiera protegerla. Miro a Phoenix y veo lo mucho que quiere al bebé que lleva en la barriga y cuán dispuesta está a cuidarlo.

Me quedo donde estoy, esperando a ver si alguno de los hermanos se atreve a hablar del embarazo que Phoenix nos ha estado ocultando todos estos meses.

Sigo sin creerme que esté embarazada. ¿Por qué no volvió a casa y nos pidió ayuda? Ha estado sola en Bristol todos estos meses sin nadie que la cuidara, la llevara al médico, le sujetara el pelo mientras vomitaba...

Tengo entendido que las embarazadas vomitan mucho los primeros meses. Habríamos estado

ahí para ella, la habríamos ayudado con todo. Su madre, John, Madison, las chicas, Denver... Sé que hasta Darren y Tyler se habrían ofrecido a cuidar de ella. Por no decir que, si me hubiera dejado, yo también lo habría hecho.

—¿Había alguien en Bristol que te ayudara con todo esto? —pregunta Denver.

Parece que se me ha adelantado y ha dicho justo lo que estaba pensando.

—Sí —dice Phoenix con una leve sonrisa—. Sadie, mi compañera de piso, que ha pasado a ser mi amiga, ha sido un gran apoyo para mí.

—Muy bien... —dice Denver—. ¿Cómo está el bebé?

—Hoy un poco inquieto —Phoenix se frota la barriga—. Ha sido un vuelo muy largo...

—¿Quieres tumbarte? —le pregunta, y ella asiente inmediatamente y se levanta con dificultad.

Su expresión muestra lo mucho que le cuesta ponerse en pie. El embarazo está haciendo mella en su cuerpo. Al fin y al cabo, ya son casi siete meses. Aun así, está preciosa. Ha engordado unos kilos y le han crecido los pechos. Ahora tendrá una talla más y me resulta muy sexy. Además, pese a su lucha interna, todavía tiene ese brillo en los ojos que tanto me gusta. Me pregunto cómo será en las próximas semanas, cuando el bebé siga creciendo.

—Venga, deja que te lleve a tu habitación...

—No... Puedo hacerlo sola —Phoenix rechaza su ayuda y coge el bolso—. Voy a llamar a Sadie y a decirle que he llegado bien.

—¿Estás segura? —pregunta Denver, angustiado.

—Sí —responde Phoenix—. Cuando llegue mamá, dile que suba y Denver...

—Dime.

—No le digas ni una palabra sobre mi embarazo —le pide a su hermano—. Soy yo quien tiene que decírselo.

—Sí, claro... —murmura él, metiéndose las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Si necesitas algo, péganos un grito.

—Contaba con ello... —responde Phoenix, mirándome.

Le devuelvo la mirada, sonriendo ligeramente mientras ella me dirige una sonrisa y luego dice:

—Gracias Jake...

Bueno, puede que solo sea un estúpido «gracias» y solo lo diga porque la he traído a casa y me he ofrecido a ayudarla, pero significa mucho para mí. Espero que podamos hablar en algún momento.

Se da la vuelta y sube las escaleras hasta lo que solía ser su cuarto. Estaba al lado de la habitación Denver, así que cuando éramos pequeños, se dedicaba a espiarnos. Además, sé que Phoenix llevaba un registro de las chicas con las que quedábamos y de lo que pensábamos de ellas cuando éramos adolescentes.

Sin poder evitarlo, sonrío.

—¿Y ahora por qué sonríes?

La voz de Denver me saca de mis pensamientos y le miro.

—Estaba pensando en ese registro que tenía ella de las chicas con las que estábamos, en el que apuntaba cuándo quedábamos y qué pensábamos de ellas.

—¡Ah, sí! —Él también se ríe—. Lo tenía todo anotadito, y luego se acercaba a las chicas de su clase y les decía que teníamos una ETS.

—Cierto...

—Mmm...

Denver se deja caer en el sofá y apoya los antebrazos en los muslos. Luego entierra la cara en las palmas de las manos. Me separo del marco de la puerta y me acerco a él.

—¿Cómo ha podido ocurrir?

Y me pregunta a mí, precisamente...

Me saca de quicio que Denver se culpe de que Phoenix esté embarazada. Es su hermano y, aunque fuera su padre, son cosas que pasan. Y esto encima me complica tener que decirle que soy el padre del bebé. Sé que me matará en cuanto se entere.

—¿El embarazo? —pregunto de todos modos, sentándome en el sillón orejero en el que antes estaba él y mirándole.

Levanta la cabeza y asiente. Me aventuro a abrir la boca y suelto:

—No sé qué puede haber pasado...

Me siento fatal y no quiero tener esta conversación con él. Y menos sin hablar antes con Phoenix.

—No quiero ir con reproches ni sermones. No es algo que lleve muy bien...

—¿Y eso te sorprende? —pregunto, alzando las cejas—. Te lo dije de camino al aeropuerto. No puedes seguir hablándole así, ¿y qué has hecho? ¡Justo lo que no debías!

Denver aprieta los labios y se pasa los dedos por el pelo.

—¡Está embarazada, Jake! —exclama, señalando hacia las escaleras para enfatizar sus palabras—. A los diecinueve años. Es como si quisiera confirmar todo lo que te he dicho en el coche. ¿Qué va a pasar ahora?

—Está embarazada, Denver —le tranquilizo—. No es una drogadicta ni ha matado a nadie. Vas a ser tío.

Una sonrisa se dibuja en sus labios y eso me hace reír. Pero se desvanece rápidamente cuando recuerdo que yo podría ser el padre. Porque estoy casi tan preparado para ser padre como él para ser tío. Nada y menos. Phoenix sabe desde hace seis meses que va a ser madre. Ha tenido mucho más tiempo para asimilar la situación.

—Sí... —responde Denver con una sonrisa—. De locos, ¿eh?

—Si es niño, acabará jugando a fútbol, como nosotros —digo para distraerme—. Será genial, ya lo verás. Y si es niña... la apuntaremos a clases de etiqueta social para que no se parezca mucho a su madre.

—Estás más emocionado que yo —dice de repente—. Y ni siquiera tienes nada que ver con el bebé...

Sin saber qué decir, asiento rápidamente y decido que es mejor irme a casa. Tengo mucho en lo que pensar, sobre todo en cómo acercarme a Phoenix para hablar con ella. Porque ahora no se trata solo de nosotros, sino también de un bebé.

—Debería irme... —digo y me pongo en pie.

Denver me mira interrogante, pero asiente. Luego digo:

—Vamos hablando, ¿vale? Estoy aquí, por si necesitáis ayuda. Si surge algo, avísame.

—Sí, eso haré. Y seguro que Phoe, también —Denver también se levanta y me abraza—. Gracias, Jake, por todo... Sé que a veces soy un imbécil. Pero es que la quiero y... solo quiero lo mejor para ella.

—Lo sé —le digo, dándole una palmadita en el hombro—. Y ella también lo sabe. Todo sea dicho, creo que será mejor que sea niño. Como cabrees a otra chica Jones con tu carácter sobreprotector, serás la próxima víctima.

Denver pone los ojos en blanco y me da una palmada en la espalda.

—Adiós, tío...

—Nos vemos... —respondo, y finalmente me doy la vuelta para salir de casa de los Jones y dirigirme al coche lo más rápido posible, porque necesito pensar.

Cuando cierro la puerta principal, me invade una sensación de alivio. Por primera vez, la tensión me abandona y noto que puedo volver a respirar. Estoy mucho más tranquilo.

Puede que sea padre, ¡joder!

También me pregunto cuánto tiempo más va a tardar Phoenix en hablar conmigo. Tiene que decirme si es mi hijo. En realidad, ya debería haberlo hecho. De ser así, la habría traído a casa y me habría ocupado de ella y del bebé. Es lo que toca, tanto si estamos juntos o no. Poco importa. Si vamos a ser padres, vamos a hacerlo juntos.

A menos que yo no sea el padre y por eso ella no haya dicho nada... Confuso ante esta posibilidad, me alboroto el pelo y me entran ganas de gritar. Se me va la olla con tan solo pensar que puede haber habido otros hombres en su vida... O en su cama.

Ha sido la única mujer por la que he estado babeando años y años. Phoenix significa mucho para mí y tenerla aquí de vuelta me lo ha demostrado una vez más.

Frustrado, camino hasta el coche y subo. Descanso el cuello en el reposacabezas y cierro los ojos.

¿Sabrá Phoenix si es niño o niña? Joder, necesito averiguar si soy el padre o no. Me preocupo por el bebé, al igual que por ella. Alguien tendrá que cuidar de los dos... Y no le corresponde a Denver hacerlo.

Tras unos minutos cavilando, arranco el motor, cojo el acceso y conduzco por la calle para volver a casa y darme el gusto de echar un trago, algo que necesito desesperadamente.

Phoenix

Unos días después.

Mi madre y John se quedaron en *shock* al ver que estaba embarazada. Les costó no flipar en colores al enterarse de que iban a ser abuelos. A diferencia de Denver, me llevo bien con John y me cae genial. Evidentemente, echo de menos a mi padre, pero no tanto como Denver. Tengo clarísimo que John será el abuelo de la peque en la tierra, y papá será su abuelo desde el cielo. Así se lo explicaré a mi niña cuando se descubra que John no es mi padre.

Y hablando de papás... Llevo casi una semana en Chicago, evitando a todo el mundo. A Denver, mis amigos, y por supuesto, a Jake.

No lo he visto desde que me recogió en el aeropuerto y descubrió el bombo. No ha venido a verme, ni me ha llamado, ni me ha escrito... No se ha preocupado por ver cómo estaba. No me viene mal, porque no sé cómo enfrentarme a él. Es el padre de mi hijo y no tengo ni idea de cómo decírselo.

Las cosas entre nosotros ya eran difíciles en su momento y siguen siéndolo. Cuando lo vi de nuevo, se me aceleró el corazón. Ahora tengo claro que, a diferencia de lo que pensaba antes de irme a Inglaterra, no puedo dejar atrás nuestro pasado. Vamos a ser padres y Jake no es tonto. Sabe que ya estoy embarazada de siete meses; es evidente que habrá deducido que es el padre. Sinceramente, espero todos los días a que aparezca en mi puerta y me pregunte si podemos hablar.

Solo de pensar en esa conversación que tenemos pendiente, se me revuelve el estómago. No sé qué decir, ni siquiera si debemos discutir... No sé cómo explicarle que no lo quiero en mi vida, porque Jake no lo aceptará. Es imposible que dé media vuelta y se marche después de desearme que me vaya todo bien con nuestra hija.

«Si es niño, acabará jugando a fútbol, como nosotros. Será genial, ya lo verás. Y si es niña... la apuntaremos a clases de etiqueta social para que no se parezca mucho a su madre.»

Había salido de la habitación para ir al baño y entonces escuché sus palabras. No quería espiarlos, pero cuando los oí hablar del bebé, me paré en seco. La idea de que nuestro hijo jugara al fútbol como él o de ver que se preocupaba por que nuestra hija fuera tan bocazas como yo me conmovió. Estuve a punto de echarme a llorar, pero ya estoy aprendiendo a controlar mis emociones.

Aun así, me gustó comprobar que ve las cosas de forma tan positiva. Parece que aún puede ver lo mejor de mí. No me juzga como Denver, que una vez más, debe pensar que soy la mayor decepción de su vida. Ya sé que mi hermano está preocupado por mí, pero exagera.

Jake, en cambio, fue considerado e intentó ayudarme. Le reconozco el mérito, aunque tenemos pendiente una conversación muy desagradable. Puede que no me culpe por quedarme embarazada, pero sí por haber pasado tanto tiempo en Bristol y no haberle dado la oportunidad de estar ahí durante mi embarazo.

—Hola.

Doy un respingo y levanto la vista. Madison está en la puerta y me sonríe. Me alegro de que haya superado la fase gótica del otoño pasado y haya vuelto a su pelo rubio natural, que apenas le llega a los hombros, porque el tinte negro se lo estropeó.

Su novio, Fynn, le hace mucho bien.

—¿Puedo pasar?

—¡Claro! —digo, guardando la cartilla de maternidad, que cambié por la de Inglaterra en la consulta del ginecólogo hace unos días.

Mamá me arrastró hasta allí enseguida para poder comprobar por sí misma que todo iba bien.

—Pasa —le digo a mi hermana.

Madison me sonrío y se sienta. Tiene un libro en la mano.

—Esto es para ti —dice—. Fynn y yo lo vimos en una librería y pensé en comprártelo.

Sonriendo, lo cojo.

—Los nombres más bonitos del mundo... —digo, leyendo el título—. Oh Mad... Es perfecto, gracias.

Estrecho el libro contra mi pecho y sonrío.

Mi familia se preocupa mucho por mí y tengo que admitir que disfruto estando con ellos. Madison, en particular, está muy emocionada y ya ha añadido una cuenta atrás en su *smartphone* para el nacimiento de la nena. Mamá es un poco más pragmática y dice que es poco probable que salga de cuentas en la fecha prevista.

—Ah, estáis aquí... —Mamá se para en la puerta y nos mira—. ¿Puedo pasar yo también?

—¡Pues claro! —le digo, y nos apartamos un poco para hacerle un hueco a mi lado—. Mira lo que me ha comprado Mad...

Le doy el libro y se ríe. Mamá y papá nos pusieron a los tres los nombres de las ciudades donde nacimos, o donde papá estuvo destinado por última vez. Me parece bonito, pero no voy a seguir con la tradición.

—¿Tienes algún nombre en mente? —me pregunta mamá, y yo asiento con la cabeza.

Les conté ya que era niña. Denver rechistó, indignado, y dijo que no podía ser verdad, y Madison se echó a reír. Mamá se rio entre dientes y dijo que no importaba mientras el bebé estuviera sano.

—Voy a ponerle dos nombres —digo cogiendo de nuevo el libro—. Nunca habría podido seguir adelante sin mi amiga Sadie, así que ese será su segundo nombre. Pero aún no sé cuál ponerle en primer lugar.

—¡Pues ahora tienes un libro para decidirte! —Madison sonrío—. Me he tomado la libertad de marcar mis favoritos y he puesto unos cuantos pósits junto a ellos.

Al escuchar a mi hermana, caigo en la cuenta de que hay unos papelitos con anotaciones en el libro.

—Gracias —respondo—. Muy considerado por tu parte...

Mamá se ríe y sacude la cabeza. De fondo, un par de voces un tanto escandalosas llenan el ambiente. Levanto la vista y dejo el libro en la cama detrás de mí.

Reconozco esas voces y no sé si estoy preparada para enfrentarme a ellas. Llevo días evitando a mis amigos. La única que me ha visto es Sienna, cuando se ha pasado a ver a Denver. Puede que haya engañado a mi madre y a John, y que Madison no tenga ni idea de lo que pasa en mi vida... Denver no quiere verlo, está claro, pero Sienna, Millie y Joy saben exactamente quién es el padre de mi hijo. Por no mencionar a Darren y Tyler. Tengo la sensación de que no van a cejar en su empeño hasta que hable con Jake.

—Hola —dice Sienna, de pie en la puerta con Millie y Joy—. ¿Estás lista para una visita de tus chicas?

—Pues...

Busco frenéticamente una excusa para echarlas, pero mi madre da una palmada como si

supiera que iban a venir. Se levanta de un salto y anima a Madison a que haga lo mismo.

—¡Claro que sí! —dice mi madre, como si no fuera mi decisión—. Me alegra tanto que hayáis venido...

Me muerdo el labio y mi madre y Madison salen de la habitación para dejar espacio a mis amigas.

Mi madre cierra la puerta y ellas guardan silencio mientras me miran, expectantes. Las recorro con la mirada y no digo nada. Vi a Sienna hace apenas unos días y está exactamente igual que antes de que me fuera. El pelo de Joy, en cambio, es ahora turquesa en las puntas en lugar de azul oscuro, y Millie... ¡Millie está increíble!

No tengo ni idea de lo que le ha hecho Darren, pero está guapísima. Ha cambiado sus blusas lisas y sus aburridos vaqueros por unas medias, una falda vaquera y una camisa holgada. También se ha arreglado un poco. Se ha maquillado y lleva el pelo en un estilo totalmente nuevo.

Cuando me enteré de que Darren y ella eran pareja, casi me da un parraque, pero me alegré mucho por mi amiga. Al fin y al cabo, adonde el corazón se inclina, el pie camina...

Y ese es, sin duda, el caso de Darren y Millie. Son tan diferentes y, aun así, da miedo lo bien que se complementan. También me he enterado de que la familia de Millie es dueña de un club de la NFL y ella es multimillonaria. No puedo decir que mis amigos hayan andado faltos de salseo estos últimos seis meses...

Los he echado mucho —muchísimo— de menos. Sé que tenía a Sadie, pero ella no conocía a Jake ni tampoco a la pieza más jodida del tablero: mi hermano. Por eso siempre era difícil hacerle entender cuál era la situación.

Me levanto de la cama e inmediatamente me echo a llorar. Me siento culpable e insegura, porque no sé cómo me tratarán.

—Oh, Phoe...

Millie es la primera en acercarse y darme un abrazo.

Joy y Sienna se ponen cada una a un lado.

—No pasa nada, ¿vale? Ahora estamos aquí...

—Lo siento mucho —sollozo—. Quería decíroslo... Pensé en hacerlo tantas veces, pero no podía... Me moría de vergüenza.

—Más te vale estar de coña —dice Joy, sacudiendo la cabeza.

Millie me seca las lágrimas y me lleva de vuelta a la cama. Joy vuelve a intervenir:

—No tienes nada de lo que avergonzarte, ni nada por lo que disculparte. Somos tus amigas y ahora estamos juntas en esto.

Me recoloco en la cama, apoyo las manos en la barriga y miro a mis amigas.

Sienna y Millie se sientan cada una a un lado. Joy acerca una silla y se sienta frente a mí.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta Millie, sonriente.

—Bastante bien. Se me ha pasado el *jet lag* y bueno... me siento un poco mejor y con más energía.

—Muy bien —responde, sonriente—. ¿Y el bebé? ¿Va todo bien?

—Sí —Me acaricio la barriga—. Está bien y además...

—¿Es niña? ¡Toma! —gritan Joy y Millie, tan fuerte que me tengo que tapar los oídos.

Sienna sonrío y me guiña un ojo. Denver se lo habrá dicho antes, pero le agradezco que se lo haya callado hasta ahora. Ha reaccionado muy bien.

—Sí —confirmo—. Es una niña.

—¿Estás emocionada? —Joy hace la pregunta del millón—. En plan, ¿estás... preparada?

Perdón, no sé por qué he dicho eso. *Sorry*, tía.

—No pasa nada —respondo con una sonrisa—. Al principio fue un difícil, pero ahora estoy contenta. Cuando me enteré del sexo, fue la primera vez que sentí una conexión con ella. Oí los latidos del corazón mucho antes, pero el sexo... No sé, fue un momento precioso para mí. Una pasada...

—Vas a ser una supermamá —dice Millie, apretándome las manos—. ¿Ya has elegido el nombre?

—Quiero que su segundo nombre sea Sadie, como mi amiga, la de Inglaterra —les digo a mis amigas, al igual que hice con mi madre y mi hermana—. No podría habérmelas arreglado sin ella. Pero aún no he decidido el primer nombre como tal. Probablemente sea algo corto, y nada de nombres de ciudades.

Todas nos echamos a reír. Es evidente que hay que romper con la tradición de mis padres.

—¿Os gustaría tocarme la barriga para ver si notáis algo? —les pregunto, mientras las barro con la mirada.

—Sí —dicen al unísono, estirando la mano para tocarme el vientre.

Sonriendo, Joy, Sienna y Millie lo acarician.

—Es increíble que vayas a tener un bebé... —dice Millie—. Y encima una niña. ¡Qué ilu!

—Oye, y hablando de cosas que nos hacen ilu... —Me hago eco de sus palabras—. ¿Darren y tú...?

—Sí. —dice, mirándome avergonzada—. Todo bien.

—Creo que ahora domina más posturas que yo... —afirma Joy, mientras rebusca en el bolso para sacarse un zumo.

—¡Joy! —chilla Millie, como era de esperar, y yo me río a carcajadas porque me alegro mucho de tenerla cerca otra vez.

Por lo visto, en los últimos seis meses no ha cambiado tanto como yo pensaba. Mi amiga suelta:

—¡Lo que Darren y yo hacemos en la cama no es asunto de nadie!

—Por favor, no actúes como si fuera solo en la cama... —continúa Joy imperturbable, guiñándole un ojo—. Ese tío te ha corrompido de los pies a la cabeza, Millie Mouse...

Millie pone los ojos en blanco y yo me río.

—Darren y tú... ¡Quién lo iba a decir! Es casi tan increíble como esto... —digo, señalándome el estómago.

—¿Lo sabe Jake?

Joy pregunta de repente y tardo dos segundos en palidecer. Aprieto las manos con fuerza alrededor del vientre. Esperaba que alguien lo dejara caer. Sabía que querrían hablar de ello, pero no me imaginaba que quisieran hacerlo en nuestro primer reencuentro.

—No —les digo—. No lo sabe. Bueno, al menos no lo que estáis pensando...

No puedo decir en voz alta que no sabe que él es el padre. No, porque eso implicaría reconocerlo ante los demás.

—Me he perdido, chicas... —dice Millie.

—Jake la recogió en el aeropuerto porque no me dio tiempo a ir a por Denver con el coche —explica Sienna—. Lo siento mucho, Phoe. Jamás te habría puesto en esa situación si lo hubiera sabido...

—Lo sé —le aseguro, apretándole la mano—. Creía que mamá y John vendrían a buscarme, por eso no pregunté. Pero cuando llegué, ahí estaba Denver... y Jake detrás. Se quedaron

helados.

—Oh, Phoe... —dice Sienna, acercándose de nuevo a ella.

Derramo un par de lágrimas mientras mis amigas me miran en silencio.

—Denver se puso hecho una furia —sollozo—. Me gritó y... y si no fuera por Jake, me habría llevado a vuestro apartamento. Dijo que él decidiría qué hacer conmigo y con el bebé.

—¡Será imbécil! —exclama Sienna enfadada—. Le dije que te dejara en paz y que no se metiera en tu futuro.

—Es que estoy embarazada —digo elevando la voz, con el tono del inútil de mi hermano—. Tendríais que haberlo visto... Se quedó de piedra.

—Pero eso no le da derecho a hablarte así —insiste Sienna—. Por mucho que le quiera yo... Bueno, ¿y luego, qué?

—Denver y yo estábamos discutiendo y Jake se puso de mi parte. Me trajo aquí y se ofreció a quedarse por si Denver volvía a explotar.

—Qué vergüencita me da mi novio a veces... —murmura Sienna y le aprieto la mano.

—No digas eso —le digo—. En ese momento, Denver estaba tranquilo, muy tranquilo. Me preguntó si podía ayudarme y si todo iba bien. Jake no dijo nada. Se quedó ahí parado.

—Vale —dice Sienna—. ¿Y Jake no te ha dicho de hablar?

—No —le digo—. No he sabido nada de él desde entonces, y creo que es mejor que siga siendo así...

Miro a mi alrededor interrogante, pero no estoy segura de que mis amigas piensen lo mismo que yo.

—¿Qué creéis vosotras? —me atrevo a preguntar.

—Es el padre —dice Millie en voz baja, lanzándome una mirada recelosa—. Tiene derecho a saberlo. Creo que está esperando una señal por tu parte. ¿Qué otra cosa va a hacer? No es tonto y sabe atar cabos, ¿no?

—Por desgracia, no es tan estúpido como esperaba —suspiro—. Ojalá lo fuera...

Joy, Millie y Sienna me miran con cara de reprobación.

—Entonces sabrá de cuánto estás y que él es el padre —me riñe Joy.

—Se va a cabrear conmigo... —concluyo—. Estoy de siete meses. Se ha perdido todo el embarazo...

Miro a mis amigas, que guardan silencio. ¿Qué van a decir? No he hecho muy bien en ocultarle mi embarazo a Jake. Debería habérselo dicho antes.

—¿En serio, chicas? —refunfuña Joy mientras mira a Millie y Sienna—. ¿Por qué siempre tengo que hacer yo las preguntas difíciles?

—Porque a ti se te da mejor... —responde Millie.

Joy le lanza una mirada asesina que me hace reír incluso en esta horrible situación.

—A ver, Phoe... —Joy me mira seriamente y respira hondo—. ¿Qué esperas que haga Jake? Quiero decir, estás embarazada de él y se lo has ocultado durante más de medio año. Ahora estás aquí, él lo sabe y aún no le has dicho nada.

—Ya, lo sé, ya... Quizá vaya a su casa y le diga de hablar las cosas.

—Es una buena idea, sí... —interviene Sienna—. Sabemos que te da miedo tener esa conversación, pero no puedes seguir huyendo del conflicto. Se merece la verdad.

Asiento y me quedo callada.

—Y siempre estaremos aquí para ti, con independencia de cómo reaccione Jake —añade Millie—. Haremos turnos en la sala de partos si hace falta. Te conseguiré el mejor obstetra de

Illinois y una habitación privada para que tengas intimidad. Cerraré parte del ala del hospital para que todas podamos estar contigo.

La miro confundida y Joy y Sienna se ríen.

—Acostúmbrate —Joy me guiña un ojo—. Desde que sabemos que nuestra Millie Mouse es en realidad Millie la multimillonaria, nos mete esos comentarios hasta en la sopa. ¡Chiclín, chiclín!¹ Deberías ver la habitación de los zapatos...

—¿Has dicho la habitación de los zapatos? —Abro los ojos de par en par—. Eso tengo que verlo.

Riendo, nos abrazamos y me alegro de tener a mis amigas durante las últimas semanas del embarazo.

Aun así, he de admitir que no querría que hubiera nadie más que Jake en la sala de partos cuando nuestra hija venga al mundo.

¹ *N. de la T.* Onomatopeya que hace referencia al dinero, como imitando el sonido de una caja registradora.

Jake

Llevo días sin poder sacarme a Phoenix de la cabeza y no dejo de coger el móvil para llamarla, pero al final siempre acabo convenciéndome de que es mejor esperar a ver si ella da el paso. Por un lado, no quiero presionarla y obligarla a hablar conmigo, pero por otro, no puedo más. Necesito saber si el bebé es mío o no.

Todo apunta a que sí y cualquiera que hubiera prestado la más mínima atención en clase de mates o biología deduciría que yo soy el padre. Así que dadas las circunstancias, ¿cómo hostias voy a aguantarme las ganas de decirle de hablar?

Nunca follamos sin condón. Lo tengo clarísimo. No importaba lo cachondos que estuviéramos, siempre pensamos en ponérselo.

Recuerdo una vez que fuimos a casa de los Jones después de una fiesta. Phoenix dijo que no se encontraba muy bien y la acompañé a casa. Denver no le dio mucha importancia, como de normal, vaya. Pero las náuseas eran solo una excusa para irse. Nos acostamos y usamos uno de los condones de emergencia de Denver. Tenía provisiones para un regimiento. Hasta el día de hoy, está convencido de que fue Phoenix quien le robó uno, pero no sabe con quién se acostó.

Además, ella se tomaba la pastilla anticonceptiva. Pero en algún momento tuvo que vomitarla, porque si no, no me cuadra. Y encima, es evidente que el condón se rompió.

¡Me cago en la puta!

Llevo meses imaginándome cómo sería si las cosas cuajaran entre nosotros. Pero ahora nada de eso importa, porque vamos a ser padres. Lo más importante es nuestro hijo. Quiero cuidar de él, tanto si Phoenix quiere como si no. Pero no sé cómo reaccionará. El año pasado, cuando nos despedimos, no acabamos muy bien que digamos, y este embarazo no deseado complica enormemente las cosas entre nosotros.

De hecho, es como si nos arrebatara la oportunidad de intentarlo de nuevo, porque ahora sí que hay algo que nos ata al otro para siempre. Aunque descubramos que no estamos hechos el uno para el otro, vamos a tener un bebé. Tenemos que asumir la realidad antes o después, y eso es algo que Phoenix tiene que procesar. No puede excluirme de todo esto.

Me reconcome que aún no me haya llamado ni escrito. Quiero ayudarla y estar presente en el último trimestre del embarazo.

Pero ¿qué haré si no me deja ejercer de padre? ¿Contratar a un abogado y demandarla para que me concedan el derecho de visita? Si las cosas se pusieran muy feas, me lo plantearía, la verdad.

Niego con la cabeza. Primero tengo que averiguar si soy el padre.

Joder, vaya movida... Esto es muy complicado.

—¿Qué tal, crack? —Miro a Tyler, que sostiene dos botellas de cerveza y me sonríe—. ¿Quieres una cerveza?

—Gracias —digo y se la quito de las manos.

Tyler y yo vivimos juntos desde hace unas semanas. Él estaba harto de sus compañeros de piso y a mí me sobraba una habitación, así que decidimos ayudarnos entre colegas y se mudó a mi piso. Mejor darle la habitación a mi amigo que a un desconocido.

Brindamos y doy un sorbo a mi cerveza.

—¿Quieres hablar? —pregunta con cautela, mirándome.

Me encojo de hombros. No sé. Me gustaría hablarlo con Denver, y creo que Tyler lo sospecha, pero mi mejor amigo es la última persona del planeta con la que puedo hablar del tema. Si se entera de que me acosté con su hermana y la dejé preñada, se le irá la perola. Hasta que Phoenix confirme que soy el padre, voy a evitar contárselo a Denver. Y puede que después, tampoco, porque no tengo cojones de confesarle la verdad, aunque sea mi mejor amigo... ¡Manda huevos!

—No sé, tío... —murmuro, arrancando cachitos de la etiqueta de la botella.

Vaya manía más estúpida me he buscado.

—Vale —dice Tyler, dando un sorbo a su cerveza—. No tenemos por qué hablar de ello. Pensaba que te vendría bien estar con un amigo y ya está. Está claro que no vas a decírselo a Denver...

Qué bien me conoce... o mejor dicho, nos conoce.

—No, desde luego —confirmo—. Me acribillará...

—¿Acribillarte? ¿No crees que eso es un poco... exagerado? —responde Tyler—. A lo mejor se alegra de que seas tú y no un...

Levanto las cejas y él alza las manos en forma de disculpa.

—Vale, vale —dice—. No quieres hablar del tema. Lo pillo.

—No es eso... —Suspiro y vuelvo a sentarme—. Phoe ya habrá hablado con todo el mundo; intuyo que hasta con Darren y contigo. Pero pasa de mi jeta.

En verdad, ni de coña habrá hablado con Darren y Tyler, pero tengo la sensación de que preferiría hablar con cualquier desconocido antes que conmigo.

—Darren y yo no hemos hablado con ella —dice Tyler, y eso me tranquiliza un poco—. Además, no digas gilipolleces. Darren seguro que sabe más del tema porque Millie es su novia. Pero por lo demás, andamos por la vida sin tener ni idea. Bueno, teóricamente, todos lo hacemos, ¿no?

Me guiña un ojo y suspiro. Esta vez no se refiere al embarazo, sino al rollito que nos traíamos de antes.

Claro que lo hacen, porque los arrastramos a todos cuando decidimos no contárselo a Denver. Hasta Sienna está en el ajo.

—Es que... Solo quiero saber si es mi hijo —digo mirándole.

Tyler crisca ligeramente las comisuras de los labios y asiente. Al ver que mi amigo me entiende, sigo:

—Sé atar cabos. Todos somos capaces de hacerlo. Phoe dice que está embarazada de siete meses. Eso significa que se quedó embarazada en Acción de Gracias. Por entonces, aún nos acostábamos día sí, día también.

Intento bloquear las imágenes que me vienen a la cabeza: la forma en la que se sentaba encima de mí mientras yo se la metía hasta el fondo, lo caliente y húmeda que estaba, la manera en que la cubría con mi cuerpo y la besaba cientos de veces... Pero eso es cosa del pasado y tengo que olvidarlo. Phoenix y yo... Todo ha quedado reducido a un rollete fugaz.

—Todo esto es culpa mía —balbuceo, dando un sorbo a mi cerveza—. Ella me quería... Quería que estuviéramos juntos, pero yo la rechacé una y otra vez. Puede que se fuera a Inglaterra porque era lo que quería hacer después del insti, pero si le hubiera dado una oportunidad... Quizá se habría quedado. Seguiría embarazada, pero yo podría haberla ayudado desde el primer día.

Tyler me escucha y asiente.

—Yo fui así de estúpido una vez —murmura, con aspecto muy triste e introvertido—. Me largué... Bueno, más bien mis padres y yo nos mudamos y no le di explicaciones a la chica en cuestión. Y sé que nunca me lo perdonará. Pero Phoe y tú aún tenéis una oportunidad. Va a tener un hijo tuyo, cabrón...

—No sé si es mío —le digo.

—¿Y de quién va a ser si no? —Tyler levanta las cejas—. Si os pasabais los días juntos...

—Vale, vale... —cedo—. Pero no quiere hablar conmigo, tío. Oye, ¿a quién te refieres? ¿Qué no nos has contado?

—Ya te lo contaré en otro momento —dice, guiñándome un ojo—. Es una larga historia. ¿Cómo surgió lo vuestro?

Sonrío y hago memoria.

—Supongo que hace unos cuatro años. Phoe se hizo mayor y se convirtió en una mujer. Yo ya sabía que era guapa, pero con el tiempo, la niña petarda dio paso a una adolescente. Nunca pude decírselo a Denver. Él seguía pensando que era insoportable. Solía ir a casa de los Jones antes de la hora que le decía a Denver, con la esperanza de que ella anduviera por allí.

—¿Y estaba? —pregunta Tyler, haciéndome asentir.

—La mayor parte del tiempo, sí. Y entonces llegaron las Navidades. Su madre había colgado muérdago del marco de la puerta y fuimos a la cocina a por algo de beber. Denver llegaba tarde. Bueno, de hecho, fui a casa de los Jones temprano una vez más para ver a Phoenix —Sonrío sin poder evitarlo, lo que provoca la risita de Tyler—. Nos pusimos bajo el muérdago y bueno, la señora Jones nos lo señaló. Los dos habríamos preferido evitar la situación, sobre todo yo. Claro que quería liarme con ella, pero ¿delante de su madre? Ni de coña. Pero a la señora Jones no hay quien le rechiste, así que nos besamos. Estuvimos ahí un buen rato. Cada vez nos besábamos más lento, tanto que al final, la señora Jones carraspeó. Nos separamos, y me alejé más de lo necesario. Creo que a Phoenix le dolió que la apartara. En ese momento, me pareció lo correcto, y cuando su madre nos miró, sonriente, me quedé aún más rayado. Luego Denver entró y su madre le contó lo que había pasado.

—¿En serio? —dice Tyler, confundido—. Pensaba que la mujer no habría dicho ni mu.

—Creo que, o no sabía que había algo entre nosotros, o quería comprobar si yo lo negaría al instante. Pero bueno, no lo hice. Simplemente no dije nada. A Denver le pareció divertido y no se lo tomó en serio. Después de eso, pasaron casi dos años hasta que nos acostamos por primera vez.

—¿Y por qué nunca te has atrevido a tener algo serio con ella? —pregunta y suspiro.

—Pues porque no puedo —respondo, y suena como una excusa poco convincente—. Denver es mi mejor amigo y siempre ha dejado claro que sus hermanas eran intocables. Sobre todo Phoenix, porque es la más cercana en edad, no como Madison. Y como somos prácticamente hermanos, no quería apuñalarle por la espalda.

—¿De verdad es por eso, Jake? —pregunta y sacude la cabeza sin entender—. ¿No crees que no estarías en este lío ahora mismo si le hubieras echado huevos? Denver es así en general, no solo contigo. Se comporta como si fuera su padre.

—Ahí le has dado... —murmuro—. Ese es el problema.

—¿Y qué problema tenéis Phoe y tú? —pregunta mi colega—. ¡Aparte de Denver, claro!

—Ninguno, es solo que no quería arruinar mi amistad con Denver. No hay más. No quería arriesgarlo todo por una tía, y bueno, pensé que una vez que se hubiera ido, me olvidaría de ella.

Pero no ha funcionado, para qué mentir. Estaba deseando que llegara el día en que volviera a casa y cuando la vi... ¡Toma bombo! Si lo hubiera sabido, me habría asegurado de arreglar las cosas antes de que se fuera. El embarazo lo complica todo...

—Hombre, pues claro... —Tyler suspira—. ¿Pero no crees que a Denver le va a molestar más que no se lo digas? Eres su mejor amigo y conoces a Phoe desde que era pequeña. No creo que piense que haya mejor chaval para su hermana que tú.

—Como sigas así, vas a conseguir que vaya a hablar con él... —bromeo, intentando ocultar mis inseguridades.

Tyler pone los ojos en blanco y, en verdad, lo entiendo, porque vaya mierda de respuesta le he soltado... Como me siento en confianza, continúo:

—Al principio solo lo dejaba caer, pero el verano pasado empezó a insistir. Yo siempre cambiaba de tema. Discutíamos a todas horas, pero siempre encontrábamos la manera de volver a los brazos del otro, hasta después de Acción de Gracias, cuando me dijo que se iba a Inglaterra.

—¿Y estaba embarazada ya?

—Supongo que sí.

—Dios, tío —Tyler suspira y se rasca los pelos de la nuca—, tienes que arreglar las cosas. Ve a por Phoenix y oblígala a hablar del tema. No hay otra forma, porque no tiene pinta de que vaya a hablar contigo por su cuenta.

Por desgracia, estoy de acuerdo con Tyler. A este paso, Phoenix no me lo dirá nunca. Para empezar, es demasiado orgullosa, y además, conociéndola, puede que le dé vergüenza haberse quedado embarazada. No es culpa suya, es más bien culpa nuestra. Pero ahora tenemos que quedarnos con lo bueno de todo esto.

—Pero no quiero imponerme —le corto—. No quiero forzar a Phoenix a hablar para que me dé respuestas. Para mí es importante que salga de ella, porque es la única forma de que hablemos con la calma sobre cómo vamos a ocuparnos del bebé.

—Joder, tío... —dice Tyler, dándome una palmada en el hombro—. Qué maduro por tu parte. Yo estaría flipando.

Me echo a reír. No sé si lo llamaría madurez, porque me siento como si se estuviera gestando una tormenta en mi interior. Ahora mismo soy como un niño indefenso que intenta fingir que lo tiene todo bajo control. Pero bueno, al menos que de momento, doy el pego.

—La verdad es que... —Sacudo ligeramente la cabeza—. Me cago encima solo de pensar en tener esta conversación con ella. Ni siquiera estoy seguro de querer oír lo que tiene que decirme. Le he hecho mucho daño. Si hubiera hablado con ella cuando estaba fuera, no tendríamos semejante dramón ahora mismo. Todo esto es culpa mía y Phoenix lo sabe de sobra. No se va a quedar calladita; la conozco.

—Sí, puede que sea culpa tuya —dice Tyler, dando un sorbo a su cerveza—, pero está embarazada y tú eres el padre. No debería habértelo ocultado durante siete meses, y menos estando en otro país y ¡qué coño! En otro continente... ¿A qué espera Phoenix? Yo creo que tiene miedo a la confrontación, como tú. Lo que pasa es que, a diferencia de ti, ella está en mejor lugar, porque no tiene que forzar una conversación para obtener respuestas.

Miro a Tyler y asiento. Va a tener razón y todo. Ya puede seguir callándose quién es el padre... Sé que no se ha atrevido a decirlo, porque si no, la señora Jones ya se habría pasado a verme.

—Con un poco de suerte, Joy le soltará lo que tiene que oír. Puede que Sienna y Millie intenten que entre en razón, pero bueno, está claro que Joy va sobrada en este tipo de situaciones.

Miro a Tyler y asiento. Joy siempre ha sido la única de las cuatro en abrir la boca cuando las demás callan.

—No eres su novio, su hermana o su hermano, Jake. Eres el padre del bebé. Tienes derecho a plantarte en su casa y, sobre todo, a pedirle explicaciones sobre tu hijo. También tienes ciertas responsabilidades y ella debe dejarte cumplir con ellas. Y nadie, repito, nadie: ni Denver, ni Darren, ni yo estamos en situación de decirte cómo sobrellevar lo de Phoenix.

Me quedo callado al escuchar sus palabras. Tyler tiene razón. Nadie tiene derecho a decirme cómo actuar. Aun así, me resulta difícil ignorar por completo la opinión de Denver. Es mi mejor amigo.

—Es que es la hostia de complicado... —gimoteo—. No quiero discutir con Phoenix ni con Denver. ¡Solo quiero hablar, coño!

—Pero todavía no has actuado —aclara Tyler—. Estás ahí, esperando a que pase y hablando conmigo del tema, que es muy distinto. Estás aquí sentado preocupándote mientras pasa el tiempo y tú sigues sin formar parte de la vida de tu hijo. ¿Qué le vas a decir cuando el peque crezca y te pregunte cómo fue el embarazo?

—Mierda, tienes razón —Me levanto y dejo mi botella de cerveza—. ¡Tengo que hablar con Phoenix!

Tyler me mira con una sonrisa y se levanta también.

—No deberías sentirte mal por Denver, pero haz lo que creas que es mejor para ti. Bueno, para ti, para Phoenix y para el bebé. Es tu hijo. Ahora sois familia.

—¡Qué dices! No somos una familia...

—Por la forma en que hablas de ella, parece que aún te importa mucho —dice, encogiéndose de hombros—. Dale una oportunidad, a ver adónde llega el asunto.

—Lo que tú digas —digo, molesto—. Gracias, Tyler. Me ha venido bien hablar del tema.

—De nada —dice, guiñándome un ojo.

—Bueno, bueno, ¿quién era esa chica a la que perdiste? —digo, metiendo presión—. Ahora me pica la curiosidad.

—La mismísima Joy —confiesa.

Sorprendido, abro los ojos de par en par y me quedo sin habla. Me esperaba muchas cosas, pero no que Tyler y Joy hubieran tenido algo en el pasado. ¿Nuestra Joy? Sí, bueno, ¿y qué más?

—Venga, a callar. Esfúmate, anda.

—No, no, creo que me voy a quedar un rato más a escuchar vuestra historia —contesto, dejándome caer en el sofá—. No eres el único al que se le da bien escuchar y dar consejos...

Tyler coge su cerveza, suspira y se sienta a mi lado.

Phoenix

—Hola, mamá... —Entro en la cocina y me siento a la mesa.

—Hola —dice ella, mientras se sienta con una taza de café en la mano.

Miro con anhelo esa bomba de cafeína y frunzo los labios.

—¿Puedo tomar un sorbito?

—No —responde inmediatamente, y suspiro.

Tengo tantas ganas de beberme un café y atiborrarme de comida grasienta sin sufrir ardores de estómago ni otras consecuencias desagradables...

—Serás mala... —me quejo.

—He estado embarazada tres veces y he dejado el café las tres veces.

—¿Qué intentas decir, mamá? —Levanto las cejas a modo de pregunta y ella se ríe.

Creo que con una vez ya he tenido suficiente.

—Nada, nada... ¿Cómo te encuentras? —dice, para cambiar de tema.

Han pasado casi dos semanas desde que llegué a casa y se acerca el octavo mes de embarazo. Me siento sana y fuerte. No tiene por qué preocuparse, pero entiendo que lo haga de todos modos. Es mi madre.

Mis hermanos me preguntan constantemente cómo estoy. John y mis amigas también están pendientes de mí. Tyler me escribió hace unos días para preguntarme si todo iba bien y si estaba emocionada por el bebé. Me alegré mucho de que se interesara por mí. Hasta Darren me envió saludos a través de Millie. Mi amiga cree que el temita le asusta. Como si hablarle tanto del tema implicara que Millie quiere un bebé... Vaya gilipollez. A ella le interesa mucho más convertirse en una mujer de negocios para poder dirigir su imperio familiar.

La única persona de la que aún no sé nada es Jake. No sé si no quiere tener nada que ver con el tema y se desentiende del bebé, o si está tan perdido como yo sobre cómo lidiar con la situación. Denver no me ha dado recuerdos de su mejor amigo, y Millie, Joy y Sienna tampoco saben nada de él. Pero no me atrevo a enviarle un mensaje para decirle de hablar.

Suspiro. Es el padre de mi hijo. Hay que aclarar las cosas, porque después de mucho pensarlo, quiero que esté en la vida de su hija. Perdí a mi padre cuando tenía trece años. Fue demasiado pronto y no quiero que mi hija crezca sin un padre.

Jake no tiene por qué estar conmigo si no quiere, y puede enfadarse, lo entiendo perfectamente, pero debería hacerse cargo de su hija. Aun así, tengo que afrontar el hecho de que puede que no quiera tener nada que ver con el bebé, por mucho que me duela. De ser el caso, no sé cómo le explicaré algún día que su padre no quiere ni verla.

Ahora mismo, sin embargo, tengo más miedo de su reacción que de que me rechace, así que me cuesta escribirle. Y no sé cómo explicarle a Denver y al resto de mi familia que Jake es el padre. Puede que mamá, John y Madison se lo tomen bien. Al fin y al cabo, Jake les cae genial y lo consideran un miembro más de la familia desde hace años. ¿Pero Denver?

Odio pensar en cómo reaccionará. Se pondrá hecho una furia; eso está claro. La pagará conmigo. Bueno, con los dos, y de hecho, es más probable que con Jake, ya que siempre ha sido un pesadito con lo de no tocar a sus hermanas. Y encima, de todas las personas del mundo, la caga su mejor amigo desde la infancia. Ve tú y líala así de parda. Duro, ¿eh? Pero bueno, lo peor

que podía pasar, el embarazo, ya ha sucedido, así que ahora solo nos queda decírselo.

—Oye, hija... —Miro a mi madre—. ¿Cuándo es tu próxima cita con la ginecóloga?

—El martes —le digo—. ¿Quieres venirte?

—Es Madison la que quiere ir.

—¡Ah, vale! —respondo, sonriendo—. Está casi más emocionada que yo.

Mamá se ríe y asiente mientras sorbe su café, y yo vuelvo a gemir melancólicamente.

—Yo también estoy muy emocionada —responde con una sonrisa—. Mi primera nieta. ¡Eso es algo especial!

—Lo sé, mamá. Dile a Madison que se venga y...

De repente, suena el timbre y levantamos la vista. Mamá me sonríe y desaparece por el pasillo para abrir la puerta principal. Me quedo en la cocina y me recoloco en la silla. Sonriendo, me pongo las manos en la barriga y me la acaricio. Como tantas veces en las últimas semanas, mi pequeña me da pataditas en la tripa.

—Pasa —oigo decir a mi madre y levanto la vista—. Phoenix estará encantada de verte.

Inmediatamente, me siento recta en la silla y miro hacia el pasillo. El corazón empieza a latirme más deprisa. Tal vez sea...

—¿Eso cree? —Una voz ronca me hace sacudirme violentamente y me siento un poco más erguida.

No puede ser: ¡Jake está aquí! Ha venido a ver cómo estoy... Bueno, cómo estamos. No recuerdo la última vez que me emocioné tanto al verle. Seguro que fue en nuestro primer beso o la primera vez que hicimos el amor.

Cuando pasábamos tiempo juntos, me entendía sin necesidad de decirle nada. Nunca había motivos para estar nerviosa a su lado. Pero ahora es diferente.

—¡Pues claro! —Mamá se ríe—. Eres de la familia, ¿no?

Me levanto de la silla y yergo la espalda, queriendo enfrentarme a Jake con la mayor confianza posible. No quiero que piense que soy demasiado débil o que estoy abrumada por la situación. Aun así, me agarro a la mesa con la mano derecha y me apoyo la izquierda en la barriga.

Mamá y Jake entran en la cocina y, una vez más, no puedo evitar fijarme en lo guapo que está. Lleva una camiseta negra con el escudo de los Lincoln Tigers, unos vaqueros rotos y unas deportivas.

—Hola —me dice con una leve sonrisa y las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros—. ¿Cómo estás?

—Hola. —Le miro insegura—. Bien, ¿y tú?

—Bien, gracias.

Continúa sonriéndome y le guiña un ojo a mi madre. Ella se despide de nosotros con un gesto de la cabeza, coge su café y se mete en el salón. Nos quedamos solos y eso no me gusta.

Jake no dice nada al principio, solo se queda quieto, mirándome. Si está esperando a que yo empiece la conversación, es que se está arrepintiendo ya de haber venido. Pero joder, lo ha decidido él, ¿no? Sí, ya sé que estoy siendo una ridícula y que tengo mucho más que decirle de lo que él tiene que decirme a mí, pero no me atrevo a iniciar la conversación.

Le miro nerviosa y me muerdo el labio.

—¿Lo llevas bien? —dice para romper el silencio.

—Sí.

Ahora respondo con monosílabos.

—Muy bien.

Y así, sin más, la conversación parece haber terminado. Aprieto los dientes y respiro hondo. Si no hablo con Jake ahora, probablemente nunca lo haré.

—Deberíamos hablar... —digo nerviosa.

No es una pregunta, ni una petición, sino una afirmación. Tenemos que hablar. No nos queda otra.

—Sí —responde, y noto que relaja los músculos—. Deberíamos. ¿Quieres que nos demos un paseo?

—Buena idea —le digo, sonriéndole—. Ve, ahora voy yo.

Jake se adelanta y me espera en la puerta. Yo le sigo y aprovecho para ponerme unas zapatillas y una chaqueta finita que estaba en el perchero del pasillo. Salimos de casa, pasamos junto a los coches y tomamos el camino entre nuestra casa y la del vecino, que lleva a una pequeña zona apartada en la parte trasera del barrio. No hace falta que todo el vecindario oiga nuestra conversación. No hay quien se los quite de encima desde que se enteraron de que estaba embarazada cuando volví de Bristol.

Guardamos silencio durante los primeros metros. No creo que pueda volver a dar el primer paso. No me siento lo suficientemente valiente.

—¿Por qué no me escribiste o me llamaste? —Jake vuelve a romper el silencio.

No era la pregunta que esperaba y me detengo bruscamente.

Tengo en la punta de la lengua un «también podrías haberlo hecho tú», pero no es el momento de soltar algo así. Decidí quedarme en Bristol estando embarazada y no le dije que esperaba un hijo suyo. La culpa es mía. De hecho, podría írselo la pinza ahora mismo y lo entendería perfectamente.

—Tenía miedo —le digo mirándole—. Primero tuve que aceptar que estaba embarazada y luego... Luego empezó a pasar el tiempo, se me hizo bola y no tuve el valor de hablar contigo.

—Entonces es verdad, ¿no? —murmura con un hilo de voz, relamiéndose los labios nerviosamente mientras me mira la barriga—. Es mío.

Respiro hondo.

—Sí —respondo.

Me he quitado un peso enorme de encima. Poder decirlo por fin, sin discusiones, en este momento, me hace sentir bien. Aunque sé que no durará. Ahora Jake está en el sarao y, por lo que parece, quiere implicarse en el futuro y en las decisiones que tendremos que tomar por la niña.

—¿Qué piensas de todo esto? ¿Quieres... bueno... formar parte de esto?

Vacilante, vuelve a meterse las manos en los bolsillos de los vaqueros y me mira. Da un paso atrás y yo sigo avanzando hasta que me doy cuenta y me paro a cierta distancia.

—No es que acabe de enterarme de que ese bebé es mío... —continúa, y yo trago saliva—. En realidad, lo he sabido desde que le dijiste a Denver de cuánto estabas y... ¿Joder, Phoe! ¿Por qué?

—Tenía miedo. Ya te lo he dicho.

—¿De mí? —Frunce el ceño y aprieta la mandíbula—. ¿De qué tenías tanto miedo como para mantenerlo en secreto durante siete meses?

Jake me señala con rabia la barriga.

—¡Pues de todo! —grito, rodeándome la barriga con los brazos para proteger al bebé.

Una vez más, me siento estúpida. Tengo delante al padre de mi pequeña, a su figura paterna,

y quiero protegerla de él. Aunque tenga todo el derecho a enfadarse conmigo.

—Estaba tan abrumada con todo y... apenas podía soportar estar embarazada.

—Por eso deberías habernos llamado. Te habríamos traído a casa.

—¿Y qué habría pasado entonces?

Joder, no quiero gritarle. Todas las emociones que creía tener bajo control salen a la superficie. El miedo y la desesperación, sentimientos que no puedo gobernar, me arrollan como un tren de mercancías. Lo miro y añado:

—Todo el mundo se me habría echado encima. Habría sido peor que ahora. Todos habrían querido cuidarme. Ay, pobre chica embarazada, que es demasiado estúpida para usar métodos anticonceptivos y no le dice a nadie quién le hizo esto...

—¡Estás siendo injusta, Phoe! —Molesto, me mira y me muerdo el labio—. Tu madre, Denver, Mad y John te habrían acogido en casa sin rechistar. Igual que ahora. ¿Puedes ponerte en mi lugar por una vez? Hace seis meses que sabes que vamos a tener un hijo y me has dejado poco más de diez semanas para prepararme. ¿Te parece normal?

—No sé qué quieres que haya de normal en todo esto...

—Phoenix —gruñe, apretando la mandíbula—, ¿por qué eres tan testaruda? ¿No ves que intento apoyarte?

Siendo sincera, esa no ha sido mi sensación en estos últimos minutos. Ahora mismo solo me acusa, como hicieron mi madre y Denver. Con la pequeña pero sutil diferencia de que Jake tiene motivos para hacerlo. Tiene razón: yo llevo meses preparándome para el nacimiento de nuestra hija y él solo ha tenido unas semanas.

—Lo siento —susurro—. No me enteré hasta la octava semana, justo después de llegar a Bristol. Pasé las dos primeras semanas con la cara pegada a la taza del váter. Por eso Sadie me llevó al médico, en lugar de dejarme culpar al desfase horario, al trabajo y al nuevo entorno. Cuando me enteré de que estaba embarazada, me quedé en *shock*, pero en ningún momento pensé en abortar. Supe enseguida que tú eras el único que podía ser el padre.

—Bueno, por algo se empieza... —responde, echando a andar—. ¿Qué pasó después?

—Me dieron náuseas matutinas hasta pasado el tercer mes. Para entonces no me moría de ganas de que llegara el bebé, pero por supuesto me aliviaba que estuviera sano.

—¿Por qué no tenías ganas? —me pregunta—. Ahora estás emocionada, ¿no?

—Por supuesto —digo inmediatamente y le sonrío, y Jake me devuelve la sonrisa—. Estoy feliz como una perdiz. En aquel momento, todo me parecía tan... confuso y difícil de asumir... Quería empezar de cero en Bristol, descubrir qué hacer con mi vida, ¿y qué pasó? Que todo mi mundo se vino abajo. Mejoró con el tiempo, y cuando me enteré de que iba a ser una niña, fue como si renaciera de mis cenizas.

—¿Es niña? —Jake sonrío—. Hala...

—Sí —digo y me detengo.

Él hace lo mismo y se vuelve hacia mí. Me sobresale la barriga de la chaquetilla, ya que no me la he abrochado.

—Fue tan bonito... Me emocioné de repente y fue como si todo cobrara sentido...

—Te creo.

Jake sigue caminando y yo le acompaño. Durante los siguientes minutos permanecemos en silencio. Necesita asimilarlo todo; lo entiendo. Pero la conversación aún no ha terminado. Aún queda la parte más difícil.

¿Cómo vamos a hacerlo?

Lo veo dispuesto a implicarse en todo esto, y parece que va en serio, así que tenemos que encontrar la manera de trabajar juntos, y antes de nada, decirle a todo el mundo que él es el padre. Bueno, por todo el mundo, me refiero a nuestras familias. Nuestros amigos, excepto Denver, lo saben desde hace mucho tiempo.

Me pregunto cómo es posible que alguien pueda andar por la vida tan ciego como mi hermano. En algún momento ha debido darse cuenta de que Jake y yo éramos algo más que amigos, ¿no?

—Voy a cuidar del bebé —dice Jake en medio del silencio—. Es nuestra hija, y no importa cómo acabemos tú y yo: eso no va a cambiar. Cumpliré con mis responsabilidades, pero espero también tener los derechos que eso implica.

—Oh... Esto... Sí, vale —tartamudeo, sonriendo ligeramente—. Si eso es lo que quieres, adelante...

—Sí, eso quiero —responde, un poco distante—. Lo que pasó entre nosotros no debería afectar a lo que está por venir. De ninguna manera. Los dos somos responsables del bebé y nos ocuparemos de él... De ella, perdón.

Aunque mi parte racional sabe que no se equivoca y que necesitamos tener una relación amistosa para superar los próximos meses y años, me duele el corazón a más no poder. No es nada nuevo que quiero a Jake, ni tampoco que la niña que llevo en mi vientre nunca me dejará olvidarle.

¿Qué estoy diciendo? Aunque no estuviera embarazada, nunca olvidaría a Jake. Llevo tanto tiempo perdidamente enamorada de él que he asumido que tendré que vivir con ello para siempre. Jake piensa que no debemos dejar que el pasado afecte lo que nos depara el futuro, y con razón. Nuestra hija es lo primero. Todo lo demás tiene que pasar a un segundo plano. Además, en unos nueve meses, él podría acabar en la otra punta del país, y entonces yo seré la única responsable de nuestra pequeña.

—Estoy de acuerdo contigo —digo con mucha más entereza de la que esperaba.

Quizá si sigo diciéndome a mí misma que estoy de acuerdo, acabaré asumiéndolo. Ya he conseguido alejarme de él antes; bueno, más bien huir de él, así que puedo volver a hacerlo.

—El martes tengo cita con la ginecóloga para hacerme una ecografía y una revisión. Normalmente, me acompaña mi madre y esta vez quería hacerlo Madison, pero si te apetece, puedes venir conmigo. Así la verás por primera vez.

El rostro de Jake se ilumina tanto que me siento como si mirara directamente al sol. Al principio parece plantearse abrazarme, pero se abstiene educadamente. Creo que es mejor para los dos que no nos toqueteemos mucho.

—¿De verdad quieres que te acompañe? —pregunta, y yo asiento.

—Tendrás que verla antes de que nazca, ¿no?

Se ríe y yo hago lo mismo. Me encanta ver que ahora estamos mucho más cómodos. Y como si nuestra hija pudiera sentirlo, patatea.

—Mira. —Mi cerebro se apaga de repente y me apresuro a cogerle las manos y llevármelas al estómago. Me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Sientes las pataditas?

Jake abre los ojos de par en par e inconscientemente me acaricia el vientre. Se me acelera el pulso ante esta suave caricia y frunzo los labios para evitar que mis emociones se descontrolen. Tengo los sentimientos a flor de piel con el embarazo.

—Hala... —dice—. Está dando patadas... ¡Qué fuerte! ¿Cada cuánto lo hace?

—Varias veces al día —respondo en voz baja—. Se mueve mucho y, según la ginecóloga,

está muy sana y todo va bien. Vamos, que no hay nada de lo que preocuparse.

—Vaya... —añade—. Es increíble. En plan, noto sus piecitos...

Sonriendo, miro a Jake y pongo mis manos sobre las suyas. Mi corazón late más rápido y me siento aliviada de que hayamos podido hablar las cosas a buenas. Ahora tenemos que pensar en nuestro futuro.

Jake

Unos días después de mi conversación con Phoenix, hemos quedado con todos en un restaurante en el centro de Lincoln. Será la primera vez desde el regreso de Phoenix que volveremos a estar todos juntos y me muero de ganas.

Desde que hablamos del bebé, Phoenix y yo hemos estado en contacto casi todos los días. Le pregunto cómo está, me responde y me envía fotos de su barriga. Dice que crece cada día, pero a mí no me lo parece. Aun así, me parece bien que me involucre tanto en el proceso. Al fin y al cabo, el bebé que está en su barriga también es mío.

Nuestra conversación fue mucho mejor de lo que pensaba. De hecho, me imaginaba que ambos explotaríamos y nos gritaríamos el uno al otro sin tregua. Por suerte, no fue así. Vale, puede que desde entonces digamos lo que pensamos sin filtro, pero ahora nos entendemos mucho mejor.

Sé que Phoenix tenía miedo y entiendo que no supiera cómo decírnoslo. Pero bueno, sigo pensando que al menos debería habérmelo dicho a mí, antes que a su familia y amigos. Habría ido a buscarla inmediatamente. No contemplaba otra opción.

Tyler y yo entramos en el restaurante y vemos que Darren, Millie y Joy ya están sentados en nuestra mesa de siempre. Aunque han pasado ya seis meses, sigue pareciéndome increíble que Darren y Millie sean pareja. Bueno, y todo lo que tiene que ver con la familia de Millie ya, flipas... Nunca me habría imaginado que era multimillonaria y que heredaría un club de la NFL. Es increíble lo mucho que ha cambiado desde que empezó a salir con Darren y se fueron a vivir juntos. Por otra parte, regaña a Darren tan a menudo que casi nos resulta entretenido a los demás.

Quién lo ha visto y quién lo ve: Darren, el canallita de la universidad, está tan enamorado de la chica más tímida del lugar que se olvida de todo lo demás cuando ella está cerca. Y para qué mentir, a mí también me gustaría tener una relación tan íntima. Se quieren y no se cansan de decírselo.

No dejo de preguntarme qué habría pasado si el otoño pasado no hubiera sido tan cobarde y le hubiera dicho a Phoenix que quería intentarlo. Se lo habría contado a mi familia, a mis amigos y, sobre todo, a Denver. Y ahora no estaríamos en semejante berenjenal. Seguiría embarazada, pero los últimos meses habrían sido muy diferentes.

Cuando dejé claro durante nuestra conversación que quería que fuéramos amigos porque era lo mejor para el bebé, Phoenix puso cara de decepción. O eso me pareció. Perdió la sonrisa un instante, pero la recuperó tan deprisa que no estoy seguro de si fueron imaginaciones mías.

En realidad, no quería decir eso. De hecho, me encantaría intentarlo y resucitar nuestra relación. Simplemente, no quise asustar a Phoenix al dejárselo caer, y en su lugar le propuse lo de ser amigos. Solo quería decirle que siempre estaré ahí para ayudarla.

En verdad, creo que el tiempo dirá lo que sentimos el uno por el otro. Por ahora, el bienestar de nuestra niña es la máxima prioridad. Mi bebé y sus patadas de campeonato... Es increíble la energía que tiene la pequeña, como la llama cariñosamente Phoenix.

Mañana tiene cita con la ginecóloga y estoy impaciente por ver a mi niña por primera vez en vivo y en directo. Phoenix me envió una ecografía de su última cita y ya tiene la carita casi formada. Pude verle hasta los ojos. Fue increíble y cuando se lo enseñé a Tyler tampoco daba

crédito.

Me siento mejor desde que hablé con él. Nunca ocupará el lugar de Denver en mi vida, y creo que él lo sabe, pero es un buen amigo y sé que está dispuesto a ayudarme.

—Hola —digo, volviéndome hacia Darren—. ¿Todo bien, *bro*¹?

—Sí, tío... —dice mi amigo y me giro hacia su novia.

—Hola, Millie —La saludo con un abrazo—. ¿Cómo vas?

—Bien, ¿y tú? —pregunta ella—. Supongo que llevas una vida bastante emocionante ahora mismo.

A diferencia de Joy, que nunca se anda por las ramas, Millie se las arregla para hacer preguntas de forma muy sutil y coqueta, y aun así sabe por dónde pillarme.

—Sí —respondo, sonriendo ampliamente.

Me aseguro de que Denver no está cerca antes de volverme hacia ella y añadir:

—Mañana voy a llevar a Phoe al ginecólogo. Será la primera vez que vea al bebé.

—¿Entonces podemos felicitarte ya o qué? —bromea Darren, dándome una palmada en el brazo—. Enhorabuena, papá...

—Supongo —Sonriendo, miro alrededor de la habitación y mis ojos se posan en Joy.

La veo coger aire y añado:

—Ahórrate lo que quiera que fueras a decir.

—¿Pero tú qué te piensas? —Se ríe, echándose el pelo turquesa hacia atrás—. Me alegro por ti, hombre...

Le devuelvo la sonrisa para darle las gracias.

—Bueno, al grano —dice Joy juntando las manos sobre la mesa—. ¿Qué se siente cuando te sale el tiro por la culata?

Pongo los ojos en blanco mientras Tyler y Darren estallan en una carcajada sonora. Darren se calla de inmediato al ver que Millie le echa una mirada asesina. La miro agradecido y me vuelvo hacia Joy.

—Bueno... —murmuro—. Para empezar, que conste que estoy emocionado y...

—¡Ahí estáis!

Doy un respingo al oír la fuerte voz de Millie y me doy la vuelta. Denver viene hacia nosotros, sonriendo, seguido de Sienna y Phoenix. No podría estarle más agradecido a Millie por intervenir tan rápido antes de que Denver oiga algo que no debe. Hay que decirle la verdad ya, pero antes he de acordar con Phoenix la mejor manera de hacerlo. Cuanto más tiempo se lo ocultemos, y más cuando todos los demás lo saben, más se enfadará.

—Hola. —Le digo a Denver—. ¿Tan despacio conducías?

Pone los ojos en blanco, lo que me hace reír, y se vuelve hacia Tyler. Luego saludo a Sienna y finalmente a Phoenix. Me alegro de poder abrazarla sin que a Denver le parezca raro. Está muy guapa con ese vestido corto de ante rojo, que tiene un escote pronunciado. Se le ciñe alrededor de la barriga, lo que hace que parezca aún más grande. Por encima lleva una cazadora de cuero, y en las piernas, unas medias y unas botas.

Obviamente ha engordado, y tiene los pechos hinchados, pero siempre me parecerá sexy a más no poder. Su larga melena rubia le cae en suaves ondas sobre los hombros.

—Hola —susurro—. ¿Cómo vas hoy?

—Todo bien —dice Phoenix—. Hoy está tranquilita, así que he podido descansar.

—Pero no demasiado tranquilita, ¿verdad? —pregunto alarmado, y ella niega con la cabeza.

—Tranquilita no significa que se esté quieta todo el rato.

—Ah, vale, vale... —respondo, separándome de ella.

Phoenix pasa por mi lado y saluda al resto del grupo. Luego Tyler le acerca una silla y ella se sienta entre los dos. Le miro para darle las gracias. Phoenix se lleva las manos a la barriga y mira con nostalgia el cóctel de Joy y la cerveza de Darren.

—Ni se te ocurra —dice Denver, y ella pone los ojos en blanco.

—Gracias por esa orden innecesaria —refunfuña—. Ni os imagináis lo que es. Los primeros meses no se te queda nada en el cuerpo, y luego no soportas las tonterías del día a día. Además, esta pequeñaja da tantas patadas que parece que está en una rave. Y me pisa constantemente la vejiga. Ahora en serio —Señala a Joy, Sienna y Millie—: nunca os dejéis convencer de hacer algo así.

La miro con incredulidad, pero Phoenix ni se inmuta.

—No te preocupes —dice Joy—. El chico por el que voy a perder la cabeza aún no se ha materializado en este plano astral.

De repente, Tyler empieza a toser y todos le miran. Intenta disimularlo, pero por un momento me pregunto si lo de esos dos se ha acabado de verdad y no es lo que intentan hacernos ver.

—Oh, venga... —dice ni más ni menos que Darren—. Algo bueno tendrá...

—Sí —dice Phoenix con naturalidad—. Con suerte, en diez semanas habrá terminado todo.

—Bueno, pero... —responde Joy—. Antes de eso, vas a tener que empujar para forzar un agujero que hace unos años era demasiado estrecho para una polla.

—¡Joy! —chilla Millie y Darren se ríe a carcajadas—. ¡Eres un desastre! ¡Qué desagradable!

—Solo estoy siendo sincera, Millie Mouse... —Sonríe—. Sé que serás capaz de soportar el dolor del parto con entereza.

—¿Podemos dejar de hablar de... —Denver vacila— de las partes íntimas de mi hermanita y de cuánto pueden darse de sí?

Si Denver supiera la de veces que he dado de sí las partes íntimas de Phoenix, como él dice, ahora mismo se me lanzaría a la yugular, cuchillo en mano. Phoenix le mira y se ríe.

—¿Te incomoda todo esto? —le pregunta dulcemente.

A veces es tan cabrona...

—¡Sí! —La mira indignado—. ¿No es evidente? Estamos hablando de tu...

—¿Vagina? —Le ayuda Phoenix y me río—. Algunos lo llaman coño o...

—Ya está. Lo pillo —gruñe Denver—. No quiero oír nada más al respecto.

Phoenix sonríe casi maliciosamente a su hermano mientras la camarera se acerca. Denver y Tyler piden unas cervezas y Sienna, un agua.

—Un agua para mí también —dice Phoenix con una sonrisa llena de dolor.

La camarera asiente y me mira. Y es entonces cuando me doy cuenta de quién es. Joder. La mirada de Denver lo dice todo y Darren se hunde cada vez más en su silla.

Creía que Virginia ya no estaba en Lincoln, pero supongo que me equivocaba. Después de que Phoenix se fuera y yo tuviera que seguir con mi vida, sobre todo con mi vida sexual, me encontré con ella una noche que los chicos y yo salimos de fiesta. Bueno, Tyler no estaba, por algún motivo que no recuerdo. Estuve de rollo con ella hasta hace unas semanas. Lo dejé porque no me sentía muy a gusto. Virginia no se lo tomó bien, como era de esperar.

—Hola, Jake —dice fingiendo amabilidad, ladeando la cabeza—. ¿Qué te pongo?

—Una Coca-Cola —respondo, saludándola con la cabeza—. Gracias.

—Se te ve muy tranquilo hoy... —me dice alzando sus cejas perfectamente arqueadas.

Para colmo, estira la mano y me pasa las uñas por el hombro antes de añadir:

—¿Por qué no me vuelves a llamar? Si se te antoja, claro...

Chasquea la lengua, se da la vuelta y desaparece de nuestra mesa. Se hace un silencio incómodo. No me atrevo a mirar a Phoenix. Finalmente, lo hago, y su mirada me va directa al corazón. Está dolida. Antes tenía las manos descansando sobre la barriga, pero ahora aprieta los puños. La conozco desde hace tiempo y sé que no le ha gustado la conversación. A mí tampoco me habría gustado oír algo así.

Virginia y yo no tuvimos nada serio: solo sexo. Pero en el fondo, siempre supe que solo la estaba utilizando para superar lo de Phoenix. Pretendía olvidarla y no funcionó, por eso rompí con ella.

—¿Esa es tu ex? —Phoenix me lanza una mirada dolida—. Qué bien...

—No es mi ex —respondo—. Estuvimos... En fin, solo nos acostamos un par de veces.

Phoenix vuelve a mirarme y yo miro a Denver. No parece prestarnos atención y está hablando con Darren.

—Claro que sí, campeón... —susurra Phoenix—. No desaproveches tu talento...

Abro la boca para contestar, pero Phoenix se gira y se pone a hablar con Millie y Joy. Frunzo los labios y me reclino en la silla. Se suponía que no tenía que enterarse.

Cierro la puerta del apartamento detrás de mí y me quito las zapatillas. Tyler también se quita los zapatos.

Phoenix no me ha dirigido la palabra en toda la noche. A Virginia no parecía importarle la presencia de Phoenix. Siguió tonteando conmigo, como si pretendiera conquistarme de nuevo. Al final me tocó pagar la cuenta y ella me dio una notita con su número junto con el cambio. Por si lo había borrado...

Phoenix se levantó sin decir palabra y salió del restaurante. Sienna la siguió. Nadie se preguntó por qué, y es más, Denver no dijo nada. Se limitó a balbucear algo sobre que su hermana tenía náuseas otra vez. Luego me levanté y salí también, pero Phoenix ya había subido al coche y se había marchado.

—Me encantaría retorcerle el cuello a Virginia —digo, enfadado, mientras saco el iPhone del bolsillo de los vaqueros—. Ahora Phoe no va a querer hablarme.

—Esa chavala es perversa, ¿eh? —dice Tyler, entrando en el salón—. ¿Por qué te acostaste con ella?

—Creo que la respuesta es obvia... —murmuro, abriendo el chat de Phoenix.

Todavía no me ha contestado.

—No se ha pensado dos veces lo de dejarte caer que quiere volver a acostarse contigo, ¿eh?

Le lanzo una mirada molesta a Tyler y me dejo caer en el sofá.

—¿Quieres una cerveza? —me pregunta y yo asiento.

Tyler va a la cocina y yo me reclino en mi asiento. Me cabrea que nos hayamos encontrado con Virginia.

—Sabes que no tienes que darle explicaciones a Phoe, ¿verdad? —pregunta Tyler al volver al salón con la cerveza—. Lo de Virginia fue solo un rollo...

—Eso díselo a Phoe —respondo, dejando la cerveza después de haberme bebido la mitad—. Está cabreada porque me acosté con ella cuando estaba en Bristol.

—No le debes nada —contesta—. No estabais juntos, ¿no?

—Nunca hemos estado juntos —le corrijo—. Phoe quería que lo estuviéramos, pero no fue el caso. Aun así, en todo este tiempo no he podido dejar de pensar en ella.

—Supongo que para ellas es lo mismo —especula Tyler—. El deseo y la realidad...

Suspiro y me inclino hacia delante.

—Tengo que llamarla. Mañana queremos ir juntos al ginecólogo. Necesito saber a qué hora he quedado con ella.

Sin esperar la respuesta de Tyler, le doy una palmada en el hombro y me meto en la habitación para llamar a Phoenix. Me alivia oír el sonidito repetitivo de la señal. Al menos no me ha colgado directamente.

—¿Qué quieres? —Su voz fría me hace dar un respingo y me siento en la cama.

—¿A qué hora te recojo mañana?

—Se me ha olvidado decirte que va a venir Madison.

Abro los ojos con incredulidad. No puedo creer lo que estoy oyendo. Tremendo absurdo. Ahora Phoenix ha decidido que no quiere que vaya con ella por lo de mi rollete con Virginia.

—Eso no es cierto y lo sabes —le respondo, no queriendo empezar otra discusión con ella—. ¿A qué hora?

—¡Que te he dicho que voy con Mad! —insiste y suelto un gruñido—. Nos vemos.

—¡Sí, mañana!

No voy a dejar que me aleje de ella porque se haya picado. ¡Joder! Era obvio que iba a acostarme con alguien en estos últimos meses. Si no hubiera estado embarazada, seguro que ella también habría ligado con un inglés. Respiro hondo y añado:

—Sé que estás molesta por lo de Virginia, pero no es asunto tuyo. Es mi vida privada, Phoe.

—¿Ah, sí? —dice a través del altavoz y me imagino lo roja que debe tener la cara y lo cerca que estará de explotar.

—¡Sí! —Me levanto enfadado y empiezo a pasearme por la habitación—. Ahora dime a qué hora quieres que esté allí mañana, o iré a tu casa cuando me venga en gana. No creo que quieras que haga eso.

Como su madre, John y Madison no saben que soy el padre, acordamos vernos en la parada de autobús de su calle. Joy será su coartada. Sienna y Millie también están al corriente. Increíble circo para poder estar juntos en un momento tan bonito...

—¡No te atreverás!

—¿Estás segura? —le pregunto—. No te debo nada, así que...

¡Clliiiiic!

Atónito, me quedo mirando la pantalla del móvil. No puede ser. ¡Me ha colgado! Estoy a punto de volver a marcar su número cuando recibo un mensaje suyo.

***Phoenix: 15:30 h**

***Phoenix: ¡Solo hago esto por el bebé y porque no quiero que crezca sin su padre!**

Respiro hondo y fijo la vista en el mensaje y en lo que quiere decir en realidad. Para Phoenix es importante que yo forme parte de la vida de nuestra hija, porque perdió a su padre muy joven. Es lo correcto, y me alegro de que, a pesar del enfado, siga siendo una prioridad para ella. Aun así, la discusión iba sobre Virginia, y todavía no lo hemos resuelto.

***Jake:** *¡Nos vemos mañana! Aunque no es que me apetezca especialmente...*

Me encantaría escribirle y pedirle disculpas, pero le diga lo que le diga, Phoenix no lo aceptará. Habíamos avanzado mucho en estos últimos días, pero todo esto nos ha estallado en la cara como una pompa de jabón y ahora tendremos que volver a empezar.

***Phoenix:** *Será mejor que vengas a las 15:15 h. No hay mucho sitio donde aparcar.*

Le mando el emoji del pulgar hacia arriba, lanzo el iPhone adonde no pueda verlo y, frustrado, voy al baño a darme una ducha, para luego meterme en la cama. Creo que me vendrá bien dormir. Así me relajo un poco. Aunque creo que Phoenix no ha hecho más que asomar la cabeza en lo de Virginia y mi vida sexual.

¹ *N. de la T.* Del inglés, *brother*, apócope que utilizan los jóvenes para dirigirse a sus amigos. Podría traducirse por «colega» o «tío».

Phoenix

Camino por la calle hasta la parada de bus en la que hemos quedado Jake y yo. Me habría gustado enviarle un mensaje esta mañana para decirle que la médica estaba enferma o que no me encontraba lo bastante bien como para acudir a la cita. No me apetecía verle después de lo de anoche. Anda que yo también... Pensar que no había estado buscando tirarse a otras durante estos meses... ¡Pues claro que lo había hecho!

Me dolió ver a esa chica tirándole la caña. Se le notaba que le gustaba Jake tanto como a mí y no me hizo mucha gracia verlo. Él le habrá hecho el amor muchas veces, tantas como a mí. Ella lo habrá acariciado con las manos y le habrá lamido el cuerpo y él habrá hecho lo mismo con las manos, la boca, la lengua... Me da angustia solo de pensar en que la hiciera correrse como a mí, sentir que podía tocar el cielo con los dedos...

En mi mente veo imágenes de mí tumbada delante de él con las piernas abiertas. Jake siempre solía separarme los muslos con sus anchos hombros para acceder mejor a mi sexo. Era increíble sentir su lengua en mi clítoris y sus dedos hundidos en lo más profundo de mi ser, pero ahora no es más que un vago recuerdo...

No me he acostado con nadie desde que me enteré de que estaba embarazada. No me apetecía tampoco, hasta ahora. Es que Jake... Joder, me encantaría hacerle el amor una vez más, sentirlo dentro de mí, pero no es nada más que un deseo estúpido. Jake ha estado con otras chicas y yo tengo que empezar a prepararme para el parto.

Un coche que pasa por mi lado frena de repente y yo me detengo. La ventanilla del lado del copiloto está bajada y Jake me sonríe ampliamente.

—¿Necesita que la lleve, señorita Jones?

Me río y le miro, sentado en el asiento del conductor.

—No sé qué decirle, Sr. Sullivan... —Inclino la cabeza—. Estaba esperando a un caballero.

—Anda, Phoe, sube.

Abro la puerta del acompañante y me dejo caer en el asiento. Jake me mira y dice:

—Hola...

—Hola —digo, abrochándome el cinturón.

—¿Cómo estás? —pregunta Jake, volviéndose hacia el frente.

—Bien, ¿y tú?

—Bien —responde, concentrándose en el tráfico.

Nos sumimos en un silencio que es de todo menos cómodo. Los dos sabemos lo que pasó ayer y que tenemos que hablar de ello. El hecho de que se acostara con Virginia me hundió. No solo por mi estado, que no me hace parecer el culmen del *sex appeal*¹ ahora mismo, sino porque me cuesta entender por qué se interesa tanto por otras chicas.

Ayer me arreglé por primera vez después de... ni se sabe. Quería estar guapa para Jake. Según ha ido avanzando el embarazo, he evitado ponerme ropa ajustada y escotada. El vestido rojo de ante de ayer fue una excepción. Aunque vi cómo me miraba el escote de reojillo, me faltó una reacción evidente por su parte. Cuando me preguntó si todo iba bien, se refería más a nuestra hija que a mí.

Junto las manos y miro en silencio por la ventanilla mientras nos acercamos al centro de la

ciudad.

—Tengo que decírselo a mis padres —dice de repente, y trago saliva.

Sí, está claro... Yo también. Mamá y John tienen que saber que Jake es el padre de mi hija, pero no sé por dónde empezar.

—Ya lo sé, ya —respondo—. Tienes que decírselo.

—¿Se lo has dicho a tu madre? —pregunta—. ¿Alguien sabe siquiera que soy el padre?

—Sienna, Joy y Millie —respondo y él pone los ojos en blanco.

—No pongas esa jeta...

—Me refería a tu madre, John y Mad —dice con más claridad—. A Denver lo dejo fuera de momento...

—Ay, Denver... —murmuro—. Si no fuera por él, las cosas no serían tan... tan... bueno, tal y como son.

—Eso es mentira —contesta Jake a la defensiva—. Si no fuera por Denver, ni siquiera nos conoceríamos...

—¿Eso crees?

—Sí —dice con firmeza—. Al menos no desde hace tanto tiempo...

—Y debería haber sido así...

—¿Vas en serio? —responde, mirándome un momento—. ¿Crees que lo que había entre nosotros...?

—¿Qué había entre nosotros que no hayáis tenido Virginia y tú?

Vale, he sacado el tema, aunque no quería. Me cago en todo. No quiero que Jake piense que estoy al mismo nivel que Virginia. Soy mucho mejor chica y más sensata que ella. En el campus todos saben que ha extendido su telaraña sobre varios jugadores de los Tigers. Por desgracia, de todos, ha tenido que hacer buenas migas con Jake.

—¿En serio vas a discutir sobre lo que pasó entre Virginia y yo?

—No.

—Bien —responde Jake—, porque no tienes derecho a hacerlo.

—¿Por qué? Si puede saberse... —siseo.

—Porque no estamos juntos y... y nunca lo estuvimos, Phoe —dice, como si no fuera obvio—. Nos acostábamos y...

—No puedo creer que sigas pensando eso —le digo, respirando hondo—. Sabes que no fue así, Jake. En ningún momento. Tú... simplemente fuiste demasiado gallina para decirle a Denver que...

—¿Qué, Phoe? —vocea—. ¿Que yo también estoy enamorado de ti? Es eso lo que ibas a decir, ¿no?

—Sí.

Me alegro de que tenga que mirar a la carretera, porque acabo de admitir que sigo enamorada de él. Y él también está enamorado de mí, ¿no? En fin, no creo que pudiera discutir sobre este tema si tuviera que mirarle a los ojos.

Jake agarra el volante con tanta fuerza que se le pone blanca la piel de los dedos. Tiene la mandíbula apretada y veo claramente que está cabreado. Conmigo, consigo mismo, con nosotros y, sobre todo, con la situación.

—Oye, Jake...

—Déjalo, Phoe —me interrumpe—. Es lo que hay. No podemos hacer nada...

—Pero...

—He dicho que no podemos hacer nada.

Esta vez no replico y miro por la ventana. ¿Por qué nuestras conversaciones suben de tono (en el mal sentido, claro) cuando no hablamos de nuestra hija? En el pasado parecía que estábamos en el mismo punto y Jake tuvo muchas oportunidades de hablar con Denver.

Ahora tendrá que hacerlo él, porque si no, lo haré yo misma. Uno de los dos tiene que sincerarse con mi hermano. Y el mejor momento para hacerlo es antes de que me ponga de parto.

—Tienes que decírselo a Denver —le dejo caer—. No puede seguir siendo un secreto. Si se lo dices a tus padres, bueno... Tendré que decírselo a mi madre y a John, y por extensión, a mis hermanos.

—Sí, pensaba hacerlo —responde, molesto—. Gracias por recordármelo.

—Yo también puedo decírselo —Me ofrezco, porque no es justo dejárselo todo a él—. No me importa hacerlo. Nos va a matar de todos modos, así que qué más da.

—Siempre nos quedará el optimismo... —Jake se ríe y sacude la cabeza—. De puta madre.

—Ya, bueno... —susurro—. De todas formas, todo esto es culpa tuya. No quisiste decírselo, y siempre me trataste como si fuera tu secretito, tu placer culpable. Hasta tonteabas con Sienna delante de mí porque sabías que no podía decir nada.

—No empieces otra vez... —gime—. ¿No ves que eres una paranoica? Sienna no me interesaba, y aunque lo hiciera... ella quiere a Denver y él la quiere a ella. Solo intentaba despistar a tu hermano.

—¿Y herir mis sentimientos? —susurro—. Has tonteado con tantas chicas, les has hecho casito después de los partidos y yo...

—¿Y con quién he acabado siempre? —pregunta, mirándome brevemente—. ¿Con quién me acostaba por la noche después de un partido, con quién me iba de las fiestas? Contigo, Phoe.

—Sí, en secreto...

—¿Qué quieres de mí? —gruñe—. Ya sé que tengo que decirle a Denver que te dejé embarazada y que estábamos de rollo. Pero eso y nada más. No éramos pareja, así que no te debo nada, y no es culpa mía que lo del sexo no te haya importado mucho los últimos meses.

—¡Eres un imbécil! —grito, teniendo que contener las lágrimas—. ¿Crees que a algún tío le pone tirarse a una embarazada? Por no hablar de cómo me habría sentido yo al respecto...

Aparto la mirada. Tengo lágrimas en los ojos, pero me las seco rápidamente para que no las vea. A veces Jake es un gilipollas. No tiene derecho a juzgarme así. Seguro que no le habría gustado que me hubiera puesto modo guarrona en Inglaterra como él hizo aquí.

—Perdona, Phoe —dice ahora, mucho más conciliador—, no quería decir eso...

—Cállate, Jake —le respondo—. Estás soltero y siempre lo has estado. Siento haber sido tan estúpida como para pensar que tal vez pudiera despertar algo en ti, algo que te hiciera apuñalar a tu mejor amigo por la espalda.

Jake no contesta, y poco después aparca el coche en una plaza vacía a pocos metros de la entrada de la consulta del ginecólogo. Apaga el motor y nos desabrochamos los cinturones. A juzgar por los últimos minutos, la visita al gine va a ser un desastre. Salgo del coche y cierro la puerta.

—Hay que andar un poco —le digo, y él asiente.

En silencio, caminamos el uno al lado del otro hasta la consulta del médico. Jake me abre la puerta y entra en el edificio detrás de mí. Las paredes son de color beis pálido y hay unas cuantas fotos de recién nacidos que le sorprenden; se le nota en la cara.

—Hola —saludo a la recepcionista—. Soy Phoenix Jones. Tenía cita para una revisión.

La recepcionista introduce mis datos en el ordenador.

—Por favor, pase a la sala de espera y siéntese, señorita Jones —me dice amablemente—. La llamarán enseguida.

—Gracias —respondo mirando a Jake—. Hay que esperar un pelín.

—De acuerdo —contesta y me sigue.

Saludo con la cabeza y de forma amistosa a las dos embarazadas de la sala de espera y me siento en las cómodas sillas con Jake. Es la primera vez que tengo el placer de venir a este sitio con el padre de mi hijo. Jake vuelve a mirar la decoración de la pared y los innumerables carteles informativos sobre diversas enfermedades y el parto.

—Supongo que nunca has estado en la consulta de un ginecólogo...

—No —responde—. ¿Tanto se me nota?

—Sí.

Me río entre dientes y me pongo las manos en el vientre. Suavemente, acaricio el bombito que seguirá creciendo en las próximas semanas.

—Es... curioso.

—Recuerdo la primera vez que estuve aquí —digo, mirando a mi alrededor—. Como a la mayoría de las chicas, me daba palo sentarme en esa silla y que el médico me examinara. Bueno, en mi caso, la doctora Austin es un amor, pero sigue siendo raro.

—Ya veo... —dice Jake—. ¿Cuántos años tenías entonces?

—Dieciséis.

No le digo que fue justo después de nuestro primer beso. Me excitó tanto que estaba segura de que pasaría algo más entre nosotros. Tremenda gilipollez, lo sé. Él se distanció de mí después de eso. Pero mi ingenuo corazón adolescente creía firmemente que Jake sería el primer chico con el que me acostaría.

—Señorita Jones... —Levanto la vista y veo a la amable recepcionista—. Adelante.

Jake y yo nos levantamos y la seguimos. No puedo evitar fijarme en que me posa la mano derecha en el hombro. Aunque llevo una camisa y su piel no toca la mía, se me eriza el vello de los brazos. Mis hormonas deben de estar descontroladas a tope para que un simple roce me afecte tanto.

La recepcionista nos guía a la sala de exploración y nos sentamos en las sillas frente al escritorio. Sonríe y miro a Jake. Tiene los dedos entrelazados y las manos en el regazo. Me hace gracia lo nervioso que está.

—Buenas tardes, Phoenix —me saluda la doctora Austin, tendiéndome la mano—. Ah, ¿y buenas tardes, señor...?

—Sullivan —se presenta Jake—. Jake Sullivan.

—Muy bien, señor Sullivan... —murmura, tomando asiento frente a nosotros.

La doctora Austin tiene unos cuarenta años y tiene esta consulta desde que tengo uso de razón. Madison y mamá también vienen aquí. A mi hermana pequeña le recetaron la pastilla anticonceptiva hace unos meses. Quería que viniera con ella, pero por desgracia estaba en Bristol.

—¿Cómo te encuentras, Phoenix?

Como la doctora Austin me conoce desde hace años, me llama por mi nombre.

—Estoy bien, gracias —respondo, acariciándome la tripa—. Está muy activa, pero por lo demás estamos bien.

—¿Cómo va el dolor de espalda? —me pregunta amablemente.

—Mejor.

—Supongo que ya te habrás recuperado de ese vuelo interminable... —responde, y luego mira a Jake—. ¿Eres amigo de Phoenix? Bueno, puedo tutearte, ¿no?

—Sí, sí... —Se aclara la garganta y vuelve a mirarme, como si necesitara mi aprobación para decirle que él es el padre—. Soy... bueno... Soy el padre del niño.

La doctora Austin abre los ojos de par en par y vuelve a mirarme, como si necesitara confirmación. Asiento tímidamente.

—Muy amable por tu parte lo de acompañarla —dice—. Confío en que estés al tanto de todo hasta ahora.

—Sí —responde él y ella asiente.

—Vamos a pasar a la ecografía. Túmbate, Phoenix. Y tú puedes ponerte detrás de mí —dice, mirando a Jake.

El padre de mi niña asiente y ambos nos ponemos de pie. Como esto ya es rutina para mí, me acerco a la camilla, me destapo la tripa y me tumbo. La doctora Austin se sienta en el taburete frente a la máquina, me pone una gran cantidad de gel en el abdomen y luego me presiona ligeramente con la sonda de ultrasonido. Jake está de pie detrás de ella y mira a la pantalla y luego a mí, y así sucesivamente. Es evidente que está emocionado: va a ver a nuestra niña por primera vez.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —le pregunta a Jake.

—Dos semanas —responde él, y ella asiente.

La doctora Austin me pasa la sonda de ultrasonido por el vientre y yo sigo los movimientos en la pantalla. Sonriente, observo los rasgos de nuestra hija y miro a Jake. Él mira la pantalla, totalmente absorto.

—Todo va bien —dice la doctora Austin cuando termina—. Se está desarrollando como esperaba. Los latidos son fuertes y no he visto nada raro.

—¡Qué bien! —digo contenta, mirando a Jake.

Él me devuelve la sonrisa.

La doctora Austin da por terminada la ecografía y me pasa una toalla para que me limpie el vientre.

—Deme si quiere, lo hago yo —dice Jake rápidamente y se la quita de las manos—. Gracias.

La doctora asiente con una sonrisa y dice:

—Enseguida vuelvo.

Antes de que pueda decir nada, la doctora desaparece y Jake me tiende la mano para ayudarme a sentarme. Sin embargo, no estoy del todo contenta. Después de la discusión en el coche, quiero poner la mayor distancia posible entre nosotros. Jake, en cambio, me mira sonriente y me limpia el gel del estómago.

—Gracias —susurro cuando termina.

—No es nada —responde él, tirando la toalla al cesto de la ropa sucia que hay en un rincón de la sala de exploración—. Gracias por dejarme venir contigo. Ha sido increíble.

—De nada.

Me bajo de la camilla y volvemos a las sillas frente al escritorio de la doctora Austin. Jake se sienta a mi lado y la doctora aparece por la puerta.

—¿Aún quieres apuntarte a esas clases de preparación para el parto de las que estuvimos hablando? —me pregunta y yo asiento.

En realidad, no quiero, porque sé que la mayoría de las mujeres irán con sus maridos y yo me

sentiré como una niña pequeña que ha conseguido quedarse embarazada a los veinte años. Pero la doctora Austin y mi madre han insistido en lo importante que es.

—¿Vas a venir con nosotras? —Se dirige inesperadamente a Jake.

Él se sonroja. Parece que le cuesta encontrar las palabras.

—Esto... ¿Quiere que vaya? —Jake abre mucho los ojos—. No sé qué decir...

—Bueno, a ver... —La doctora Austin parece confundida—. Estarás con Phoenix durante el parto, supongo...

—Todavía no hemos hablado de eso —digo para salvarle de sus preguntas—. Hablaremos del tema en los próximos días.

—De acuerdo —dice con poca confianza.

El ambiente se ha vuelto tenso desde que ha sacado el tema. Sé que la doctora se muere de ganas de preguntar cómo nos las apañaremos en el futuro. La conozco lo suficiente como para saber que está preocupada.

—Voy a apuntarte a la primera clase y a decir que llevarás a un acompañante, Phoenix. Así ya decides tú con quién ir.

—De acuerdo —digo, cogiendo la cartilla de maternidad, en la que está la ficha de inscripción para las clases de preparación al parto, así como las últimas imágenes de la ecografía.

—Y antes de que se me olvide —me dice—, aún no has decidido el hospital en que quieres tener al bebé.

—Es verdad... —respondo, dándome cuenta una vez más de cuántas cosas importantes se me olvidarían si no fuera por ella y por mi madre.

—Aquí tienes información sobre los mejores hospitales de Chicago, pero también puedes elegir tenerlo en casa.

—¡No, por Dios! —exclamo, lo que la hace sonreír.

Estoy segura al cien por cien: mi niña nacerá en un hospital moderno y equipado con lo que sea necesario para el parto.

—La última vez te recomendé una comadrona... —continúa.

Se me había olvidado, aunque le había prometido que me pondría en contacto con ella. Probablemente me lo haya notado en la cara, porque la doctora Austin suspira.

—Se te había olvidado, ¿verdad?

—Perdona —murmuro, frunciendo los labios—. Todo esto es demasiado y yo... No sé si podré... soportarlo.

Me da vergüenza decirlo. Cada vez que tengo que admitir lo abrumada que estoy por el embarazo, me siento un poco inepta. ¿Cómo será cuando llegue el bebé?

Doy un respingo cuando Jake me coge la mano y me la aprieta. Sorprendida, le miro. No me lo esperaba. Acto seguido, dibuja una sonrisita en los labios.

—¿Podría darme la información de contacto? —pregunta amablemente a la doctora—. Yo... Bueno, nosotros nos ocuparemos de todo. Me encargaré del papeleo de Phoenix. En fin, me refiero a que la ayudaré...

—Por supuesto —dice la doctora Austin, entregándole a Jake una tarjeta—. Esta es la información de contacto de Julia Barber. Es una comadrona joven, pero muy competente. Atiende a muchas madres jóvenes, y creo que congeniaréis enseguida, Phoenix.

—Gracias —dice Jake, guardándose la tarjeta—. La próxima vez que vengamos, lo tendremos todo resuelto.

—Me alegra oírlo —responde la doctora Austin, poniéndose en pie.

Nos levantamos también y nos despedimos

—Bueno, un placer, Jake...

—Lo mismo digo, doctora Austin.

Salimos juntos de la consulta. Ahora que cuento con el apoyo de Jake, me siento más segura. Todo irá bien.

¹ *N. de la T.* En español, «atractivo sexual».

Phoenix

Jake se ha implicado mucho estas dos últimas semanas. Se ha ocupado de todos los trámites, nos ha apuntado a las clases de preparación al parto, se ha puesto en contacto con la comadrona y ha concertado una cita en el hospital para visitar el área de maternidad. Me ha costado acostumbrarme a que se preocupe tanto por mí, pero es bueno saber que está dispuesto a cuidar de mí y del bebé.

No hemos hablado de nosotros desde la pelea en el coche. Evitamos el tema de Denver y nuestras familias, porque en cuanto surge, nos peleamos. Millie me dijo que Jake salió con Darren y Tyler anoche. No dejo de pensar en si habrá conocido a alguna chica y se la habrá tirado.

Hace tanto tiempo que no me acuesto con alguien que ni siquiera recuerdo lo que se siente al tener una polla dentro de mí. Me temo que va a ser así durante bastante tiempo. Durante las primeras semanas después del parto, me dolerá demasiado el abdomen y muchas otras cosas, así que dudo que pueda pensar en follar. Además, tendré que dedicarle toda la atención mi hija y no tendré tiempo para quedar.

—¡Phoenix! —me llama Madison desde arriba y salgo de mi habitación—. ¡Ha venido Jake!

Se me acelera el corazón de inmediato. Le dije que no viniera a verme a casa, ¿no? Eso solo traerá problemas. Al final, mi madre, John y Madison acabarán sospechando. Ni siquiera Denver viene aquí tan a menudo.

Antes de que pueda contestar a mi hermana, Jake baja las escaleras y se planta delante de mí, sonriendo.

—Hola —me saluda alegremente—. ¿Cómo estás?

—¿Qué haces aquí otra vez? —le suelto sin saludarle siquiera, arrastrándole detrás de mí hasta mi habitación—. ¡Te he dicho que no te pases por casa!

—Tranquiiiila... —suspira, dándome un beso en la mejilla que me produce un cosquilleo en la piel y hace que las mariposas de mi estómago cobren vida.

Esos pequeños gestos me hacen volar y hacen que me sienta aún más atraída por él. También me da la sensación de que me mira como si le gustara lo que ve. Quiero decir, que le gusta de verdad, como si mi cuerpo le siguiera pareciendo sexy, aunque esté embarazada. Pero entonces pienso en Virginia y en su cuerpo y mi autoestima cae en picado.

—Estoy tranquila —le digo, sacudiendo la cabeza—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver cómo estás.

Jake me sonríe cariñosamente y se sienta en mi cama. Da unos golpecitos en el hueco que hay a su lado y yo me dejo caer entre suspiros. Jake se vuelve hacia mí y me pone la mano derecha en la tripa. Lo miro y me muerdo el labio mientras me pasa la mano cariñosamente por el bombo.

Es increíble lo rápido que se ha abierto a la paternidad en estas últimas semanas. Está feliz y deseoso de descubrir cosas nuevas. Porque eso es lo que le hace feliz: su hija. No creo que le emocione pasar tiempo conmigo...

¿Por qué me quejo todo el tiempo? Es bueno que quiera cuidar de su hija y ser parte de su vida.

—¿Podrías, por favor...?

Pongo la mano sobre la suya y estoy a punto de apartarla cuando levanta la cabeza y me mira directamente a los ojos, y entonces olvido lo que quería decirle.

Jake me mira y se acerca. Me roza el hombro y cuando se inclina unos centímetros más, me roza la barriga con los abdominales. Nunca se había acercado tanto para acariciarme la tripa. Pero vaya, es porque tengo cuidado de no dejarle invadir mi espacio personal. Intento no acercarme demasiado a él, no vaya a ser que me enamore aún más, si es que eso es posible.

—¿Qué quieres que haga? —murmura y yo me muerdo los labios nerviosa.

Deseo pedirle que me bese más que nada en el mundo. Pero su boca, curvada en una sonrisa, no debe volver a tocar la mía. Todo pensamiento sensato desaparece cuando se acerca.

—Yo... —susurro, tragando saliva mientras él se acerca aún más.

Entonces dice las palabras exactas que no quiero oír.

—Voy a besarte. Llevo tanto tiempo deseándolo...

Me va a estallar el corazón; lo presiento. Contengo la respiración y no puedo pensar en otra cosa que no sea su boca sobre la mía y sus manos sobre mi cuerpo. Le he echado tanto de menos estos últimos meses...

Jake se acerca, pero unas fuertes voces del pasillo hacen que nos separemos. Se levanta justo a tiempo, porque poco después, la puerta de mi habitación se abre de golpe y aparece Denver.

Tengo el corazón en la garganta y siento pánico. Nos ha pillado... Denver se va a volver loco.

Mi hermano nos mira con los ojos como platos. Sienna entra corriendo tras él, con Madison detrás.

—¿Qué hacéis los dos aquí? —pregunta Denver y fija la mirada en Jake.

—Pues... Quería ver cómo estaba Phoenix.

Eso es lo primero que se le ocurre. Al menos no es mentira.

—¿Por qué? —gruñe, como si fuera su novia y no su hermana pequeña.

—Porque somos amigos...

—¿Y por qué no has llamado?

Denver no parece creerse ni una palabra de lo que le dice. Me mira a mí y luego a Jake.

—¡En serio, tío! ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres de Phoenix?

Miro a Sienna, que ahora se acerca a Denver y le coge de la mano. Él mira a su novia un segundo y luego se gira de nuevo hacia nosotros.

—¿Ahora solo puedo visitar a Phoenix con tu permiso? —se atreve a decirle Jake, lo que parece confundir a Denver.

—No —dice con pesar, sacudiendo la cabeza—. Es que estoy... sorprendido. No sabía que estuvieras tan preocupado por ella.

Denver echa una última mirada a Jake y se vuelve hacia mí.

—¿Cómo estás, Phoe? Mamá dijo que te dolía un poco esta mañana. Nos preocupamos y vinimos a ver cómo estabas.

Denver parece realmente preocupado y señala a Sienna. Ella asiente, pero yo miro a Jake. Se ha puesto pálido y me mira casi con pánico. El dolor de esta mañana no ha sido para tanto. Ha sido un pinchazo que parece que ahora se repite más a menudo. Mi cuerpo se está preparando para el último empujón. El parto está cada vez más cerca.

—No ha sido para tanto... —Me encojo de hombros.

Jake parece aún más preocupado, pero yo añado:

—Mi cuerpo se estará preparando para el parto.

—Es demasiado pronto —dice Jake, y Denver asiente.

Es agradable ver que están de acuerdo en algo.

—No va a pasar nada —les tranquilizo—. Os he dicho que es normal, me estoy preparando... De todas formas, no deberíais estar más nerviosos que yo, ¿no?

Me río, esperando que se echen atrás por la pregunta. Y uno de ellos lo hace, pero Jake no lo deja pasar tan fácilmente.

—Uno no se convierte en tío todos los días... —dice Denver, guiñándome un ojo—. Y como Jake es hijo único, será como si fuera su sobrina...

Denver se ríe de su broma. Jake solo consigue esbozar una sonrisa cansada. Por suerte, Sienna distrae a Denver.

—Vamos arriba —dice cogiéndole de la mano—. Mad, Fynn y nosotros dos íbamos a pedir comida a domicilio. ¿Os apetece?

—Sí —digo rápidamente—. ¡Claro!

—Genial —dice Sienna, tirando de Denver detrás de ella antes de que pueda protestar.

Cierran la puerta de mi habitación y me tumbo en la cama. Con cautela, miro a Jake. Tiene los brazos en jarras y parece enfadado. Suspiro.

—Iba a decírtelo... —digo, en un patético intento de calmar la situación, pero él me interrumpe.

—No. Sé que no —Me mira, molesto—. Porque aparentemente no es gran cosa. Al fin y al cabo, solo soy el tío Jake...

Enseguida me doy cuenta de que no está enfadado, está dolido.

Mierda, no quería hacerle sentir así...

Cuando se trata de nuestra hija, es evidente que él está por encima de su mejor amigo. Pero es que Denver tiene la ventaja de ser mi hermano.

—Jake... —murmuro—. Ya sabes cómo es Denver...

—Claro que lo sé —responde, agachándose frente a mí—. Pero es que... es mi hija, y me vuelve loco que no lo sepa. Es mi mejor amigo. Tiene razón, vosotros, bueno, no, Mad y él, son los hermanos que nunca tuve.

Se me acelera el corazón y le sonrío. Me ha excluido a propósito. Hombre, era de esperar que a estas alturas no me considerara una hermana, pero me alegra que nunca me haya visto como tal, ni cuando éramos pequeños.

—Entonces díselo —sugiero, posándole la mano en la mejilla.

Le acaricio suavemente el bigote y sonrío cuando me raspa las yemas de los dedos, como tantas otras veces. Jake se deja hacer, me apoya las manos en las rodillas y se inclina hacia mí. Ladeo la cabeza y también me acerco a él. Justo cuando siento su aliento en la cara, se aparta de repente.

—Es demasiado arriesgado. Denver podría volver... —susurra, pero me doy cuenta de lo difícil que le resulta resistirse.

—Ya, es verdad... —contesto, incapaz de ocultar mi decepción—. Tienes razón.

Maldito sea mi hermano y sus amistades tan duraderas. En verdad siempre lo he admirado, porque de pequeña nunca tuve una mejor amiga. Pero luego llegó Joy. Echando la vista atrás, me doy cuenta de que Denver siempre fue un obstáculo para que yo hiciera amigas. La mayoría de mis *besties*¹ estaban ansiosas por aprovecharse de mi amistad para meterse en la cama de

Denver.

—Quizá hoy sería un buen momento, ya que comemos juntos —me atrevo a decir, intentando que Jake se lo cuente a Denver.

Me mira y se encoge de hombros.

—O quizá no...

Me levanto para subir las escaleras antes de que Denver vuelva. Contra todo pronóstico, Jake tira de mí hacia él. Me sobresalto al notar que me rodea el estómago con los brazos por detrás y me apoya la barbilla en el cuello. Se me pone la piel de gallina y las mariposas de mi estómago revolotean sin cesar. Jake me besa suavemente el cuello.

—Phoe, yo... —murmura—. Me moría por besarte...

—¿Querías... besarme? —digo, jadeante.

—Sí —responde—. Eso es lo que he dicho. ¿Estás despistada por el embarazo?

—Más bien estoy enorme... —susurro, y él se ríe suavemente.

—Yo creo que estás buenísima. Y estas ya... Ni te cuento.

Sus manos suben y me tocan la parte inferior de los pechos. Gimo. El embarazo los ha vuelto mucho más sensibles. De forma involuntaria, aprieto el culo contra su polla.

—¡Phoe, joder! —Jake me agarra los pechos con ganas y yo jadeo—. ¡No te me restriegues, que sabes que...!

Mientras dice esto, me masajea los pechos. Gimo cuando me agarra el pezón con el índice y el pulgar.

—¿Que sé... qué? —repito, con la respiración agitada—. ¿Qué Denver está arriba preocupándose por lo que hacemos aquí?

—Eres y siempre serás una descarada —contesta, sonriente y separándose de mí—. Anda, subamos antes de que vuelva a bajar la brigada antivicio.

Le miro y asiento, pero lo único que quiero es hacer lo nuestro oficial, para poder besarnos sin miedo a que nos pillen.

—Primero deberíamos hablar con tu madre —dice, sacándome de mis fantasías—. Ella podría darnos algún consejo sobre cómo decírselo sin montar un drama.

—¿Quieres... quieres estar ahí cuando se lo diga a mi madre y a John?

Han empezado a hacer preguntas sobre quién es el padre estos últimos días. De hecho, discutí con el novio de mi madre por primera vez en cuatro años. Sé que John tenía razón: es importante que el padre esté involucrado en todo esto. No solo debe tener contacto con el bebé, sino también pagar la manutención. Sin embargo, me tomé a mal los comentarios de John y le acusé indirectamente de no querer dar de comer a mi niña. Se levantó y se fue sin decir nada. Unas horas más tarde, arreglamos las cosas, pero el ambiente está caldeadito...

—Sí —dice Jake con una sonrisa—. Creo que eso podría facilitarte las cosas. Pero si no quieres que esté...

—Claro que quiero que estés —contraataco apresuradamente—. Por favor...

—Muy bien —Jake me sonríe de una forma alentadora—. Vamos arriba.

Asiento y le acompaño. A mitad de la escalera, oigo a mis hermanos discutir sobre si pedir pasta o comida griega.

—¡Le toca decidir a Phoe! —dice Sienna, sonriéndome—. ¿Qué pide esa tripilla?

—Pasta —digo.

Madison levanta los brazos en señal de victoria y le saca la lengua a Denver. Él pone los ojos en blanco y le quita el folleto a su novia. Al verlos, suelto una risita.

—No es justo que elija la única persona que cambia tantas veces de opinión como yardas alcanzo yo en un pase —refunfuña Denver.

—Tan lejos no lanzas el balón... —suelta Sienna, y Denver abre los ojos como platos.

Nos reímos de nuevo. Jake le da una palmada en la espalda a su colega y coge el folleto de comida a domicilio.

—¿Por qué no pedimos dos pizzas familiares? —sugiere—. En honor a la grandeza de todas esas yardas...

—Vete a la mierda —gruñe mi hermano, volviéndose hacia su novia—. Pagarás por esto, criatura perversa...

—Me muero de ganas... —responde Sienna con un tonito sugerente que nos provoca arcadas a Madison y a mí.

—¿Para seis personas? —interrumpe Fynn, volviendo al tema de la pizza—. ¿No es pasarse un poco?

—Phoe come por dos —dice Jake, y yo pongo los ojos en blanco—. Y Denver y yo podríamos comernos una entera...

—Está bien —cede—. ¿De qué las pedimos? Yo me encargo de apuntar.

—Hawaiana y peperoni —decide Denver, reavivando la discusión con Madison.

Nuestra hermana pequeña no come ni piña ni salami.

—Voy a sentarme —murmuro—. Esto va para largo...

—¡Espera, que voy contigo! —dice Sienna.

—Y yo voy a por las bebidas. Fynn, ¿te vienes?

Jake le hace señas al novio de mi hermana pequeña para que le siga.

En el salón, me dejo caer en el sofá y me pongo las manos en la barriga.

—Lo siento —dice Sienna de repente, mirándome con ojos tristes—. Vio el coche de Jake y no hubo forma de pararle los pies.

—No lo sientas —la tranquilizo—. Tenemos que decírselo, o mejor dicho, Jake tiene que hacerlo.

—Pues sí, la verdad... —asiente Sienna, apretándome la mano—. A Jake le ha dolido que Denver le haya dicho que será tío, ¿verdad?

—Sí... —suspiro, pasándome una mano por el pelo—. Se le ve muy feliz, y ha hecho mucho por mí en las últimas dos semanas. Sé que todos me ayudáis, pero es que Jake...

—No tienes que darme explicaciones, Phoe —susurra Sienna para que nadie nos oiga—. Sé que Jake es importante para ti. Si yo estuviera embarazada... Denver también lo sería todo para mí.

—¡Ya nos hemos decidido! —Denver entra en el salón y se deja caer en el sillón de la tele. Madison se sienta en el sofá de al lado—. ¿Dónde están Jake y Fynn?

—Pillando algo de beber del sótano —le digo, echándome hacia atrás. Suspirando, me acaricio el estómago—. Vuestros gritos la han despertado.

Las patadas cada vez son más fuertes y eso me agota.

—¿Puedo tocarte la barriga? —pregunta Madison, y Denver se inclina también.

Asiento y dejo que mi hermana me acaricie. Los tres siempre hemos tenido una relación muy estrecha, a pesar de ser tan diferentes. Pero mi embarazo nos ha unido aún más. Denver no ha tenido tantos ataquitos sobreprotectores.

—¡Qué pasada! —exclama Madison, mirando a Denver con los ojos muy abiertos—. Si fuera

un niño, apuesto a que también sería jugador de fútbol. Un pateador² o algo así...

—¿Me dejas tocar a mí también? —me pregunta Denver y yo asiento.

Me acaricia la barriga con suavidad. Para mi sorpresa, emocionalmente hay una gran diferencia entre el tacto de mi hermano y el de Jake. Denver rebosa alegría por su sobrina, pero las caricias de Jake me llegan al corazón.

—¡Ya estamos aquí! —dice Jake, de pronto.

Fynn deja la caja de bebidas y el Jake dice:

—¿Qué hacéis?

Luego se coloca detrás de mí y apoya las manos en el respaldo del sofá. Casi me roza el cuello con las yemas de los dedos.

—Estamos viendo a ver si da pataditas —responde Denver con orgullo—. No puedo creer la fuerza con la que pateo esta niña...

—Ajá... —dice Jake, y sigo su mirada—. ¿Y las pizzas?

—Al final van a ser una hawaiana y una vegetariana —dice Denver distraídamente—. ¿Te importa pedir las?

Jake asiente y saca el iPhone del bolsillo. No puedo medir su reacción con las manos de Denver en la tripa. No estará celoso, ¿verdad? Eso sería absurdo. ¡Es su padre! Será él quien la sostenga en la sala de partos y también el primero en cambiarla.

—¿Estás nerviosa? —pregunta Fynn, sentándose junto a Madison.

—Un poco —digo, contenta cuando cesan las patadas—. Pero no tanto como vosotros...

Señalo alrededor de la habitación.

—¡Es que es tan emocionante...! —dice Madison—. Es la primera vez que nace un bebé en nuestra familia. Me pregunto si cabremos todos en la sala de partos.

Abro los ojos como platos y miro a mi hermana. Espero que esté de coña.

—Ya las he pedido —nos dice Jake cuando vuelve—. Tardarán unos cuarenta minutos. ¿Qué pasa?

Sonríe, pensando que seguimos hablando del bebé. Parece mucho más relajado que antes.

—Hablábamos de cuando dé a luz —dice Madison, y él asiente—. Me pregunto si cabremos todos en la sala de partos. Técnicamente, tú ya te vales por dos, pero alguien tendrá que ocupar el lugar del padre...

Ella se ríe, pero un silencio incómodo se cierne sobre el grupo. Sobre todo porque el futuro padre está presente. Miro a Sienna, que no dice nada. Denver también guarda silencio y se aparta de mí.

—Es obvio quién entrará con ella —vuelve a intervenir Jake, guiñándole un ojo a Madison—. Yo.

—¿Tú? —exclaman mis hermanos al unísono.

Siento calor y frío al mismo tiempo y agarro la mano de Sienna para que me apoye. Cuando le dejé caer que tenía que contárselo a Denver, no me refería a ya mismo. Creo que a Jake se le ha ido la flapa. Aunque pensándolo mejor, sería como quitar una tirita: rápido y doloroso. Para Denver, claro.

—Es muy sencillo —dice—. Solo puede ir una persona. Y todos los demás tenéis pareja. John y tu madre, Fynn y tú, Denver y Sienna... Así que solo quedo yo. Así Phoe podrá lanzarme lo que quiera a la cara. No me lo tomaré como algo personal.

Le miro y no puedo evitar sonreír.

—Estás como una cabra... —contraataco—. ¿No has pensado que a lo mejor quiero estar sola?

Le guiño un ojo a Jake para que sepa que estoy bromeando. Claro que quiero que esté allí conmigo. De hecho, solo quiero que esté él. Ni mi madre, ni mis hermanos, ni ninguno de mis amigos.

—¡Ni de coña! —exclama Denver—. Aquí estamos todos para apoyarte. Ya está decidido quién irá contigo. Da igual lo que digas.

—No sabía que eso funcionaba así... —digo, alzando las cejas con interés.

—Pues claro que sí... —dice Denver y saca una cerveza de la caja.

También les da una a Fynn y a Jake.

—Voy a por unos vasos, chavales... —dice Sienna de coña y se dirige a la cocina.

—Bueno, Denver... —Retomo nuestra conversación—. Repíteme eso último que has dicho.

—Mamá irá contigo —responde con seguridad—. Es una batalla perdida.

—Podemos turnarnos —dice Jake con diplomacia, sonriéndome.

Denver frunce el ceño. Madison y Fynn también le miran interrogantes.

—Quiero decir, estoy seguro de que para Phoe significa mucho que vuestra madre esté allí. Pero dependiendo de lo que tarde, puede que necesite un descanso. Tu madre, quiero decir... Phoe no es que pueda hacer nada...

—Qué bien —murmuro, sonriendo falsamente—. Está guay que podáis tomaros un descanso mientras yo tengo que estar tumbada, puede que hasta doce horas...

—Me habría ofrecido voluntario, pero si va a tardar tanto... —dice Denver en voz alta.

—Me ha parecido oír que estabas dispuesto a ayudar... —contraataco—. Ahora ya no puedes rajarte.

—Lo principal es que puedo ayudar a elegir el nombre —dice Mad de repente, emocionándose—. Y no quiero verte sufrir durante tanto tiempo. ¿Te has leído ya el libro?

Nos enzarzamos en una animada y muy divertida discusión sobre nombres. Ojalá sigamos así de unidos durante mucho tiempo. Me imagino lo bonito que sería que Jake siguiera a mi lado, pero que todos lo sepan...

—A mí me gusta Charlotte —dice Jake—. Es un clásico, fácil de pronunciar y ojo, también es una ciudad...

Le sonrío y él me devuelve la sonrisa. Es la primera vez que hablamos de nombres, también con mis hermanos, Sienna y Fynn. Algunos sugieren nombres de lo más extraño, pero he de admitir que me gusta la idea de Jake. Aunque no estoy muy por la labor de ponerle a la niña el nombre de una ciudad³.

—Es una pena que no quiera seguir con la tradición de los Jones... —digo—. Nada de nombres de ciudades.

¹ N. de la T. En inglés, forma cariñosa de llamar a las mejores amigas. En este caso, se usa de forma irónica.

² N. de la T. En inglés, *kicker* o *punter*, dos posiciones de fútbol americano.

³ N. de la T. Charlotte está en el condado de Mecklenburg, en Carolina del Norte.

Phoenix

Sienna levanta a Denver y lo rodea con los brazos.

—Yo también te quiero, cariño —le ronronea y lo besa suavemente.

Suelto una risita y miro a Madison, que está acurrucada junto a Fynn.

Después de que nos trajeran la pizza, Jake, Denver y Fynn hicieron una incursión en la reserva de *whisky* de John y decidieron relajarse un poquito.

Nos hemos reído mucho en las últimas horas. Me lo he pasado genial y, por una vez, no he sentido que estuvieran todo el rato encima de mí, ni que tuviera que hablar de mi barriga. Simplemente hemos estado charlando como si Sienna, Fynn y Jake fueran nuestras respectivas parejas. Lo cual es cierto para los dos primeros, pero no para Jake y para mí.

—Nos vamos a casa —dice Sienna—. Vamos hablando.

—¿Y qué vas a hacerme en casa, nena? —ronronea Denver sin decoro, agarrando el culo de Sienna.

Me río suavemente y recojo las cajas de pizza para llevarlas a la cocina.

—¡Espera, que te ayudo!

Jake se levanta de una forma un poco brusca y coge los vasos vacíos para seguirme.

—Gracias —digo, oyéndole despedirse de Denver y Sienna de fondo.

En la cocina, pongo las cajas en el cubo de reciclaje que sacamos una vez a la semana y me vuelvo hacia Jake. Pone los vasos en el lavavajillas y camina hacia mí.

Está increíblemente sexy. Lleva el pelo peinado hacia atrás y tiene una sonrisa irónica en los labios.

—Te prepararé la habitación de invitados —murmuro mirándole.

—La habitación de invitados, ¿eh? —murmura, acercándose a mí—. ¿Ahí es donde quieres que duerma?

Me río y me cruzo de brazos. Pues claro que no lo veo allí. Me lo imagino en mi habitación, en mi cama, pero está demasiado borracho. No quiero que pase nada entre nosotros esta noche, porque puede arrepentirse mañana. Aunque nos hemos acercado antes, seguimos sin saber en qué punto estamos. No sé si quiero acostarme con él.

—No —digo mirándole—. Pero estás demasiado borracho para dormir en mi cama...

Jake me mira con cautela y asiente. No me lo esperaba. Me imaginaba que seguiría intentando convencerme de que le dejara dormir en mi cama de todas formas. Pero asiente y se aparta de mí.

—Vale —dice—. Vamos a dormir, anda...

—Claro —digo, pasando junto a él.

Salimos de la cocina y volvemos al salón. Fynn y Madison están sentados en el sofá besándose y me río a escondidas. Jake me mira y también sonrío.

—Espero que usen protección... —me dice entre dientes, y me pongo las manos en la tripa.

—Más les vale —contesto—. Aunque estoy segura de que a mi madre le encantaría tener otro nieto.

—De Denver, quizá, pero no de Mad. Tiene dieciséis años.

Jake me mira asombrado. Es verdad. Si Madison estuviera embarazada, sería un desastre.

—Ya, en esto tienes razón... —suspiro.

—Siempre tengo razón —dice sonriente—. Vamos a la cama. Tú a la tuya y yo a la habitación de invitados.

Asiento y le sigo hasta el sótano. Jake conoce la casa de memoria y sabe dónde están todas las habitaciones.

—Creo que la cama está hecha —le digo—. Ahora te llevo una toalla limpia y un cepillo de dientes al baño.

—Gracias —dice con una sonrisa.

Asiento y me doy la vuelta para entrar en el baño y dejárselo todo preparado.

No me gusta nada estar en esta situación. Los chicos no deberían haberse emborrachado y ahora Jake tiene que pasar la noche aquí. Aunque finge querer dormir en la habitación de invitados, no sé si realmente le entusiasma. Ni siquiera sé si quiero que lo haga. Después de dejarle todo preparado en el baño, salgo y me reúno con él en el pasillo.

—Ya puedes entrar al baño —le digo, y él asiente.

Sonriendo, me meto en la habitación. Desde el pasillo le oigo cerrar la puerta del baño. Intento no imaginármelo en la ducha. El agua cayendo por su cuerpo musculoso, goteando por su pecho tonificado... Así cualquiera sueña despierta...

—¡Mierda, joder! —murmuro, quitándome la camiseta.

Frustrada, me quito los *leggings* y me miro en el espejo. Llevo un conjunto de ropa interior de color negro. Tengo la barriga enorme y seguirá creciendo en las próximas semanas. Antes me sentía más cómoda en mi piel y, lo que es más importante, más sexy que ahora.

El hecho de que Jake se haya acostado con otras mientras yo estaba en Bristol no debería sorprenderme ni dolerme tanto. Es un hombre libre, siempre lo ha sido. Nunca hemos sido pareja.

Suspiro y me acaricio el bombo.

—¿Crees que a papi no le gusta lo que ve? ¡Le encanta!

Chillo, me giro y lo veo de pie frente a mí. Solo lleva una toalla. El agua le gotea del pelo mojado y le cae en el pecho en dirección a su tableta. Hacía meses que no le veía así, y joder, está aún más musculado. Aunque también ha cogido peso...

—¿Qué haces aquí? —digo, aturdida, mirándole con los ojos muy abiertos—. Esta es mi habitación.

—Me preguntaba si tendrías algo de ropa de Denver aquí. Necesito un par de calzoncillos...

—¿Estás sobrio? —pregunto, levantando las cejas.

Riéndose, Jake se acerca a mí y me hace dar un paso atrás. Es mejor mantener cierta distancia mientras esté semidesnudo.

—Bueno, te voy a contar un secretito... —Jake sonríe y se pone justo delante de mí.

Está tan cerca que mi barriga roza sus abdominales. Se me pone la piel de gallina y me relamo los labios por los nervios cuando me acaricia el costado y recorre mi barriga.

¡Por favor, que pare! ¡Joder, estoy tan confundida...!

Mi corazón amenaza con estallar y las sensaciones que me recorren no me lo ponen más fácil. Juré que me alejaría de él y que no dejaría que esto volviera a ocurrir. ¿Cómo se supone que vamos a cuidar de nuestra hija si somos un desastre emocional?

—Fynn y Denver son fáciles de engañar. Cada vez que rellenaban sus vasos con *whisky*, yo tomaba cocaola diluida con agua.

—¿Que tú... qué? —Le miro atónita—. O sea que podrías coger el coche...

Cruzo los brazos y le miro con las cejas levantadas.

—Podría, sí...

—¿Y por qué no lo haces? —pregunto con sarcasmo, entrecerrando los ojos.

—Pero, Phoe... —Jake se ríe—. ¿Qué haces con los ojos?

—No quiero mirarte y cometer una estupidez —contraataco—. Además, este es mi ojo malvado...

—Tu... ¿qué? —Jake se echa a reír—. ¿Y qué sería para ti una estupidez?

—Tocarte —contesto, mirándole directamente—. Ponerte las manos en el pecho y...

—Y desearme... —termina la frase con voz ronca.

—Por favor, no. No me hagas esto...—susurro, poniéndole las manos en el pecho para apartarlo de mí.

Nunca podré hacerlo si él no pone de su parte. Jake obedece y da un paso atrás, pero sigue acariciándome la barriga.

—Suéltame, por favor...

Me mira por última vez y traga saliva. Su nuez de Adán se esconde levemente mientras da un paso atrás. Parece que ha cedido.

—Perdona, Phoe... —dice, poniendo los brazos en jarra—. No pretendía agobiarte.

No me gusta mi peso ahora, aunque no hay razón para que no me guste. He engordado, sobre todo en las caderas y los pechos, pero tampoco debería importarme. No he perdido la forma de mi cuerpo. Me gusta tener los pechos más grandes. Es bastante agradable que mi copa B se haya convertido en una C. La última vez que Jake me vio en ropa interior, todavía rondaría el 85-65-90. Bueno, a ojo. Pero ahora estoy a kilómetros de distancia de esas medidas, mientras que él se ve aún mejor, más tonificado que nunca.

—Hay un estante en la habitación de la colada. Allí encontrarás los calzoncillos de John —le digo—. Deberían quedarte bien.

Lo empujo, retiro las sábanas y cojo el pijama. Es el clásico de botones, rosa con corazones negros. Nada sexy, como los que llevaba antes de quedarme embarazada. Esos que tanto le gustan a Jake, y que se sabe de memoria.

—Phoe —se dirige a mí, inseguro—, ¿qué te da tanta vergüenza?

No digo nada, ni siquiera me giro para mirarle, pero noto que se acerca. El aroma del gel de ducha para hombre que le regalé, junto con su propio olor, me acaricia los orificios nasales.

—¿A qué viene esa pregunta? —respondo, ligeramente irritada—. Como te puedes imaginar, no estoy muy a gusto con mi cuerpo.

Respiro hondo y me pongo los pantalones del pijama. Me pongo también la camiseta y estoy a punto de abrochármela cuando Jake me agarra de la muñeca y me da la vuelta para que le mire.

Abro los ojos de forma exagerada, pero antes de que pueda decir nada, me pone la mano derecha en el cuello y la izquierda en la espalda. Me aprieta contra él; no del todo, por mi barriga, pero noto su polla y aprieto los labios.

Está empalmado. Esto no puede estar pasando, no puede estar pasando...

—Jake... —jadeo—. ¿Qué haces?

—¿Tú qué crees? —pregunta—. ¿Por qué dices algo así? ¿Por qué te sientes incómoda? Te pones tan sexy, marcando la barriga y los pechos... Joder Phoe... Espero que se te queden así de grandes...

En realidad me hace reír, pero enseguida vuelvo a ponerme seria.

—No va a funcionar, Jake —le digo con firmeza, apartándolo—. No va a ser como el año

pasado. Yo no...

Dios, ¿cómo voy a explicarle a este bombón que ya no soy tan flexible en la cama? La tiene tan dura y me pone tantísimo tenerlo cerca... Me entra calor de solo pensar en las posturas que aún podemos hacer. Desde luego, no son las mejores, pero todo sea bienvenido.

—¿No... qué? —murmura, besándome el cuello—. Estás tan sexy... Llevo años sin dejar de pensar en ti...

Me recorre el cuello con los labios y me acaricia. Se me pone la carne de gallina. Tengo los pezones erectos y gimo suavemente cuando desliza la mano bajo el pantalón del pijama y las bragas para pellizcarme el culo.

—Jake... —jadeo, apretando mi cuerpo contra el suyo—. ¿Qué haces?

—Intentar besarte... —susurra.

Mueve los labios hacia mi mejilla y luego hacia el lóbulo. Sube y me lame la concha de la oreja y, al mismo tiempo, su mano desciende por mis nalgas hasta mi sexo.

—Y tocarte...

Gimo mientras desliza sus dedos en la humedad de mi sexo.

—Mientes tan mal, Phoenix Jones... —murmura mientras me folla con los dedos—. Estás mojada y lista para mí...

—No... No podemos hacerlo como solíamos hacerlo —balbuceo, inclinando la cabeza hacia un lado para dejarle más espacio para moverse.

Jake se ríe.

—Tengo la barriga demasiado grande —añado.

—¿Y crees que eso me supone un problema?

Jake se pone serio de repente y se separa de mí. Me saca los dedos de las bragas y gimo de frustración. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos tener sus dedos dentro de mí.

—Sí... no... —digo pasándome los dedos por el pelo—. No me siento cómoda. Es suficiente para... no querer seguir.

—Estás lo bastante mojada como para hacerlo —añado, y le doy un golpecito en el pecho.

Suelta una carcajada y me estrecha contra él. Siento calor y frío al mismo tiempo y se me endurecen aún más los pezones. Insegura, miro a Jake y él enarca una ceja.

—Phoe, por Dios... —continúa—. Si no lo intentamos, no sabremos si podemos.

—No —digo con firmeza, distanciándome de él—. No quiero...

No puedo hacerle el amor en este estado, por mucho que me exciten sus dedos. Parece que no puedo acabar con el bloqueo de mi mente y dejar que me toque. Necesito recuperar mi antiguo cuerpo. Jake me mira, esperando pacientemente. Probablemente esté intentando averiguar si miento, pero es evidente que no. Lo de no acostarme con él va en serio. No quiero ni siquiera que me den placer oral. Para enfatizar mis palabras, me abrocho la parte de arriba del pijama.

—Vale —acepta mi decisión—. Pero que sepas que te deseo.

—Sé que me deseas —digo, asintiendo—. Lo siento. Ahora mismo no puedo.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí de todos modos? —pregunta de repente, señalando la cama—. Contigo... con las dos.

Sonríe de lado, y me da un vuelco el corazón porque quiere quedarse conmigo a pesar de haberle rechazado.

—Nada de sexo, Jake —aclaro de todos modos.

Tiene que entenderlo, así que añado:

—Lo digo muy en serio.

—Nada de sexo —repite mis palabras y me acerca a él—. Solo dormir.

—De acuerdo —respondo—. Como te he dicho, hay un par de calzoncillos en la habitación de la colada.

Me echa una última mirada escrutadora y sale de mi habitación.

Exhalo lentamente y me meto bajo las sábanas.

¿Qué coño acaba de pasar?

Jake quiere acostarse conmigo, a pesar de todo. Sigo sin creérmelo. La tenía durísima, lo he notado, pero no puedo. No puedo acostarme con él si no estoy cien por cien cómoda y dispuesta a dejarme llevar. Además, no puedo quitarme a Virginia y a su cuerpazo de la cabeza. Un cuerpo que yo también tenía y que quiero recuperar.

La puerta de la habitación se abre de nuevo y Jake entra. Lleva unos calzoncillos, pero va descamisado. Apenas es para seguir torturándome... Sonriendo, se mete en la cama y se une a mí bajo las sábanas.

—Ven aquí... —susurra y me vuelve a acercar a su pecho.

Jake me pone la mano en la barriga y me pasa el otro brazo por debajo de la cabeza.

—Quiero intentar entenderte, Phoe. ¿Qué te preocupa exactamente?

—Antes de quedarme embarazada, me encantaba mi cuerpo, pero ahora...

Hago una pausa. Jake dibuja circulitos en mi barriga.

—Es por la tripa... No creo que nos gustara hacerlo, a ninguno de los dos. Todas las posturas que solían gustarme ahora están fuera de nuestro alcance. No puedo evitar pensar que antes era... mejor.

—De acuerdo —Respira, besándome el hombro—. Entonces esperaremos.

No sé qué decir, porque es una afirmación que hace que mi corazón lata tan rápido que amenaza con explotar. Y, al mismo tiempo, no creo que pueda aguantar. Aun así, cedo ante la idea y cierro los ojos, agotada.

—Buenas noches, Jake.

—Buenas noches, cariño —susurra—. Que descanses.

Phoenix

Hoy estoy al fin decidida a decirles a mi madre, John y Madison que Jake es el padre de mi hija. Puede que mi hermana ya lo sepa, pero aún no me ha preguntado al respecto. A la mañana siguiente de nuestra noche con Sienna, Denver, Fynn y ella, entró en mi habitación y, sí, nos pilló juntos en la cama, aunque solo fuera durmiendo. Madison no dijo nada y cerró rápidamente la puerta tras de sí.

Eso fue hace dos días. No puedo seguir evitando contarles la verdad. Le insinué a Madison que, si quería hablar de lo que vio, estaba dispuesta a hacerlo, pero supongo que no quiso. No me sorprende, porque nunca he hablado con ella de mi vida amorosa. Ella sí, pero supongo que es diferente, porque yo soy su hermana mayor.

De todos modos, ¿qué puedo decir de mi vida amorosa? Está muerta no, lo siguiente. Pero yo mismita lo he elegido. No puedo acostarme con Jake. No consigo relajarme ni dejar de pensar en el hecho de que yo solía ser mucho más atractiva. Aunque creo que Jake todavía me encuentra sexy.

Salgo al patio trasero y sonrío a mi madre, John y Madison.

—Hola, cariño —dice mamá—, ¿cómo estás?

—Bien —respondo, acariciándome la tripa—. Gracias.

Me siento con ellos y junto las manos nerviosamente. Ha llegado la hora de decirles que Jake es el padre. Es más, es quien va a cuidar de nosotras, va a estar presente en el parto y quien se ocupará de todo, que para eso es el padre. Pero eso no significa que quiera renunciar a la ayuda de mi familia y mudarme. Estoy contenta de tener una casa grande donde vivir y espacio suficiente para mí y para nuestra hija. Sobre todo en las primeras semanas, en las que el bebé dependerá totalmente de mí. Estoy segura de que la ayuda de mi madre y mi hermana será muy útil.

—Tengo que deciros algo... —susurro, mirándolos nerviosa.

John baja el periódico y mamá me mira sorprendida. Miro a Madison, que baja el móvil y me sonríe. Ahora mismo, me siento como si ella fuera la hermana mayor y no yo.

—¿Qué pasa? —me pregunta mi madre impaciente—. ¿Le pasa algo al bebé?

¿Por qué siempre piensa que le pasa algo al bebé cuando me nota rara?

—No —la tranquilizo—. No es lo que pensáis... A ver, es que... Bueno, es algo mío...

—Phoe intenta deciros quién es el padre —dice Madison para acabar con mi titubeo.

Estoy aturdida, como si todo me diera vueltas, y me fijo en que mi hermana no aparta la vista de mí. Bueno, es evidente que se olía a kilómetros lo que pretendía hacer. Pero ahora no hay tiempo para pensar en qué decir a continuación.

—¿Nos vas a decir quién es el padre? —pregunta mi madre y yo asiento—. ¿Ahora? ¿Después de habernos pasado semanas preguntándotelo?

El tono de reproche en su voz es inconfundible: ha intentado que hablemos del tema muchas, muchas veces. En parte porque quiere que el padre ejerza como tal y asuma sus responsabilidades. Y también, porque tiene derecho a participar en esto. Por otro lado, la manutención sigue siendo un problema, porque no tengo ingresos propios. Mamá y John pueden mantenernos a los dos, pero entiendo por qué quieren que el padre pague la manutención. Hasta

ahora, había evitado hablar del tema.

—Tenía miedo —murmuro—. No me atrevía a decíroslo porque... porque... Bueno, en fin, es tan...

—¿Obvio? —Madison me ayuda a seguir y la miro con el ceño fruncido.

—Calla un rato, Mad —susurro—, puedo hacerlo sin que me interrumpas.

—Si no fuera por mí, seguirías intentando encontrar las palabras... —contesta, y tuerce la boca en una sonrisa de superioridad.

¡Me cago en todo! Tiene razón...

—Bueno, confírmalos de una vez quién es el padre... —pregunta John, alzando las cejas—. Quiero decir, solo puede ser Jake, ¿no? Por lo mucho que anda por aquí...

Se me va el color de la cara y Madison deja de reírse de inmediato. Se me enrojecen las mejillas y se me acelera el pulso. ¿Cómo ha podido deducirlo? Jake casi siempre ha venido cuando mamá y él no estaban. Nos preocupamos de que fuera así. Jake estaba seguro de que nadie lo había visto.

—¿Jake? —pregunta mi madre, mirando a John y no a mí, sorprendentemente. Luego se ríe—. Vaya tontería, cariño. Para Jake, Phoe y Mad son sus hermanas pequeñas...

Siento sudores fríos y me froto las manos nerviosa. ¿Por qué no concibe que pueda ser el padre?

—Oh, Lori... —suspira John y le aprieta la mano—. ¡Qué ciegas podéis estar las madres cuando se trata de vuestras hijas!

—No, es que... —Mamá se detiene y me mira—. Di algo, por favor... No será el padre, ¿verdad?

—Sí, lo es —confieso, ruborizándome.

Ahora me siento increíblemente incómoda de que el mejor amigo de Denver, esto es, el chico que siempre ha sido como un hijo para mi madre, sea el padre de su primer nieto. Mamá parece tardar en procesarlo, así que me reitero:

—Jake es el padre.

No me atrevo a mirarla. En lugar de eso, concentro la vista en las manos.

—¡Mírame, Phoenix! —Levanto la cabeza—. ¿El mejor amigo de Denver, tu... bueno... hermanito postizo es el padre de tu...?

—¡Mamá! Jake no es nuestro hermano —Me estremezco ante esa palabra—. Nunca lo ha sido para mí y nunca lo será. Siempre ha sido el chico del que estoy locamente enamorada.

—No puede ser verdad... —continúa mi madre, angustiada—. Te encaprichaste de él cuando eras adolescente, pero ya no...

De nuevo, me ruborizo, porque parece que se lo esperaba. Y entonces recuerdo que ella estaba allí cuando nos besamos por primera vez. Madre mía... ¡Pero si fue ella quien lo inició! ¿Por qué rechaza tanto la idea ahora?

—No es mi hermano, o como quieras llamarlo —susurro de nuevo—. Y nunca lo será. Le entusiasma la idea del bebé y queremos criarlo juntos.

—Pero ¿es el padre? —vuelve a preguntar mi madre—. Vaya... Quiero decir... ¿cómo... cómo ha pasado? No habéis estado juntos nunca, ¿no?

Me muerdo el labio y niego con la cabeza. La conversación se vuelve cada vez más incómoda, porque no quiero admitir delante de ella y de John que solo nos acostábamos.

—Sabes cómo se hacen los bebés, ¿verdad?

No se me ocurre nada más inteligente que decir, y mi madre parece bastante enfadada por mi

frívola respuesta. Entrecierra los ojos y respira hondo. Solo lo hace cuando la hemos cagado.

—Dejadnos un rato a solas —dice de repente y miro a mi hermana asustada.

Madison se levanta sin discutir y sigue a John al interior de la casa.

¡Menuda traidora!

Fijo los ojos en la puerta del patio trasero durante unos segundos y luego miro a mi madre.

—¿Estás enfadada? —le pregunto en voz baja.

—Solo estoy decepcionada, Phoe...

—¿Por qué?

—Porque no me contaste lo del embarazo cuando debías —responde, obviamente dolida— y porque te has esperado a decirnos lo de Jake. Nuestro Jake.

—Pero es que se rompió el condón y...

—No me refiero a eso —contesta ella—. ¿Por qué no estáis juntos? ¿Por qué te fuiste a Inglaterra y desperdiciaste tu vida de aquí? ¿Por él? ¿Por Denver?

—Sí... no...

Sus preguntas me azotan en la cara y suspiro pesadamente. No me gusta hablar de esto con mi madre, pero no tengo elección. Tiene que saber la verdad y ¿quién sabe? Puede que así me entienda mejor.

—Lo mío con Jake simplemente... ocurrió. No lo planeamos. Al principio no lo buscábamos, pero nos acostábamos de vez en cuando... Teníamos una especie de rollo, pero no se lo dijimos a nadie. Jake dijo que Denver no podía enterarse. Soy su hermana pequeña y Denver siempre dejó muy claro que yo estaba fuera del alcance de sus amigos.

—No puede ser... —murmura—. Yo no crie a Denver de esa manera y tu padre tampoco. Por no hablar de cómo te trata Jake...

Me sorprende que esté enfadada con Denver.

La relación entre Denver y yo es otro tema, y abrir la caja de Pandora ahora no servirá de nada. Aunque la actitud de Denver sin duda ha contribuido en cierto modo en todo este desastre.

—En un momento dado, intenté hacer entrar en razón a Jake, pero él... siguió insistiendo en que no quería nada más —sollozo, apartando las lágrimas—. No quería estar conmigo, mamá. Su amistad con Denver era más importante para él.

Se levanta y se sienta en la silla junto a mí.

—Oh, Phoe... —Vuelve a sacudir la cabeza—. No doy crédito con la forma en la que Jake se ha comportado contigo y con tu hermano... Bueno, no vayamos por ahí de momento.

—Vale... —digo, sorbiéndome el moquillo—. No supe que estaba embarazada hasta que llegué a Bristol.

—No puedo creer que te dejara embarazada y ahora... ahora no sea capaz de...

—Mamá, por favor... —Suspiro—. No es eso.

—¡Claro que sí! —insiste—. Llevo todo este tiempo preguntándome quién sería el padre y por qué no nos lo decías. Pensé que sería un rollo de una noche o... o algún estudiante con el que no querías tener nada que ver. Pero Jake... Jamás lo habría pensado.

—Nos está cuidando a las dos —me defiende—. Se ha ocupado de todo estas últimas semanas y... Bueno, me ayuda. Me ha acompañado al ginecólogo, a la comadrona y... va conmigo a las clases de preparación al parto.

—¿Cómo... cómo os las habéis arreglado para ocultarnos todo esto y durante tanto tiempo? Bueno, especialmente a Denver...

—Llevamos escondiéndonos alrededor de un año —Me encojo de hombros—. Supongo que

se nos da bien.

—Sí, ya me lo imagino...— murmura, cogiéndome la mano—. Y ahora, ¿qué? ¿Cómo vais a ocuparos de todo esto?

—Somos amigos... Bueno, nos llevamos bien y... y queremos cuidar de la peque.

No voy a decirle que Jake pasó la noche aquí hace unos días y que, en realidad, seguimos siendo más que amigos. Aparte de que no estoy de humor para acostarme con él, no es necesario que lo sepa. El día en que hablemos sobre nuestra relación, se lo diremos. Pero mi madre ya tiene bastante con lo que lidiar.

—Deberías habérmelo dicho mucho antes —me regaña—. Te habrías ahorrado mucho estrés. ¿Y Denver?

—No lo sabe aún. Ni se te ocurra decírselo.

—¿Y cómo vais a apañároslas? —pregunta—. Por lo pronto, cuando des a luz, Jake querrá estar contigo y...

—Denver no entraría en la sala de partos ni aunque le pagaran... —digo de broma, pero mi madre no se ríe.

Tiene razón. La situación se nos está yendo de las manos, y cada día que pase, Denver estará más enfadado y decepcionado.

—Jake quiere decírselo, pero tengo miedo de lo que pueda pasar...

—Tenéis que decírselo —me aconseja—. Se enfadará, ni lo dudes. Sentirá que le habéis decepcionado, pero si se entera de otra manera, será aún peor...

—Lo sé... —susurro—. Pero, sinceramente, ahora mismo tengo otras cosas de las que preocuparme aparte del mal genio de Denver, y Jake, también. Vamos a ser padres, y él se está preparando para la temporada más importante de su carrera universitaria.

—Ya lo sé, ya... —dice, apretándome la mano—. Pero de todas formas, tienes que decírselo a tu hermano. Somos una familia. Y si Denver y Jake están tan unidos como dicen, su amistad podrá con esto y con mucho más.

Eso es verdad. Jake es su mejor amigo, así que Denver lo perdonará y nos apoyará.

—¡Gracias, mamá!

—Tu madre siempre estará aquí, Phoe, para lo que sea... —dice ella, dándome un abrazo—. Me alegro de que nos lo hayas dicho. Jake puede venir cuando quiera. En esta casa siempre es bienvenido.

—Ya lo sabe; créeme —le aseguro.

—¿Puré de patatas con Nutella? —Millie me mira con asco—. ¿Estás loca?

—¡Está bueno!

Está asqueroso, pero finjo que es lo más delicioso que he comido nunca.

—Y con sirope de arce por encima... —añado.

A Millie se le llenan los ojos de lágrimas de la arcada que le entra y yo me río a carcajadas mientras volvemos al enorme salón de su ático, que está en el edificio de apartamentos más caro de Lincoln. Lleva unos meses viviendo aquí con Darren.

—Vale, se me hizo raro con el sirope de arce —admito con una sonriente— pero lo demás... Bueno, ayuda cuando tienes que echar la pota...

Millie se ríe y pone los ojos en blanco.

Darren, Tyler, Denver y Jake están sentados en el sofá viendo el partido. Millie se acerca a Darren, se inclina sobre el respaldo del sofá y lo besa. Sonriendo, él se vuelve hacia ella y deja de ver la tele. Ahora solo tiene ojos para ella, y me gustaría que algún día Jake me mirara de la misma forma. Ojalá pudiéramos estar juntos así, en público.

Millie y Darren interrumpen bruscamente su sesión de besos cuando Tyler agarra a Darren del brazo.

—¡Tío, por Dios! —le suelta—. Cuando nos vayamos, puedes lamerle todo el cuerpo si te hace ilusión. Pero ahora estamos viendo el partido...

Millie se sonroja de inmediato y se da la vuelta. Sigue siendo tan vergonzosa como siempre, y eso que Darren es su novio. Sonriente, la sigo fuera, a la terraza, donde Joy y Sienna nos esperan.

Me siento en una silla vacía de su precioso y probablemente valiosísimo juego de ratán y cojo el vaso de agua. Mis amigas están bebiendo Aperol.

—Quiero dejar de estar embarazada ya... —refunfuño, acariciándome la barriga—. Es un coñazo.

—Jo, Phoe... —dice Sienna, acariciándome el hombro—. Un día seremos nosotras las embarazadas y tú podrás disfrutar de lo que se te antoje.

—¿De qué se supone que voy a disfrutar cuando todas estéis embarazadas y yo sea la única que tenga una hija adulta?

—Tienes veinte años, no catorce —suelta Joy—. Y puede que para entonces tengas un segundo en camino...

Pongo los ojos en blanco y bebo un sorbo de agua. Creo que está claro que Jake y yo ya hemos tenido bastante. Ahora mismo ni siquiera dejo que me toque y no tengo ni idea de cómo irán las cosas después del parto. El bebé será el centro de nuestras vidas, sobre todo de la mía. Además, no tendremos una vida sexual muy activa. Eso es lo que dicen la mayoría de los artículos que he leído... Supongo que eso significa que no nos acostaremos. Sobre todo porque ni siquiera sé si el padre de mi hijo quiere algo conmigo.

—¿Phoe? —dice Joy, y yo me sobresalto—. Me estás mirando raro. No quería...

—No, tranquila... —tranquilizo a Joy e intento sonreír.

Sin embargo, me ha dolido bastante y sé que mis amigas se han dado cuenta. Miro hacia la puerta de la terraza, que está cerrada, y suspiro.

—Hace unos días, Sienna y Denver se pasaron por casa. Jake también estaba allí, porque... Bueno, quería ver cómo estábamos la peque y yo. Estábamos a punto de besarnos y justo entonces entró Denver en la habitación...

—¿Que estuvisteis a punto de qué? —exclama Joy—. ¡Dilo, tata!¹

—No. No es bueno... —susurro, con lágrimas en los ojos—. Después de pasar la noche con ellos y con Mad y Fynn, Jake se quedó a dormir. No había bebido tanto como yo pensaba y... la cosa se puso calentita. Me tocó y... quería acostarse conmigo.

Mis amigas me miran con los ojos como platos. A estas alturas, absorben la información como esponjas.

—No pude... Bueno, no quise seguir. Fue como si algo me lo impidiera. La sola idea de acostarme con él me paraliza. No es que no me apetezca, es que no puedo sacarme los pensamientos negativos de la cabeza, porque echo de menos mi antiguo cuerpo. ¿Creéis que estoy loca?

—¡Pero Phoe...! —Joy deja el vaso en la mesa y se sienta en el respaldo de mi silla—. No pienses en eso. No es tan malo como lo ves tú...

—¿Ah, no? —pregunto más bruscamente de lo que pretendía—. ¿Alguna vez te has visto así?

Señalo mi barriga y suspiro profundamente.

—Pronto será tan grande que no podré verme los pies. ¿Cómo hostias se va a tumbar Jake encima de mí y luego...? En fin, da igual...

—Hay otras posturas... —interviene Millie, y suspiro.

—¡Pero no es eso! —digo tercamente—. Quiero... que sea como antes. Pero no lo es, y yo... No puedo dejar que me toque. No puedo. Cuando pienso en sexo, se me congela la mente. Aunque mojé las bragas, no fui capaz de disfrutar de lo que me estaba haciendo...

—¿Y qué ha dicho Jake? —pregunta Sienna, ahora de pie para acercarse más a mí.

Millie sigue sentada y me mira con calma.

—¡Pues lo que me faltaba! —digo casi gritando, irritada por su reacción—. Fue comprensivo y dijo que podía esperar.

—¡Pues perfecto! —dice mi cuñada—. Eso demuestra lo comprometido que está con la situación. Estás embarazada; tu cuerpo está pasando por un gran cambio, y creo que Jake lo está haciendo muy bien. Podría haber reaccionado de otra manera...

—Quizá lo dice para tenerme tranquila y darme una falsa sensación de seguridad —pienso en voz alta—. Hasta que no figure en el registro como su padre, no tiene ningún derecho sobre nuestra hija. A lo mejor está fingiendo que me entiende y se está follando a Virginia a mis espaldas.

—Jake no haría eso —dice Joy indignada, y Sienna y Millie asienten—. Jamás te la ha jugado así, ni tampoco te ha mentado sobre lo que quería. ¿A que no?

—No, pero aun así, nunca quisimos lo mismo y mira por dónde, acabé embarazada —resoplo—. ¿Por qué soy tan ridícula? ¿Por qué no me puede salir bien como a vosotras? Darren y Millie acabaron juntos después de todo lo que pasó entre ellos, a pesar de que Millie le ocultó tantas cosas... O miraos a Denver y a ti, Sienna. Mi hermano no se hizo ningún favor con sus celos y lo de prohibirles a sus colegas del equipo que se acercaran a ti cuando solo erais amigos. ¿Por qué Jake no puede dar un paso al frente cuando se trata de Denver?

Se me escapan unas lágrimas que no puedo contener, ni siquiera cuando se abre la puerta de la terraza.

—Oye, íbamos a... —Oigo decir a Denver, que se detiene inmediatamente al verme la cara—. ¿Qué pasa, Phoe? ¿Le pasa algo al bebé?

Inmediatamente se acerca y me abraza. Ignora a Sienna y Joy y me ayuda a tumbarme en el sofá junto a él. Ni siquiera sé qué me pasa, pero le rodeo con los brazos y lloro. Por encima de su hombro, veo a Jake en la puerta con Tyler y Darren. Parece confuso y da un paso adelante, pero Darren lo detiene. Parece que dice algo que enfurece aún más a Jake. Con rabia, hace un aspavento para apartar la mano de su amigo y entra hecho una furia en el apartamento. Tyler le sigue.

Todo esto es culpa mía. Ahora él también sufre porque no puedo decírselo a Denver y él no puede alejarme de mi hermano sin tener que dar explicaciones. Esto me hace llorar aún más y me aferro a la persona que, sin querer, ha provocado de todo este lío: mi hermano.

¹ *N. de la T.* Expresión que utilizan los jóvenes que equivale a un «¡Toma ya!» o un «¡Di que sí!».

Jake

Cuatro semanas más tarde.

Entro en casa de mis padres y saludo a nuestro labrador, Skipper.

—Hola, chico... —le digo acariciándole la cabeza—. ¿Qué pasa? Estás contento, ¿eh?

Le hablo con voz tontorrona y él mueve la cola alegremente.

Mamá y papá lo compraron cuando me fui de casa hace tres años, al empezar la uni. Me cabreó bastante que, de pequeño, nunca me dejaran tener un perro, pero en cuanto me fui, no tardaron en ir a por un cachorro. Sobre todo porque no tenía hermanos y me habría encantado tener un perrito.

Cuando nací, tuvieron que extirparle los ovarios a mi madre, y mis padres se negaron a considerar otras opciones para tener más hijos.

—¡Mamá! ¡Papá! —exclamo—. ¡Ya estoy en casa!

—¡Estamos en el porche! —responde mi madre, y yo me adentro sonriente en casa para reunirme con ellos en la parte trasera.

Vivimos en el mismo barrio que los Jones. Mis padres conocen a la señora Jones y, por supuesto, conocían a su marido. Que lo mataran en Irak fue un golpe muy duro para ellos. Como Denver y yo somos tan buenos amigos, sus padres solían venir a casa.

—Hola.

Los saludo a ambos. Primero a mi madre, con un abrazo. Luego a mi padre, con un apretón de manos. Skipper corretea a mi alrededor y finalmente se sienta a mis pies.

—¿Cómo está Phoenix?

Mamá está muy emocionada desde que sabe que va a ser abuela. Aunque no se emocionó tanto cuando, hace unas semanas, les dije que Phoenix estaba embarazada de mí. De hecho, mis padres no se molestaron en ocultar su decepción y enfado por no haber tomado ciertas precauciones. Pero luego les ganó la alegría y quisieron enterarse de todo. Me preguntaron qué tal estaban Phoenix y el bebé y, por supuesto, cómo lo llevábamos.

Mis padres me han prometido todo su apoyo y están deseando tener a la pequeña en sus brazos. No dejan de preguntarme si Phoenix y yo estamos juntos y cada vez que los veo, lo niego.

Pero hoy no estoy aquí para hablarles de Phoenix, sino de la nueva temporada. Es mi último curso en la universidad y en unos meses se decidirá mi futuro. No es ningún secreto que quiero jugar en la NFL, pero nadie sabe dónde acabaré.

Todos los años los entendidos hacen apuestas sobre dónde van a acabar los jugadores, sobre todo en el caso de las superestrellas de la temporada. Yo creo que tengo bastantes posibilidades y, desde luego, no seré «don irrelevante», el último jugador al que seleccionan en el *draft*¹.

—Phoenix está bien —respondo—. No he venido por eso. Os he traído unos pases. Con ellos, podréis asistir a todos los partidos en los que juguemos en casa esta temporada.

—¿Por fin han salido? —pregunta mi padre, emocionado. —Es un poco tarde este año, ¿no? La temporada empieza la semana que viene.

Asiento y me recuesto. Sí, la temporada empieza el mismo finde en el que se estima que nazca el bebé. Phoenix está embarazada de 36 semanas y llevamos unos días atentos a ver si se pone de parto. La bolsa del hospital está preparada y nosotros, listos para el gran día.

Esperamos que, si Phoe da a luz la semana que viene, sea antes del sábado. Necesito jugar el partido de inicio de temporada con la cabeza despejada y no estar pensando en que está de parto o de camino al hospital. Sobre todo porque quiero estar allí con ella. Y Phoenix también quiere, vaya.

—Déjate de fútbol y de historias... —interrumpe mi madre—. ¿Ha ejercitado ya la pelvis para ayudar a que baje la cabecita hasta el canal del parto?

—Que yo sepa, sí. El bebé está bien colocado, como toca.

—Eso está bien —responde mi madre—. ¿Os habéis inscrito en el hospital ya?

—Sí... —suspiro—. Lo hicimos hace semanas, mamá. La comadrona le está haciendo un seguimiento a Phoenix...

Como no estamos juntos oficialmente y Denver aún no sabe que soy el padre del bebé, estoy de los nervios. Es como si hiciera malabares. Siempre que está cerca, debo ir con cuidado, pero quiero pasar el mayor tiempo posible con Phoenix. Y luego está la preocupación de que todo vaya bien y el intenso entrenamiento para prepararme para la nueva temporada.

Si Phoenix y yo fuéramos pareja, nada de esto sería un problema. A mí me encantaría que se mudara con Tyler y conmigo, pero ella no quiere. Es feliz con su familia y tengo que aceptarlo.

Aun así, Phoenix y la peque deberían estar conmigo. Somos una familia, a pesar de que llevamos semanas en punto muerto. Se ha distanciado de mí desde aquella noche en que la que me dijo que no quería que nos acostáramos durante el embarazo. Desde que le ha ido creciendo la barriga, no deja que la toque. Y no será porque no la deseo... Me muero por ella. Estoy tan desesperado que incluso he hablado con su madre sobre ello.

La señora Jones y John...

Curioso. Me pregunto por qué llamo a John por su nombre, pero para mí, ella sigue siendo la señora Jones...

En fin, ambos se tomaron bien que yo fuera el padre de su nieto. En un momento dado, John incluso confesó que llevaba semanas sospechándolo, porque yo no paraba de preguntar por Phoenix y pasaba mucho rato con ella. Pero también me dijeron que me anduviera con cuidado: como la cague con Phoenix, me esperará una buena.

Pero ahora mismo, me es imposible, porque me evita y no deja que me acerque a ella. Su madre me dijo que eso era normal en el último trimestre del embarazo y mi madre dijo algo parecido. Aun así, echo de menos a Phoenix y me pregunto si esto va a seguir así para siempre o si alguna vez volveremos a estar juntos de verdad.

—¿Y no le pasa nada más...? ¿Le duele mucho la espalda? ¿Está reteniendo líquidos?

—Heather... —dice mi padre entre suspiros—. ¿Por qué no dejas al chico en paz? No es que pueda ver a Phoenix por dentro...

—Gracias, papá —le digo, sonriéndole—. Está bien. Está durmiendo mucho y preparándose para el parto.

—¿Vas a estar allí? —pregunta mi madre y yo asiento.

—Por supuesto —le digo—. Es mi hija.

—Pues sí, qué pregunta más tonta he hecho... —suspira pesadamente—. Es que es difícil de entender lo que tenéis vosotros dos. No sois una pareja...

Está claro que lo dice con retintín. Mis padres siempre han apreciado mucho a los hijos de los Jones.

—Todo lo que tiene que ver con el bebé, en la medida de lo posible, lo decidimos juntos. Está claro que Phoenix tiene la última palabra en algunas cosas. Pero lo hacemos juntos, y no

tienes que preocuparte: me deja ejercer de padre.

—¿Habéis decidido ya un nombre? —divaga mi madre.

—No —contesto, echándome hacia atrás, molesto—. Ese es otro tema... polémico, la verdad.

No hay manera de que nos pongamos de acuerdo y no tardamos mucho en darnos cuenta. Yo soy más clásico, pero según dice ella, solo se me ocurren nombres aburridos; Phoenix, en cambio, tiene ideas modernas y un poco rarunas. No me sorprende lo más mínimo, teniendo en cuenta su propio nombre y la tradición por la que optaron sus padres.

—El nombre es algo muy importante, Jake... —me recuerda mi madre.

Me limito a asentir y a acariciar al perro, que me pide mimos con la cabeza apoyada en el muslo.

Ya sé que el nombre es importante. ¿Por qué lo dice como si yo no lo supiera? Nuestra hija tendrá que comérselo con patatas durante el resto de su vida.

—¿Cuáles te gustan a ti?

—Charlotte, Emma y Eliza.

—Muy bonitos. Me gustan —Asiente mi madre—. ¿Y a Phoenix?

—Una vez dijo que le gustaba Ivy —refunfuño—. A ella le gustan los nombres cortos y raros.

—¡Ah pues! —Mamá me mira, casi consternada—. No puedes dejar que la llame así. Ivy Sullivan²... Eso sí que no.

—Se apellidará Jones —susurro, aun sabiendo que mi madre va a flipar—. Phoenix quiere que tenga su apellido, y los demás Jones, también, claro.

—¡No puedes dejarla hacer eso!

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —pregunto, mirando a mis padres.

Mi padre se queda callado. Supongo que piensa que es mejor no abrir la boca, teniendo en cuenta lo alterada que está mi madre. Lo entiendo. A mí me encantaría poder callarme alguna que otra vez, cuando Phoenix dice algo que no me cuadra, pero no puedo, porque necesito decir lo que pienso. Especialmente cuando me molesta o es algo que afecta a nuestra hija.

—Phoenix quiere que se apellide Jones para rendir homenaje a su familia. Es importante para ella, sobre todo por lo de su padre. Y como no estamos casados, el bebé tendrá el apellido de su madre.

—Jake —dice mi madre, mirándome seriamente—, tú eres el padre, así que la niña tendrá tu apellido. La combinación que más me gusta es Charlotte Sullivan. Suena bien, ¿eh?

—Sí... —respondo con una sonrisa en los labios—. Aun así, es algo que decidiremos juntos.

—Pues no lo parece... —Se levanta y entra en casa.

Desesperado por un poco de ayuda, miro a mi padre. Él sonríe y me aprieta el hombro.

—Le pongas el nombre que le pongas, a tu madre le va a encantar.

—Gracias, papá —murmuro—, pero pienso conseguir un nombre que me guste y Phoenix lo sabe. En fin, tengo que irme.

—Vale, hijo —suspira y me da un abrazo—. Me alegra haberte visto. Mantennos informados, anda.

—Eso siempre —le prometo y entro en casa.

Una vez dentro, me despido de mi madre, a la que no le hace mucha gracia que me vaya tan pronto, pero no consigue convencerme para que me quede.

—Hola, Mad —saludo a la hermana pequeña de Phoenix y entro en casa de los Jones—. ¿Dónde está Phoe?

—Hola —responde ella, cerrando la puerta principal detrás de mí—. Está en la cocina, de muy mal humor.

Pone los ojos en blanco para enfatizar sus palabras.

—¿Por? —le pregunto, para que siga hablando.

—No creo que se encuentre muy bien... —responde Madison, esbozando una sonrisa incómoda—. Simplemente ya no quiere estar embarazada, algo que entiendo, la verdad. Y está... bueno, frustrada y no para de llorar.

—¿Que no para de llorar? —Me detengo abruptamente y arrastro a Madison a una habitación en la que Phoenix no puede oírnos—. ¿Por qué llora?

Madison parece avergonzada y aparta la mirada. Intenta evitarme, pero no voy a dejar que se ande con tonterías. La agarro del brazo con demasiada brusquedad y ella se queja.

—Perdona, Mad... —digo inmediatamente—. ¿Qué le pasa?

—Ya sabes cómo es...

—¿Qué le pasa a Phoenix? —pregunto ahora de forma más directa, porque no estoy de humor para andarme con rodeos.

No soporto que Phoenix me haya alejado de ella estos últimos días. Si está preocupada y le da miedo, ¡que me lo diga!

—¿Por qué está llorando? Necesito saberlo, Mad —insisto.

—Tiene miedo de dar a luz —dice finalmente—. Ha visto vídeos y...

—Pero ¿por qué coño...? —gruño.

—Pensamos que la ayudarían y...

—¿Pero estáis locas? —le digo secamente a Madison—. ¡No podéis dejar que Phoe vea vídeos de partos! ¿Por qué no se lo impedisteis?

—¡No fue a propósito!

—¡Bueno, ya me lo imagino, pero...! —exclamo—. Obviamente, la asustó lo suficiente como para hacerla llorar. ¿Pero qué salía en los vídeos?

—Pues a esas mujeres tuvieron que abrirles... Es algo que se llama episiotomía... —Madison murmura, y creo que voy a vomitar.

Yo también he investigado lo que puede ocurrir durante el parto. Lo de la episiotomía ocurre más a menudo de lo que se piensa. Pero Phoenix no necesita verlo. Mad continúa:

—Ahora tiene miedo de que su vagina sea demasiado pequeña y tengan que...

—No se os puede dejar solas ni cinco minutos... —le suelto a Madison—. ¿Algo más?

—Denver... —susurra—. Todavía no lo sabe, y ella... tiene miedo de su reacción. Ayer volvieron a pelearse porque ella no quiere decirle el nombre del padre y...

—¡Ya basta! —grito, pasando furioso junto a Madison y entrando en la cocina.

Phoenix me mira como si se le fueran a salir los ojos de las órbitas y la señora Jones, también.

—¡Jake! —exclama Phoenix sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—¿Para qué te pones a ver vídeos de partos? —le suelto, y la señora Jones jadea sorprendida. Al parecer ella tampoco sabía lo que estaba haciendo su hija.

—¿Qué has hecho... qué? —pregunta indignada—. Pero ¿estás loca, hija?

Madison entra en la cocina detrás de mí.

—¿Se lo has dicho? —Phoenix le grita a su hermana.

—Lo siento... Se me ha escapado —susurra Madison, agachando la cabeza—. No era mi intención...

—¡Serás niñata de mierda!

—¡Phoenix! —grita la señora Jones—. ¡Basta ya!

—¡Déjame en paz, mamá! —grita Phoenix, como tantas otras veces en las últimas semanas, y sale furiosa de la cocina en dirección al jardín.

Sus cambios de humor son insoportables. A estas alturas, no se puede hablar con ella sin discutir. Intentamos achacarlo a las hormonas, pero si se pone a ver semejante mierda y encima discute todo el rato con Denver, difícilmente van a mejorar las cosas...

Llevo semanas queriendo decírselo a mi mejor amigo, pero Phoenix no insiste en que lo deje estar. No quiere lidiar con ello hasta después de que nazca la niña. Y como soy imbécil, cedo. Lanzo una mirada de disculpa a la señora Jones, salgo de la cocina y me dirijo al patio trasero.

—¿Qué te pasa? —le pregunto a Phoenix—. ¿Por qué te pones a ver vídeos de episiotomías? ¿Y por qué discutes con Denver?

Phoenix se da la vuelta y pones los brazos en jarras.

—Vaya... —responde débilmente—. ¿Hay algo que no te haya contado Mad?

—Déjala en paz —la regaño—. ¿Qué te pasa? Entiendo que tengas miedo de dar a luz y quieras informarte, pero... No veas vídeos así, por Dios...

—¿Dices que lo entiendes? —grita—. ¡Todo esto es culpa tuya! Me dejaste embarazada. Tú solo querías follarme, y ahora puedes quedarte quietecito, sin hacer nada. ¡No tienes que pasar por esto!

Miro a Phoenix desconcertado. ¿Qué quiere decir con eso? No tiene sentido. ¿No se da cuenta de que estoy sufriendo tanto como ella? Me paso los días preocupados por ella. Mi vida gira en torno a ella y a nuestra hija. Lo único que deseo es que estén bien.

—Sí, he cometido muchos errores últimamente —admito—. Y el mayor fue dejarte marchar, porque tenía miedo de enfrentarme a Denver. Pero ahora que has vuelto, quiero compensarte.

—¡Pues no puedes! —solloza—. ¡Me has arruinado la vida! Voy a ser madre a los veinte... ¡Por tu culpa!

—Basta, Phoenix —gruño, luchando por mantener la compostura—. Podrías haber abortado a las ocho semanas y podrías haber comprobado el puto condón o haberte tomado la píldora como debías. Tú también querías follar, pero siempre sin consecuencias, ¿no?

Hostia puta... ¿Cómo hemos llegado a esta conversación?

En realidad, ya va siendo hora de que nos desahogemos. Llevamos semanas, meses frustrados. Hasta ahora, hemos ignorado los problemas y ahora, la bomba ha estallado.

—¡¿Llamas a esto «consecuencias»?! —grita señalándose la barriga—. ¡Estoy embarazada, joder!

—Y yo soy el padre —le recuerdo—. ¿O acaso no crees que yo estoy igual de jodido? Quiero que me fichen en la NFL en primavera... ¿Cómo voy a seguir adelante sin vosotras? Intento hacerlo todo bien, Phoe, pero tú también tienes que dejarte ayudar...

—Eso es lo que siempre has querido, ¿verdad? —susurra—. Irte a la NFL, lejos de nosotras... y dejarme a solas con ella. Por eso no quería decírtelo. Porque te vas a ir de todos modos.

—Pues vente conmigo... —le digo, intentando sonar más conciliador—. A mí también me da miedo el futuro, Phoe... No sé si lo conseguiremos: nosotros, el bebé y mi carrera... Pero quiero intentarlo porque...

¡Te quiero!

Tengo las palabras en la punta de la lengua, pero me las callo. Frustrado, pongo los brazos en jarras.

—Soy su padre. Quiero estar ahí para ella... para ti. Como si fuéramos una familia.

—Lo dudo mucho...

Una voz tajante hace que me estremezca. Phoenix abre los ojos, presa del pánico. Intento darme la vuelta, pero entonces, me tiran al suelo. Denver tiene la cara roja de la ira. Oigo gritar a Phoenix y veo a Millie y Joy sujetándola para que no pueda interponerse entre nosotras, mientras Sienna pide ayuda. Entonces Denver me pega el primer puñetazo.

—¡Cabrón de mierda! ¡Eras mi mejor amigo, joder!

¹ *N. de la T.* Así se denomina a la fase de selección de los jugadores que pretenden ser profesionales en ciertos deportes, como en baloncesto (para la NBA) o, en este caso, el fútbol americano y la NFL.

² *N. de la T.* Ivy Sullivan es la protagonista de una serie llamada *Sensación de vivir: la nueva generación* (en inglés, *90210*), un drama adolescente de EE. UU.). Deducimos que a la madre de Jake no le encanta el personaje, de ahí que no apruebe el nombre.

Jake

No sé cuántos puñetazos me ha dado Denver antes de que Darren y Tyler hayan conseguido quitármelo de encima.

Gruño, me levanto y doy un paso atrás. Me gotea sangre del labio y me la limpio con la mano. Denver forcejea en los brazos de Tyler y Darren, pero ellos no lo sueltan. Inmediatamente me vuelvo hacia Phoenix.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Está de pie frente a mí, asustada, y parece que se le van a salir los ojos de las órbitas. Como siempre, se protege la tripa con las manos Joy y Millie están justo a su lado.

—Estoy bien —susurra, y quiero atraerla hacia mí.

—¡Quítale las manos de encima! —grita Denver—. ¡Soltadme de una puta vez!

Me aparto de Phoenix y miro a Denver. Tiene la cara de un rojo intenso e intenta liberarse con todas sus fuerzas de Tyler y Darren, que luchan por sujetarlo. La señora Jones y Madison también están ahora en el patio trasero, mirándonos sorprendidas.

¡Qué puto desastre!

Esto nos pasa por no decírselo, por hacer caso a Phoenix. Debería haber hablado con Denver hace semanas, cuando me enteré de que era el padre de la niña. Debería haberlo hecho el año pasado, cuando empezamos de rollo, y dejarme de secretos. Es mi mejor amigo. Tal vez incluso lo habría entendido si se lo hubiera contado de forma racional y con calma. Pero ahora es imposible.

—¡Cálmate, hijo! —le dice la señora Jones a su hijo—. ¡Estás asustando a Phoenix!

Denver deja de forcejear y se calma. Doy un paso atrás y me acerco a Phoenix. Me gotea sangre del labio y espero que no me haya dado un puñetazo en pleno ojo. No me vendría muy bien, una semana antes de que empiece la temporada. El entrenador Flanders me pedirá una explicación si ve que tengo el ojo morado. Denver se ha lucido pero bien.

—¿Prometes dejar en paz a Jake? —pregunta Darren.

Denver no responde. Claro que no, porque le encantaría partirme la cara. Puede que me lo merezca, pero eso no cambia las cosas.

—Sí —dice, todavía cabreado—. ¡Soltadme, hostia!

Tyler y Darren intercambian una mirada y sueltan a Denver. Inmediatamente, da un paso hacia nosotros. Sigue tan enfadado como antes.

—Denver —interviene Sienna—. No ayudas...

Él se vuelve hacia su novia y ella le mira a los ojos. Sé que le está pidiendo en silencio que lo deje estar y vaya con ella, pero él no responde. En lugar de eso, da otro paso hacia Phoenix.

—Ven —dice, agarrándola de la muñeca—. Quiero hablar contigo...

No sé por qué, pero cuando intenta atraerla hacia él y ella no dice nada, me entra el cabreo. Me enfada que Denver sea siempre tan autoritario y controlador con Phoenix. Podría dejarla en paz aunque solo fuera un ratito. Es una mujer adulta y puede cuidar de sí misma. Además, no le debe ninguna explicación. Sin pensarlo, empujo a Denver lejos de Phoenix. Se tambalea hacia atrás, pero se recupera tan rápido que segundos después estamos frente a frente como dos gallitos, pecho con pecho.

—No la toques o tendrás que vértelas conmigo —le digo—. No quiere hablar contigo. Si quieres gritarle a alguien, grítame a mí.

—¡Quita de en medio!

Denver intenta empujarme, pero yo le devuelvo el empujón. Como *wide receiver*¹, tengo que ser capaz de hacer frente a jugadores defensivos muy corpulentos, más incluso que Darren, para despejar el camino. Denver no me supone un problema de normal, pero su ira parece darle una fuerza sobrehumana.

—No —insisto—. Deja a Phoe en paz.

—Va en serio, Jake —me amenaza—. Quiero hablar con mi hermana y nadie, ni siquiera tú, vas a impedírmelo.

—¡Escúchame de una puta vez! —contesto, apartándole de un empujón—. No es solo tu hermana, es la madre de mi hija. Ella no irá a ninguna parte contigo a no ser que quiera. No puedes seguir mangoneando a Phoenix y tratándola de esa forma porque crees que solo tú sabes lo que es bueno para ella. Si no fuera por tu ridículo instinto sobreprotector, no tendríamos este dramita de los cojones.

Molesto, me limpio la sangre del labio y fulmino a Denver con la mirada.

—¿Qué quieres decir? —pregunta—. Dime, ¿te la follaste y le hiciste cargar con esa mocosa o no?

—¡No es una mocosa! —le grita Phoenix, empujándome para plantarle cara.

Le pongo las manos en los hombros, intentando decirle que no se altere, pero me las aparta de un manotazo.

—¡Ni se os ocurra tocarme a ninguno de los dos! Acabas de decir hace cinco minutos que debería haberme deshecho de ella cuando tuve la oportunidad.

Miro horrorizado a Phoenix. Denver y todos me miran incrédulos.

¿Ahora soy el malo otra vez? Esto no puede estar pasando...

—Estábamos discutiendo, Phoe —digo señalando a todos los presentes—. No tergiverses mis palabras. Di lo que he dicho de verdad...

La miro enfadado.

—¿La estás amenazando? —Denver vuelve a interrumpir nuestra conversación.

—¡Cállate, Denver! —le grito—. Estábamos discutiendo como siempre hacéis vosotros y todos sabemos que se dicen muchas cosas en caliente. Ella está frustrada, yo estoy frustrado, y los dos, insisto, los dos dijimos cosas que no deberíamos haber dicho.

Phoenix asiente y vuelve a mirar a su hermano.

—Tiene razón... —admite para mi alivio—. Estábamos discutiendo y ambos hemos dicho cosas que estaban fuera de lugar. Pero tú no te atrevas a llamar «mocosa» a mi... a nuestra hija, ¿me has oído?

Phoenix enrojece y mientras pone los brazos en jarra, da un paso adelante para imponer la barriga de una forma admirable.

—No quería decir eso... —Denver se echa atrás—. Lo siento...

—Más te vale sentirlo... —murmura Phoenix, respirando hondo—. Mira, te has enterado de que nosotros...

—¿De que vosotros, qué?

Inmediatamente, Denver vuelve al modo ataque y yo pongo los ojos en blanco. No hay manera de conseguir que los hermanos hablen así. Denver tiene que aprender que Phoenix es una

mujer adulta y... joder, sí... eligió a su mejor amigo.

—¿De que follasteis, de que te dejó embarazada a los diecinueve?

—¡Escúchame, Denver! —grita Phoenix—. Le has prohibido a todo el mundo que se acerque a mí. Me has hecho imposible entablar relaciones sanas en los últimos años. No puedes fingir que todo lo que haces es en nombre de papá. Tú no eres papá.

De repente, el silencio en el jardín es tan denso que se podría oír caer un alfiler. Sé que Phoenix lo ha dicho sin pensar, pero es importante que Denver se dé cuenta de una vez por todas de que se ha pasado cuatro pueblos.

—Phoenix —jadea la señora Jones, mirando horrorizada a su hija—, basta, por favor...

Para ser sincero, ahora siento un poco de lástima por Denver. Aunque todavía me sangra el labio y creo que también me gotea un poco la nariz, no se merecía que su hermana le soltara semejante bomba.

Por desgracia, Denver nunca piensa en la forma absurda que tiene de tratar a sus hermanas, así que en algún momento tenían que hartarse. Esta ha sido la gota que ha colmado el vaso y él está en *shock*, ahora que Phoenix le ha dicho de forma muy clarita y justo delante de nosotros lo que piensa de su actitud.

—No, mamá —responde Phoenix entre sollozos—. ¿Cómo se lo íbamos a decir? Siempre se opuso a que me liara con uno de sus amigos. Y al final, de todos, acabé acostándome con su mejor amigo. ¿Cuándo habría sido el momento oportuno para confesar?

Con sus últimas palabras, se vuelve hacia Denver.

—Cuando volviste a casa embarazada, como muy tarde —responde Denver, negando con la cabeza, ofendido.

Frunzo los labios y permanezco en silencio.

—Podríais habérmelo dicho entonces. ¿Por qué no lo hicisteis? Ninguno de los dos...

—Ya sabes por qué —digo—. Porque nunca lo habrías aceptado. Siempre has repetido que tu hermana era intocable, que ni se nos ocurriera acercarnos a ella... ¿Cómo iba a contarte que lo hacíamos a tus espaldas? No has sido capaz de darte cuenta en las últimas semanas tampoco...

Denver guarda silencio y me mira un momento.

—¿De verdad tenéis tan poca fe en mí? —me pregunta y niega con la cabeza—. Quiero decir... alguien de los presentes se enteraría, ¿no?

Ahora recorre el jardín con la mirada, fijando los ojos en cada uno de los presentes.

—Es imposible que se lo ocultarais a toda esta gente, chicos...

Cuando Denver establece contacto visual, nuestros amigos, su madre y su hermana bajan la mirada. Todos lo sabían y Denver se da cuenta ahora. Exhala con fuerzas y pone los brazos en jarras. Se le acelera la respiración y se relame los labios, como si se estuviera preparando para otra pelea. Lo primero que hace es mirar a Sienna.

—¿Tú lo sabías, nena? —grita—. ¿Darren, Tyler? ¿Nada que decir?

No se atreven a abrir la boca. De todos modos, ¿qué podrían decir que mejorara las cosas? Phoenix y yo no somos los únicos en haberle mentido, sino también su familia y sus amigos. La chica de la que está enamorado le mintió en nuestro nombre.

—Lo siento —dice Sienna—. No me correspondía decírtelo...

—No te correspondía...

Denver sacude la cabeza con rudeza. Lo conozco lo suficiente como para saber que se está esforzando al máximo para ocultar sus verdaderos sentimientos. Hay dos cosas que no puede soportar: las mentiras y vivir en la ignorancia. A sus ojos, lo hemos traicionado, porque no

hemos confiado en él.

Levanta la cabeza y se queda mirando a Sienna.

—Todas esas veces en las que te pregunté por el padre del bebé... Te dije lo preocupado que estaba por Phoe una y otra vez, y tú... lo sabías. Todo este tiempo.

—Denver —solloza Phoenix—, por favor, déjala en paz. Lo hizo por mí.

—No, Phoe —responde—. La quiero, es mi novia y por eso espero lealtad absoluta por su parte. Esto que habéis hecho... —dice, señalando a los que están a un lado del jardín: su madre, Madison, Tyler y Darren, que ahora está abrazando a Millie—. Por no decir lo que habéis hecho vosotros dos...—Ahora nos señala a Phoenix y a mí—. La verdad es que me importa una mierda. Pero esperaba al menos que Sienna me dijera la verdad...

—Denver —susurra Sienna—, no quería mentirte, es que...

—¿Entonces por qué lo hiciste? —le suelta él—. ¿No me quieres? ¿No confías en mí, en nuestra relación? Preferiste que me pasara semanas preocupado por mi hermana...

Joder, hasta yo soy capaz de ver lo mucho que está sufriendo. No queda nada de la rabia inicial. Denver está decepcionado con todos nosotros.

De repente, se va. Sale corriendo. Sienna lo sigue, pero no llega muy lejos porque él le grita tan fuerte que ella retrocede. Joy corre hacia ella para ver si está bien. Desde la distancia veo que está llorando y Joy intenta consolarla.

Todos nos quedamos atónitos.

Miro a la señora Jones, que entra en casa y vuelve segundos después.

—Se ha ido.

—Mierda, joder... —maldigo—. ¿Dónde puede...?

Entonces me doy cuenta de dónde puede estar. En un lugar que suele evitar como a la peste. Un lugar al que nunca va, a menos que esté en un mal momento y necesite hablar con la persona cuya muerte le hizo sufrir tanto que, por extensión, ha acabado afectándonos a nosotros.

—Señora Jones, ¿tiene a mano el pase de visitante para el cementerio del Ejército?

—¿Para qué lo quieres?

—Creo que es adonde va Denver.

—¿Al cementerio? —me pregunta—. ¿Crees que...?

—¿A dónde más podría ir? —le pregunto—. Teniendo en cuenta lo que le ha dicho Phoenix, seguro que va allí.

—Voy a por él.

Está a punto de darse la vuelta y entrar en la casa cuando Phoenix la detiene.

—No, mamá —dice con firmeza—. Voy yo.

Abro los ojos, horrorizado.

—Ni de coña —La detengo—. No vas a ir a allí y...

—No me digas lo que tengo que hacer, Jake —susurra—. Tengo que explicarme y hablar con él. Esto ya no se trata solo de nosotros o del bebé.

Suspiro y la atraigo hacia mí. Soy incapaz de decirle que estoy preocupado por ella y que no quiero que conduzca en su estado.

—Yo te llevo, Phoe —se ofrece Joy, sonriéndome y yo asiento—. No puedes conducir estando embarazada, y menos en este estado. Te espero en el coche.

Odio admitirlo, pero quizá sea buena idea que Joy la lleve. Después de todo, es su mejor amiga. Es más probable que hable con ella que conmigo o con cualquier otra persona.

—Vale. Pues llévame tú.

—Yo también iré —decide Sienna—. Necesito ver a Denver...

Asiento y miro a los demás. Tyler y Darren me miran consternados. Millie está abrazada a su novio.

Phoenix, Joy y Sienna entran en la casa y cogen las cosas para ir al cementerio.

Estamos sentados en la cocina bebiendo el café que la señora Jones había preparado. John y Fynn llegaron poco después a casa. Les hicimos un resumen de lo que había ocurrido en las últimas horas. John no tardó en sermonearnos y dijo que era evidente que tenía que pasar. No ayudó en absoluto, pero entiendo por qué le preocupa Denver. Es cierto que no tienen la mejor relación, sobre todo por parte de Denver, pero se nota que John quiere mucho a los hijos de su mujer, pese a que él no tiene ninguno propio. Sé que también querrá a nuestra hija; será muy buen abuelo para nuestra pequeña.

—Phoenix hará entrar en razón a Denver —vuelve a decir John, apretándome el hombro—. Y si no lo hace ella, lo hará Sienna.

Asiento y me reclino en la silla.

—Estoy segura de que volverán pronto —dice Millie para reforzar las palabras de John.

Al menos Joy nos ha hecho saber que han llegado sanos y salvos al cementerio y que han encontrado a Denver.

—Vámonos a casa. No hacemos nada aquí sentados —Millie se levanta y coge la mano de Darren.

—Me voy con vosotros —dice Tyler, volviéndose hacia mí—. ¿Tú te quedas?

—Sí —le digo, asintiendo—. Nos vemos...

Tyler me estrecha la mano. Darren hace lo mismo y Millie me da un abrazo.

—No te preocupes, Jake... —me susurra—. Lo peor ya ha pasado...

Intento sonreír, pero no lo consigo.

Los tres se marchan y me dejan a solas con John y la señora Jones. Madison y Fynn se han ido a casa de este último y yo me siento como un despojo. Tengo los nervios a flor de piel.

—Todo esto es culpa mía —tartamudeo—. Si no hubiera apuñalado a Denver por la espalda...

—Eso ya no importa —dice la señora Jones para cambiar de tema—. Quizá también sea culpa mía, por no darme cuenta de lo mucho que intentaba asumir el papel de su padre...

Se le cubren las mejillas de lágrimas.

—Lori —susurra John, acariciándole la espalda cariñosamente—, nadie podía saberlo...

—No, pero es mi hijo —solloza ella—. Frank y yo siempre pensamos que Denver sería un buen chico y ahora...

—Lo es, señora Jones —le digo con firmeza—. Es mi mejor amigo y quiere a Sienna más que a nada. Solo está convencido de que tiene que proteger a Phoe y Mad de todos. Quiero decir, a él le cae bien Fynn. No es que nadie sea lo suficientemente bueno para sus hermanas, lo que pasa es que está ofendido porque se lo ocultamos durante todo este tiempo...

—Lo sé —murmura—. Voy a llamar a Sienna otra vez. Quizá pueda localizarla.

La señora Jones sale de la cocina y me deja a solas con John.

—¿Quieres una cerveza? —pregunta, poniéndose de pie—. Parece que necesitas algo más que un café...

—Sí —digo simplemente.

Sonriendo, abre la nevera y me tiende una botella.

—Gracias.

—¿Sabes? —dice, sentándose a mi lado—. Si alguien sabe lo difícil que es intentar llegar hasta Denver, soy yo. Llevo con Lori casi cuatro años, y durante tres, prácticamente ni me dirigía la palabra. Tuvo que venir Sienna para que se abriera un poco conmigo. Eres su mejor amigo, pero entiendo por qué no podías contarle lo de Phoenix.

—Pues parece que eres el único... Nunca fue mi intención hacerle daño a Denver, ni tampoco mentirle.

—Lo sé, y Denver tiene que aprender que no siempre tiene la razón. Es absurdo que le prohibiera a Phoenix relacionarse contigo o con cualquiera de sus amigos. Él no puede decidir de quién se enamora y con quién es feliz. Quiero decir... ¿acaso Sienna no era la amiga de Phoenix antes de que empezaran a salir?

—No puedes comparar ambas situaciones —le interrumpo—. Sienna y Denver vivían juntos.

—Sí, pero Phoenix siempre ha tenido problemas con sus amigas, porque todas parecían querer llegar hasta Denver. Por lo que parece, Denver hizo exactamente lo que os dijo que no hicierais: se acercó a la amiga de su hermana. Al igual que Phoenix se acercó a ti.

—Mmm...

Miro a John un momento y pienso en sus palabras. No se equivoca. A Phoe siempre le ha puesto triste que la mayoría de las chicas intentaran hacerse sus amigas para ligarse a Denver. Es cierto que el caso de Sienna es diferente, porque ella conoció a Denver primero, pero aun así, las chicas eran amigas cuando él empezó a interesarse más por ella. Pero bueno, eso da igual, porque no cambia lo que ha sucedido hoy.

—Denver no puede decidir qué está bien y qué está mal. Y eso se aplica tanto para Madison como para Phoenix. Las quiere y sabe cómo son los hombres, especialmente los de vuestro grupo... y por favor, no me digas que no, Jake.

John me guiña un ojo y luego continúa:

—Y si tiene que proteger a sus hermanas de alguien, está claro que empezará por vosotros. Y como no lo ha hecho, se siente como si hubiera fracasado. Después de la muerte de su padre, que fue tan repentina para todos, sintió que tenía que ocupar su lugar.

—¡Pero no tiene que hacerlo! —contesta—. Le ayudé en su momento. Estuve con él todas esas semanas después de la muerte del señor Jones, y Denver... Bueno, algo de él murió con su padre. Ni siquiera Sienna puede traer eso de vuelta.

—No... —dice John—. Pero tú eres su mejor amigo, Jake. Y Phoenix es su hermana. Estará cabreado durante un tiempo, pero te perdonará. Le duele más la traición que lo que ha pasado entre vosotros.

—Pero ya no será lo mismo —Revelo mi peor temor—. Denver nunca podrá volver a confiar plenamente en mí. Y yo... no quería que pasara esto.

—Pero en el momento en que te acercaste a Phoenix, supiste que tu relación con Denver no sería la misma, ¿o no?

Me parece muy gracioso que no quiera decir que me acosté con Phoenix. Pero sí, es verdad.

—Al principio era solo diversión, pero... se convirtió en algo más —murmuro, frotándome la cara nerviosamente con las manos—. Pero he rechazado a Phoe tantas veces... No quería arruinar mi amistad con Denver. Ahora todo se ha ido a la mierda y ella va a tener a mi bebé...

—Creo que ese bebé podría tener un padre mucho peor... —bromea John, guiñándome un

ojo—. Si te soy sincero, a menudo me pregunto cuán ciegos están todos por aquí para no darse cuenta de lo mucho visitabas a Phoenix. Por no hablar de la cara de preocupación que me llevabas...

—Sí, yo tampoco lo entiendo —coincido—. Phoenix y yo nunca fuimos muy cuidadosos. No nos liábamos delante de sus narices, pero tampoco guardábamos mucho la distancia.

Hay tantas ocasiones en las que debería haberlo notado... Phoenix y yo hemos estado unidos desde la infancia. Primero como amigos y después como... ¿amantes?

Soy incapaz de contar todas las veces en las que me colaba en su habitación por la noche y Denver no se daba cuenta, a pesar de que el penetrante perfume floral de Phoenix me envolvía por todas partes. Más tarde, en la universidad, siempre era la primera persona a la que abrazaba después de un partido y con la que me iba a casa.

Aunque una vez estuvo a punto de pillarnos. Fue unas semanas antes de que Sienna llegara a Lincoln. Denver tenía el apartamento para él solo y tenía una habitación vacía en el piso. Phoenix y yo volvimos allí después de una fiesta y nos besamos. De repente, apareció por la puerta. Hasta el día de hoy, no sé cómo no se dio cuenta.

—Hay cosas que si no quieres verlas, no las ves —dice John, y yo asiento.

De repente, se abre la puerta principal y nos levantamos de un salto. La señora Jones viene corriendo por el pasillo.

—Denver —dice emocionada—, ¿va todo bien?

—Todo bien, mamá —le oigo decir, y se me acelera el corazón cuando se dirige a mí.

Denver tiene un aspecto horrible. Tiene los ojos enrojecidos y aprieta la mandíbula. Su madre, Phoenix, Joy y Sienna están detrás de él.

—Hola —dice mirándome—, ¿podemos hablar?

—Sí, claro... —digo, siguiéndole en silencio hasta el patio trasero.

¹ *N. de la T.* En español, «receptor abierto» o «ala abierto».

Jake

Denver y yo nos sentamos en los escalones que separan el porche del césped. Ambos adoptamos la misma pose: apoyamos los antebrazos en las rodillas y nos miramos fijamente. Denver no dice nada y yo tampoco me atrevo a iniciar la conversación. No sé qué estará pensando ni de qué habrán hablado él y Phoenix en las últimas horas. Tampoco sé qué le habrá contado de toda nuestra historia.

—¿Te he roto la nariz? —me pregunta y le miro.

—Creo que no —respondo—. Y si resulta que sí, pues bueno...

—Mmm... —dice Denver—. Siento que se me haya ido la pinza de esa forma tan basta.

—¿De verdad lo sientes? —pregunto, incapaz de contener una carcajada.

—Para nada —responde con sinceridad—. Tío, has dejado a mi hermana... en fin, ya sabes...

—¿Cómo he dejado a tu hermana...? —pregunto—. Ni siquiera eres capaz de decirlo, Denver.

—¿Y eso te sorprende? —pregunta enfadado, mirándome—. Es mi hermana pequeña y tú eres mi mejor amigo. ¿Cómo iba a pensar que vosotros dos... bueno... os acostabais? ¿Por qué, tío?

—¿Me estás preguntando por qué me he acostado con Phoe? —pregunto—. Bueno, ¿por qué te acostaste tú con...? En fin, déjalo. Esto que tenemos los dos... lleva pasando años. ¿Te lo ha contado Phoenix?

—La verdad es que no —dice Denver, mirando al frente—. Lo que sí me ha dicho es que lleva mucho tiempo enamorada de ti y... y que llegó un momento en el que empezasteis a acercaros más el uno al otro.

Aunque la situación es más que incómoda, se me desboca el corazón al oír sus palabras. Es una señal para que deje de ignorar lo que tenemos Phoenix y yo. Superaremos este bache, y ahora que Denver lo sabe, tal vez nos facilite lo de volver a estar juntos. Y ahora, más tranquilos.

—Vale... —suspiro.

La escasa esperanza de que le hubiera contado todo desaparece.

—En algún momento me di cuenta de que la veía como algo más que tu hermana pequeña. Phoe tenía dieciséis años entonces y nosotros, unos dieciocho.

—Joder, Jake —refunfuña—, ¿esto va en serio?

—¡Que sí, tío! —respondo—. Solía conducir hasta tu casa cuando quedábamos allí, solo para verla. Sobre todo cuando sabía que aún no estarías en casa. Normalmente, funcionaba. Entonces pasó lo de aquella Navidad hace casi cuatro años. Llegué temprano, Phoe estaba en casa y nos sentamos en el salón. Cuando fuimos juntos a la cocina, tu madre señaló el muérdago e insistió en que nos besáramos.

—Me acuerdo —dice Denver—. Pensé que sería una coña por lo de la tradición, ya sabes...

—Eso debió pensar tu madre, pero... —Respiro hondo—. No lo era. Pasaron casi dos años antes de que nos acostáramos por primera vez. Empecé a ayudar a Phoenix con los estudios y nos fuimos acercando cada vez más. ¡Pasábamos tanto tiempo juntos...!

—¿Por qué no me di cuenta? —Me da la sensación de que se lo está preguntando a sí mismo

—. Siempre pensé que erais buenos amigos y que simplemente... bueno, os caáis bien. Me alegraba que fuera así, pero nunca pensé que habría algo más.

—Pues por eso nos salió bien la jugada. Bueno, a mí —murmuro—. Estabas tan empeñado en que solo éramos buenos amigos que nunca se te ocurrió que yo la trataba así de bien por otros motivos. Piensa en cuántas veces he acompañado a Phoe a casa después de una fiesta o se ha subido a mi coche después de un partido.

—¡Mierda, es verdad! —gime Denver, pasándose las manos por el pelo—. Esto no puede estar pasando... No he podido estar tan ciego, ¿no?

—Lo estabas, créeme —confirmo—. Phoe y yo nos pasábamos los días juntos... ¿Recuerdas la pelea que tuviste con Sienna en el restaurante cuando se enteró de que nos habías prohibido salir con ella?

—Por favor, no me lo recuerdes —refunfuña él, sacudiendo la cabeza—. Todavía me lo echa en cara...

Phoenix hace lo mismo; estamos en el mismo barco.

—Phoe se levantó, salió corriendo y yo la seguí —continúo y él asiente.

—Sí, eso me cabreó, la verdad —admite—. Pero yo me concentré en la discusión con Sienna. ¿Qué pasó ahí?

—Phoe me acusó de haberme enchochado de Sienna —suspiro—. Dijo que me habría sido más fácil salir con Sienna antes que con ella, más que nada porque no es tu hermana. Phoenix siempre me ha acusado de no comprometerme con ella por tu culpa, y tenía razón. Discutíamos en un bucle infinito; no solo fue ese día. Pero luego nos acostábamos y...

—¿Podrías omitir esa parte de la historia? —pregunta.

—No —digo, y Denver hace una mueca de asco—. Porque es parte de la historia y es importante. Solíamos acostarnos en cuanto teníamos la ocasión, y supongo que en una de esas veces, se rompió el condón. Justo antes de Acción de Gracias del año pasado, tuvimos una pelea de las gordas, pero esa no terminó con un polvo de reconciliación. Phoe empezó a ignorarme, y cuando intenté disculparme y bueno, puede que decirle que era la única chica para mí, me dijo que se iba a Europa.

—Se fue por tu culpa —suelta Denver—. Dejaste que se mudara a otro continente embarazada, porque no tuviste los cojones de hablar conmigo.

—Sí y no —respondo—. Yo no sabía que estaba embarazada y Phoe, tampoco. Si lo hubiera sabido, habría movido cielo y tierra para recuperarla. En cambio, lo vi como una oportunidad para distanciarnos un poco.

—¿Y te pareció un buen momento para tirarte a Virginia?

—Denver —respondo, molesto porque solo oye lo que quiere oír—, Phoenix y yo nunca... e insisto en esto, nunca tuvimos una relación. Nos acostábamos y teníamos cierta complicidad. Vale, puede que pasáramos tanto tiempo juntos como las parejas, pero no éramos una pareja. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo —dice secamente—. ¿Y después, qué?

—Después, se fue —digo, encogiéndome de hombros—. Pensé que superaría lo nuestro, pero no fue así. No dejaba de pensar en ella, pero no tenía valor para ver cómo estaba. Tirarme a otras chicas para sacármela de la cabeza no sirvió de nada, solo lo empeoró. Cuando me enteré de que iba a volver, decidí arreglar las cosas y contártelo todo. Creía que sería la única manera de convencerla de que lo decía en serio. Pero el bebé lo cambió todo: se convirtió en la máxima prioridad.

—¿O sea que ese es el percal? —pregunta mirándome—. ¿Está embarazada y tú te tiras a otra para quitártela de la cabeza?

—¿Qué? —exclamo—. ¡Claro que no! No me he acostado con nadie desde que Phoenix volvió. Tío, parece que solo oyes lo que quieres oír.

¿Por qué le estoy contando esto a Denver? ¿Qué le importa a él si he mojado o no?

—Oh —dice Denver, con cara de sorpresa y yo pongo los ojos en blanco—. Jamás lo habría dicho...

—¿Por qué? —contesto indignado, poniéndome de pie—. ¿Tanto te sorprende que siga queriendo estar con Phoe pese a todo?

Denver también se levanta y se acerca a mí.

—A ver, tío —dice con un suspiro—. Necesito asimilarlo, ¿vale? De todos modos, no me gusta este rollito que os traéis.

—¿Cómo?

—Lo que oyes —responde—. Phoenix es mi hermana pequeña y lo que le hiciste es el colmo, Jake. No le echaste huevos y preferiste no hablar conmigo. Encima, le has roto el corazón varias veces, pero mira tú por dónde: el bebé es tuyo y ella todavía te quiere.

—Pero es que yo...

Denver me corta con un gesto de la mano y cierro la boca.

—Te lo voy a preguntar una sola vez —dice acercándose—: ¿Tú también la quieres o solo la cuidas porque te preocupa el bebé? Hasta que no te inscriban como padre en el registro, no tienes ningún derecho sobre ellas dos. Los dos sabemos que Phoe no te inscribirá si se entera de que estás jugando con ella.

Respiro hondo. La verdad es no sé qué decir ante esa acusación. Quiero a Phoe y me he dado cuenta en estas últimas semanas. Aunque nunca le he dado muchas vueltas, y mucho menos se lo he dicho a nadie, jamás me he sentido tan mal como cuando la perdí. Y adoro a nuestra pequeña.

—Phoe y el bebé son las personas más importantes de mi vida —digo—. No sé qué nos deparará el futuro ni cómo irán las cosas entre nosotros. Phoe tampoco lo sabe, pero ahora mismo parece que estamos bien.

No es exactamente la verdad, pero no tengo por qué contárselo todo a Denver. Cuando discutimos hace unas horas, se nos fue de las manos, pero puede que solo necesitara sacarlo todo. Bueno, los dos lo necesitábamos. Llevamos las últimas semanas tragando sin parar. Aun así, añadido:

—Eso es lo más importante para mí, Denver. No necesito decirte cómo me siento.

—Pues deberías...

—No —digo de forma tajante—. Solo respondo ante tu hermana. Ella es la única que importa. Eres mi mejor amigo, y sabía que lo que tenemos Phoe y yo nos distanciaría, que es justo lo que está pasando. Hace un año, habría pasado lo mismo. No podía decírtelo, Denver. Y cuando intenté contarte lo del embarazo, Phoe no me dejó.

—Bueno, vale —dice, dando un paso atrás—. En fin, no le hagas daño.

—No pretendo hacerlo —le prometo—. Pero no puedes meterte en todo esto. Si lo nuestro no funciona o nos peleamos... no es asunto tuyo. Aunque Phoe sea tu hermana, no es de tu incumbencia. Es nuestra hija, y si Phoenix dice «A» y yo digo «B», no puedes asomar la cabeza y tratar de decidir, o peor, restarme credibilidad.

—Haré lo que pueda —promete—. Sé que no he sido de mucha ayuda comportándome como lo hice. Quizá nada de esto habría pasado si no me hubiera comportado como... bueno... como

una madre pato.

La aceptación es el primer paso para solucionar un problema.

—Me alegra oír eso —digo, encontrándome con su mirada—. Aunque podrías haberte ahorrado la paliza...

—Ya, bueno... —dice Denver—. ¿Te quedas aquí esta noche? En plan, con Phoe...

Madre mía... Pues sí que le cuesta...

—Te da pavor que nos acostemos, ¿verdad? —le provoco un poco ahora.

Últimamente no nos acostamos, pero la mirada que me dirige hace que la mentirijilla valga la pena.

—Chapa la boca —gruñe y le doy un codazo riendo.

—Entra en casa. Vamos a dormir un poco.

—Sí, ya, a dormir...

—Escucha, Denver... —suspiro, reteniéndole de nuevo—. Phoe y yo llevamos meses sin acostarnos. La última vez fue antes de irse a Bristol. No quiere acostarse conmigo, ¿vale?

—¡Me parece perfecto!

—¿Crees que eso es bueno? —pregunto indignado—. ¿Te das cuenta de que no nos acostamos porque ella no quiere? No se siente sexy porque está embarazada.

—¿Estás de broma? —pregunta incrédulo.

—No —murmuro, metiendo las manos en los bolsillos de los vaqueros mientras entramos en casa—. No se atreve a dejarme verla... desnuda.

No creo que la mente de Denver pueda soportar más detalles hoy. De hecho, es probable que nunca quiera escuchar ni una palabra más. Es su hermana pequeña y es mejor no jugar con fuego.

—¿Crees que es algo normal? En plan, si les pasa a todas...

Tardo un momento en darme cuenta de adónde quiere llegar. Ahora parece que le da miedo que Sienna no quiera follar cuando se quede embarazada.

—¿Crees que Sienna no dejará que la toques si está embarazada? —pregunto—. Pero ¿acaso está...?

—¡Tío, por Dios! —grita, sacudiendo la cabeza—. ¡Claro que no lo está! Hay gente en este mundo capaz de ponerse el condón y tragarse una pastilla...

—¡Serás cabrón! ¡Que te jodan! —digo, molesto—. Espero que no te deje ni acercarte con un palo cuando el test dé positivo.

—No puedes hablar en serio —protesta Denver—. Eso serían meses...

—Gracias por señalarlo —me burlo—. Creo que es algo mental. A Phoenix le cuesta asimilar que su cuerpo haya cambiado tanto y cree que no me gusta. Pero no pasa nada... Solo quiero que los próximos días, dependiendo de cuándo quiera venir la peque, sean tranquilos. Después ya veremos.

—Estás *a full*¹, ¿eh? —pregunta de repente, sonriéndome.

—¿Con qué?

—Con lo de ser papá —dice Denver—. Te veo contento.

—Eso es porque lo estoy —confieso—. Y me moría de ganas de hablarlo contigo. No fue planeado, como puedes imaginar, pero estamos muy emocionados. Es genial notar las pataditas o verla en las ecografías, pero cuando la tenga por fin en mis brazos, eso ya será... Flipas.

—¿Estarás en la sala de partos?

—¡Hombre, me dirás...! Y Phoe también quiere que esté, por si eso te preocupa.

—No, no —Denver niega con la cabeza—. El que no quiere estar ahí soy yo.

—¿Ah, no? —le pregunto—. Siempre has sonado como si quisieras... ¿hacer de padre de familia?

—Ni de coña —dice, contorsionando la cara—. Me caería redondo. Ojalá alguien se ofrezca a entrar con Sienna cuando llegue el momento...

—Después de todos estos años, aún consigues sorprenderme...

—Es que no creo que quiera ver a ninguna de los dos ahí tiradas y... sufriendo —me explica con un tono bastante verosímil—. Ni a Phoenix ni a Sienna.

—Vamos, que te da miedo —resumo—. Te da miedo el parto. Quién lo iba a decir...

—Cuando pases por ahí, ya me contarás —refunfuña—. Y entonces, me lo pensaré. Buenas noches, Jake.

—Buenas noches —digo, y nos detenemos en las escaleras.

Denver dormirá arriba con Sienna y yo con Phoenix, en el sótano. Miro a mi mejor amigo y añado:

—Que duermas bien...

—Tú también, y dale las buenas noches a Phoe de mi parte.

—Lo haré —respondo.

Él asiente y corre escaleras arriba mientras yo bajo a la habitación de Phoenix. Llamo sin hacer ruido para no despertarla en caso de que ya esté dormida.

—¡Pasa! —dice en voz alta.

Abro la puerta y entro.

—Hola. ¿Puedo dormir aquí?

—¡Claro! —dice y me acerco a la cama.

La lámpara de la mesilla de noche ilumina la habitación. Está tapada con la sábana hasta la mitad de la barriga. Phoenix ha cambiado su bonito pijama por un picardías bastante sexy. La fina tela de la prenda apenas cubre sus preciosos y grandes pechos. ¿Está intentando torturarme o qué? Está buenísima, joder...

Me quito la ropa, dejo el iPhone en la mesilla de noche a mi lado y cruzo los dedos para no empalmarme antes de meterme en la cama con ella.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunto señalando el libro que tiene en el regazo.

—El libro de nombres que me regaló Mad —dice—. Aún no lo hemos decidido...

—Ya lo sé... Cuando estés lista, podemos echarle otro vistazo.

—¿Qué tal con Denver? —me corta—. ¿Habéis arreglado las cosas?

—Sí —le digo, apretándole la mano.

Phoenix exhala aliviada. Le suelto la mano y la rodeo con el brazo, atrayéndola contra mí. Aprieta su cuerpo contra el mío y tengo que contenerme para no comérmela. No creo que sepa lo sexy que está.

—¿Y cómo lo lleva? —pregunta con cautela.

—Mejor de lo que pensaba...

—Qué bien, ¿no? —responde, acurrucándose contra mí—. Si no, habría sido un desastre...

—Bueno, pero le va a costar un rato asimilarlo... —contesto, mientras le doy un beso en la frente—. Dale tiempo. El tema de que nos hayamos acostado sigue siendo un drama...

—¿Por? —pregunta Phoenix, mirándome.

—No le gusta que lo hagamos. Me conoce desde hace muchos años y sabe lo que me gusta

hacer en la cama. Supongo que le da asco que seas tú, su hermanita, quien me dé placer.

Phoenix se sonroja al verme sonreír. Desde luego, no se avergüenza de lo que hicimos, pero quizá le incomode que Denver lo sepa ahora.

—Sobrevivirá —dice de repente.

—Sí, está claro... —le doy la razón y señalo el libro—. Venga, ábrelo.

Phoenix lo abre por su página favorita. Suspiro, la acerco a mí y la escucho leer.

¹ *N. de la T.* En el argot de los jóvenes, «a tope».

Phoenix

Dos semanas más tarde.

—¡No puedo hacerlo! —grito, intentando incorporarme.

—¡Claro que puedes! —dice Jake, cogiéndome de la mano—. ¡Aguanta!

—No... —resoplo.

Cuando se me pasa el dolor de la última contracción, me tranquilizo un poco y me echo hacia atrás.

Joder, me lo imaginaba tan distinto... Es aún más horrible, más doloroso y peor que todo lo que he leído o visto. ¿Cómo se supone que voy a dar a luz a este bebé? Aún no asoma la cabeza y estoy a punto de desmayarme.

Hace tres horas, mi madre y John me trajeron al hospital. Me puse de parto, y poco después, rompí aguas. Muerta de miedo, me aferré a mi madre, que estuvo a mi lado en la sala de partos durante la primera media hora. No había forma humana de localizar a Jake con el móvil, porque estaba en el entrenamiento. Al final, Sienna irrumpió en el campo y se los llevó a él y a Denver. Ahora ella, mi hermano, mamá, John y Madison están esperando en la puerta. No tengo ni idea de si el resto de nuestros amigos habrán llegado. Creo que Tyler y Darren se han quedado entrenando.

Jake ha estado a mi lado desde entonces. Me tiene cogida de la mano, me limpia la frente y no deja de animarme. Me alegro de que esté aquí para apoyarme. Qué tonta fui al pensar que él no podía formar parte de esto. Las últimas semanas habrían sido imposibles sin él. Ha cuidado tan bien de mí... de nosotras. Ha estado ahí siempre que lo he necesitado y nunca ha antepuesto sus necesidades. Y ahora sé que tenía unas cuantas...

—¡Aaaaah! —chillo y le aprieto la mano.

Esta contracción es más fuerte que la anterior.

—Hola, Phoenix —dice Julia, mi comadrona—. ¿Cada cuánto tienes esas contracciones?

Jake se lo dice de una forma rutinaria, como si nunca hubiera hecho otra cosa. ¿Cómo lo hace? Apenas puedo concentrarme en algo que no sea este dolor insoportable en el abdomen, y él está contando los intervalos entre mis contracciones.

—Ya viene la cabecita... —dice Julia—. Tienes el cuello del útero dilatado, unos cinco centímetros. Va a tardar un pelín...

—Vale... —sollozo—. ¿Cuánto tiempo?

—No sabría decirte —responde sonriéndome.

Se inclina y me aprieta la mano.

—Lo estás haciendo muy bien, Phoenix. Es tu primer parto.

—Sí —jadeo—. ¡Y será el último! Joder, no es justo... ¿Por qué él puede disfrutar y yo tengo que...?

—Porque él es el hombre —dice, guiñándome un ojo—. Jake, asegúrate de que beba lo suficiente, y si le entran náuseas, avisa y le traigo una palangana. Lo estás haciendo muy bien, Phoe.

La comadrona desaparece y miro a Jake. Me aparta los mechones de pelo sudorosos detrás de la oreja y me sonríe.

—Puedes hacerlo —me asegura—. No pienso moverme de aquí...

Siete horas después...

Llevo diez horas de parto y lo único que ha ocurrido es que el cuello del útero por fin se ha dilatado lo suficiente para que la cabeza del bebé quepa por mi pelvis. Pero la última hora ha sido como intentar mantenerme a flote en medio del océano. Jake ha salido de la sala de partos hace unos minutos para ir al baño y beber algo. Estuvo resistiéndose hasta que Julia y yo conseguimos echarlo.

—¡Hola!

Oigo una voz repleta de alegría y veo a mis amigas que vienen hacia mí.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —jadeo, cerrando los ojos mientras siento un pinchazo en el estómago.

—¡Relevar a Jake! —dice Joy, alcanzando la mano que Jake sostenía—. Está fuera comiendo y bebiendo algo. Denver le ha obligado.

—Vale —gimo—. Pero no puede perderselo, ¿vale?

—Le pillaremos por banda en cuanto la cosa se ponga seria —me asegura Sienna, poniéndose al otro lado de la camilla con Millie—. Bueno, si quieres desahogarte y hay algo que no quieras decirle a Jake... este es tu momento.

—Os quiero, chicas... —sollozo—. Sois las mejores amigas que podría tener...

No dicen nada y me sonríen. Llega otra contracción y aprieto la mano de Joy.

—Madre mía... —jadea Millie mientras mira entre mis piernas.

Mi amiga palidece y suelta:

—No creo que pueda hacer esto... Lo siento.

—No lo sientas —le respondo—. No pasa nada si quieres irte.

—No —dice para mi sorpresa—. Vamos a superar esto juntas. Dentro de unos años, puede que necesite que hagas lo mismo por mí. Sé que Darren no lo conseguirá. Ni de coña. Es un desastre con los nervios.

—Denver también —Sienna se ríe—. Ya me ha dicho que no va a pasar por eso conmigo. Tienes suerte de que Jake esté aquí...

—Sí —resoplo y llega la siguiente contracción.

—Lo estás haciendo muy bien, reina —me dice Joy—. Intenta concentrarte en la respiración. Eso es... Uno, dos y... respira, Phoe.

—¿Qué crees que estoy haciendo?! —grito—. Hay algo en mi vagina que está intentando salir y que no debería estar ahí. Joder... ¡No dejéis jamás que esos imbéciles de fuera os preñen!

Las tres sueltan una risita que me hace reír. Afortunadamente, mi cuerpo descansa y me desplomo sobre la almohada, sudando.

—Debo de estar de un sexy ahora mismo... —murmuro, y ellas sonríen.

La puerta de la sala de partos se abre de nuevo y Julia se acerca a mí.

—Veo que te has buscado un buen equipo... —dice alegre—. Bueno, está bien que Jake descanse un rato.

Creo que a mí también me vendría bien un descanso, pero nadie me ha preguntado.

—Ajá... —respondo y me encuentro con su mirada—. ¿Cuánto falta?

Julia me mira entre las piernas y asiente.

—La cabeza debería salir pronto —dice—. Llamaré al médico.

Vuelvo a asentir y me giro hacia mis amigas.

—Vamos a decírselo a Jake —dice Millie—. ¡Venga, Sienna!

Sabía que esas dos no durarían mucho. Joy me sonríe y me echa el pelo hacia atrás.

—El traumita les va a durar toda la vida... —dice.

—¿Y a ti no?

—Bueno, Jake me hizo prometer que no te dejaría sola. Fue su única condición para que aceptara cenar con Denver. Y no pienso abandonarte, Phoe. Venga, que en nada estás.

El médico entra en la sala de partos y me hace un gesto amistoso con la cabeza.

—Hola. Soy el Dr. Gregory.

—Hola —decimos Joy y yo al unísono.

—¿Cada cuánto tienes las contracciones? —pregunta, poniéndose los guantes blancos que le entrega una enfermera.

Julia le informa y él asiente.

—¿Estás preparada para la fase final del parto?

—¿Acaso tengo elección? —contesto.

Parece muy joven. Puede que tenga unos treinta y pocos, pero no mucho más. Menos mal que Jake aún no ha llegado. Está claro que no le va a gustar que este hombre tan guapo me meta la mano entre las piernas, aunque sea su trabajo.

—¿Aún tienes sentido del humor, a estas alturas del parto? —comenta—. Me gusta tu actitud. Bueno, las próximas contracciones serán las peores... Las más intensas, digamos.

—¿Cómo que las peores? —susurro y él asiente.

—Bueno, son las contracciones que traerán a tu bebé al mundo.

—Vale —digo, mirando a Joy—. ¿Te enfadas si quiero que Jake esté conmigo?

—No —responde inmediatamente, soltándome—. Voy a buscarlo.

—No, lo haré yo —dice Julia—. Si él no está fuera ya, Phoenix no debería quedarse sola.

Joy asiente y Julia va hacia la puerta. Miro de nuevo al doctor Gregory y sonríe.

—Con la próxima contracción, saldrá la cabecita ya —me dice—. Eso significa que ya casi está. Vas a tener que apretar los dientes durante los próximos minutos...

—Vale —sollozo y miro hacia la puerta, que por fin se abre.

Julia entra en la sala, seguida de Jake, y me alivia verle. Joy me sonríe y me da un beso en la frente.

—Cuando vuelva a verte, estarás con tu hija en brazos.

—Gracias por todo...

—De nada —dice, apretando la parte superior del brazo de Jake mientras pasa.

Le tiendo la mano y él la coge inmediatamente.

—Dr. Gregory —El médico se presenta—. Supongo que eres el padre, ¿no es así?

—Sí —dice Jake, tan reservado como esperaba—. Soy el padre.

—Sigue hablando con tu novia.

Es evidente que no tiene ni idea de que no estamos juntos. Pero eso no me molesta. Me gusta que crea que somos pareja. El médico añade:

—Las próximas contracciones van a ser muy intensas.

Tiene razón. Una y otra vez, mi cuerpo llega al límite de lo que puedo soportar. Me siento aturdida mientras el dolor se intensifica y luego aminora. Estoy exhausta. Apenas logro escuchar las indicaciones del Dr. Gregory, y la voz de Jake también se desvanece.

—Vamos, una vez más —dice el Dr. Gregory—. Ya casi está...

Lo siguiente que oigo es un fuerte lloriqueo. Unas manos deslizan una máscara de oxígeno en mi boca.

—¡Phoenix! —La voz de Jake resuena en la sala de partos, pero como un eco lejano—. ¡Quédate conmigo!

Y entonces todo se vuelve negro.

Parpadeo, lucho contra la luz cegadora y abro los ojos con cuidado. Me duele el cuerpo, sobre todo la tripa.

¡Mi bebé!

¡El parto!

¡Jake!

—¡Jake! —grito, abriendo los ojos de golpe—. ¿Dónde está Jake?

Entonces me doy cuenta de que estoy en una enorme habitación de hospital. Las paredes están pintadas de blanco. Un televisor de pantalla plana cuelga de la pared del fondo, y debajo hay una mesa de madera con dos cómodos sillones de cuero y un frutero encima. Hay un ventanal, algo poco común en un hospital, cubierto con unas cortinas poco tupidas de color azul claro.

¿Qué clase de habitación es esta? Me siento como en un hotel. Sin embargo, el pitido de un monitor a mi lado y las agujas en mi brazo que terminan en una vía me confirman que estoy en un hospital.

—Aquí estamos —dice Jake, y lo miro.

Sostiene algo entre los brazos, envuelto en una manta rosa.

—Estamos bien...

—¿Qué...? ¿Qué me ha pasado? —pregunto con cautela cuando se abre la puerta y entra una enfermera.

—Te desmayaste después de la última contracción y te quedaste dormida.

—¿Qué? ¿En serio? —jadeo—. ¿Y luego... qué?

—Pues seguiste durmiendo unas cuantas horas —explica Jake—. Ya es por la mañana.

Atónita, le miro fijamente y luego a la enfermera, que comprueba mis constantes vitales y la vía.

—¿Cómo te encuentras?

—Un poco confusa —respondo—. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Diez horitas. Son las 8:30 h y tu hija nació anoche.

Estupefacta, miro a Jake. Sonríe y se inclina hacia mí. Por fin veo por primera vez a nuestra hija. Tiene la cara un poco arrugada y la cabeza cubierta de una maraña de pelito castaño oscuro, como la de Jake.

—¿Es ella? —pregunto, un poco nerviosa, sin saber qué hacer.

Jake asiente con una sonrisa.

Siempre pensé que, después de nacer, la pondrían sobre mi pecho, cubierta de sangre y de esa cosa blanca... Entonces me imaginé que mi novio se agacharía, me besaría y me felicitaría y me diría lo bien que lo había hecho. En lugar de eso, va y me desmayo, me quedo diez horas roque y mi hija está recién bañada. ¡Parece salida de un huevo!

Fantástico... Esto solo podría pasarme a mí.

—¿Puedo cogerla? —le pregunto, aunque no estoy segura de si debería.

No quiero volver a desmayarme y dejarla caer.

—¡Claro que sí! —dice, mirando a la joven enfermera, que también asiente.

—Le hemos estado dando el biberón, pero imagino que querrás darle el pecho, ¿no? —pregunta la enfermera, y yo asiento.

Incómoda, dejo que Jake me ponga a nuestra hija en brazos y enseguida se me llenan los ojos de lágrimas. Aunque siempre lo había imaginado de otra manera, la sensación de tenerla en brazos puede conmigo.

—Madre mía... —sollozo, apartando la manta en la que está envuelta—. Es... increíble, ¿verdad?

—Sí —dice Jake, acariciándole la cabecita—. Denver se echó a llorar en cuanto la vio.

—Soy la última en verla, ¿no? —pregunto, mientras me vuelven a brotar lágrimas de los ojos—. Lo siento mucho, yo...

—¡Maldita sea! —murmura Jake, sacudiendo la cabeza—. Debería haberme callado. En fin, después de que te durmieras y me calmaran un poco diciéndome que tu cuerpo necesitaba descansar, me la dieron. No podía hacer nada por ti, así que me encargué de la peque. Y bueno, salí al pasillo con ella. Todos nos estaban esperando.

—Sí, ya... —digo, disimulando mi decepción con una sonrisa—. ¿Y dices que Denver se quedó boquiabierto?

—Sí... —dice Jake—. No quería devolvérmela.

Me hace gracia que un bebé pueda emocionar tanto a mi hermano. Le toco la naricita con el dedo. Sonriendo, miro a nuestra hija y ella lloriquea un poco.

—Creo que quiere volver contigo... —murmuro, a punto de entregársela a Jake cuando la enfermera se ríe.

Había olvidado que seguía allí.

—Tiene hambre... —me dice—. Pásasela un segundo y yo te ayudo.

Jake me quita a la niña y ella sigue llorando en sus brazos. Sinceramente, eso me tranquiliza, porque temía que fuera por mi culpa. La enfermera baja un poco la sábana para que pueda descubrirme los pechos y me ayuda a inclinarme hacia delante. Frunzo los labios porque me duele el abdomen.

—Todavía llevas una sonda urinaria —me dice—. Te la quitaremos cuando termines de darle el pecho. Así podrás lavarte y vestirte en el baño.

—Vale —digo, inclinándome ligeramente hacia delante para que pueda desatarme el lazo de la bata que me rodea el cuello.

La enfermera me ayuda a quitármela y la deja sobre la sábana. Me siento de todo menos cómoda, allí sentada y desnuda delante de Jake. Pero cuando le miro, él solo tiene ojos para nuestra hija y me sonríe brevemente.

Tener al bebé en brazos le hace parecer muy sexy. Le sienta bien.

—Pon a la niña en brazos de tu novia para que pueda llegar al pezón derecho, por favor.

Jake hace lo que ella le dice y me entrega al bebé. Con la ayuda de la enfermera, le coloco el pezón en la boquita. Mi nena lo encuentra inmediatamente en cuanto la ayudamos.

—¡Se ha cogido! —digo casi gritando, mirando a Jake—. Se ha cogido...

Sonríe y se sienta en la silla junto a la cama.

—Cuando haya terminado, llamadme —dice la enfermera—. Luego acompañaré a la mamá

al baño.

Jake asiente y ella se va.

Ahora estamos solos con nuestra hija, que se aferra plácidamente a mi pecho.

—¿Qué clase de habitación de lujo es esta? —pregunto mirando a mi alrededor—. Esta no nos la habían enseñado.

Los ventanales flanqueados por esas cortinas azul claro y la lujosa televisión en la pared de enfrente huelen a ricachón. Luego está el hecho de que estoy sola en la habitación y, en lugar de una cama supletoria, hay un sofá con la bolsa de deporte de Jake encima. También hay una mesa muy bien puesta.

Se ríe y acaricia la cabeza de nuestra hija.

—Millie te la asignó. Anoche te pusieron en una habitación normal, pero a ella no le gustó, así que pagó para que te pusieran en el ala del hospital con habitaciones privadas.

—Será posible... —jadeo, mientras me sube el calor a las mejillas—. Qué vergüenza...

—Deberías darle las gracias. Había tres madres más en la otra habitación. Aquí tenemos intimidad.

—Bueno, eso es verdad —le digo—. Espero no haberte asustado demasiado...

Jake oscurece los ojos y traga saliva.

—No vuelvas a hacerme algo así... —me amonesta—. Creía que te habías ido para siempre, joder... Pensé que iba a tener que criarla yo solo cuando se te pusieron los ojos en blanco.

—Lo siento —murmuro—. No era mi intención. Es que me sentía tan cansada...

—No pasa nada —me tranquiliza de inmediato—. La peque está bien.

—Y dale con lo de «la peque» —suelto—. ¿No tiene nombre?

—Todavía no —responde Jake—. No quería decidirlo sin ti.

Le sonrío y asiento.

—Bueno, pues... —digo, mirando de nuevo a nuestra hija y luego a él—. Bienvenida al mundo, Charlotte Sadie Sullivan.

La cara que pone Jake cuando anuncio el nombre que tanto deseaba no tiene precio. Se le llenan los ojos de lágrimas y se inclina hacia mí. Estuvimos discutiendo acerca del nombre durante horas y al final lo aceptó. Accedió a llamarla Ivy Sadie Jones, pero ahora no puedo hacerlo. De no ser por él, no estaría aquí. Estas últimas semanas, él ha sido mi mundo. Y bueno, no me disgusta Charlotte y estoy dispuesta a que se apellide Sullivan. Los hijos de Denver llevarán nuestro apellido, así que será suficiente.

—¿Hablas en serio? —pregunta, completamente abrumado—. ¿Se va a llamar Charlotte y a apellidarse Sullivan?

—Sí —respondo, pasándole la mano por la mejilla—. De no ser por ti, habría pasado las últimas horas con su tío... Quién sabe cómo habría acabado eso. Eres su padre y me has salvado estas últimas dos semanas, Jake. Nunca lo habría logrado sin ti.

Se me pasa por la cabeza un «te quiero», pero no lo digo.

—Bienvenida, Charlotte Sadie Sullivan —dice, repitiendo mis palabras—. Te queremos.

—Te queremos... —susurro, y él se inclina y me cubre la boca con la suya.

Es la primera vez que nos besamos desde que volví a Chicago. Lo cual es un poco raro, porque llevamos semanas compartiendo cama y cada vez intimamos más. Suspiro y abro los labios. Jake acepta encantado la invitación y me desliza la lengua en la boca. Nos besamos apasionadamente antes de que el pitido del monitor al que estoy conectada nos interrumpa. Jake se separa y levanta las cejas.

—Te estoy excitando mucho, ¿verdad? —me pregunta, sonriente, mientras me acaricia la mejilla—. Tienes el pulso por las nubes.

—Bueno, así probamos cuánto puede aguantar este aparato —respondo con picardía.

Jake se inclina sonriente y vuelve a besarme. Suspirando, me rindo al beso y oigo el pitido incesante de mis constantes vitales.

Phoenix

Un mes más tarde.

Las últimas semanas han pasado volando. No asumí de verdad que era madre hasta que nos dieron el alta en el hospital.

Charlotte requiere de toda mi atención las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, y la quiero con locura. Nunca creí que fuera cierto lo de que no hay amor más grande que el que se siente por un hijo. Desde el minuto uno, aunque con diez horas de retraso, cuando me permitieron tenerla en brazos, lo ha sido todo para mí. Charlotte es mi vida y no pienso renunciar a ella jamás, pero también exige mucho de mí.

Pasa las noches inquieta y tengo que darle el pecho varias veces. Durante el día es más fácil, pero solo porque mi madre me ayuda. La coge de vez en cuando y la mece hasta que se duerme. Eso me da tiempo para ducharme, comer algo o poner los pies en alto durante diez minutos. Pero sigo siendo la principal responsable de mi niña.

Jake me visita todos los días. Sigue viviendo en su apartamento con Tyler, pero cuida de su hija cuando el tiempo se lo permite. Hace todo lo que puede por mí: la baña, le cambia los pañales, la acuna para que se quede dormidita... Pero por la noche estoy sola con ella. Mi madre, Madison y John me han dicho que puedo despertarles cuando quiera, pero no soy capaz de hacerlo. Necesitan dormir.

A veces me da miedo hacerlo todo sola por la noche, pero no quiero pedirle a Jake que se quede conmigo. Necesita dormir para poder concentrarse al máximo en los entrenamientos y partidos. La situación no es ideal, pero nos las apañamos.

Después de que me besara cuando le anuncié que se iba a llamar Charlotte, me sentí completamente abrumada. Se me aceleró el corazón y me sentí como si las mariposas de mi estómago hubieran montado una fiesta. Fue perfecto.

Nuestra hija interrumpió el segundo beso. Charlotte estaba llena y nos lo dijo en voz alta. Jake se separó de mí y desde entonces no ha vuelto a intentar intimar conmigo. Es como si todo lo que deseaba antes del parto se hubiera esfumado: las miradas, las caricias, las insinuaciones... Todo ha desaparecido. Estamos en punto muerto y eso me está matando. Le quiero y lo único que deseo es formar una familia con él, pero parece que Jake no busca lo mismo.

Saco a Charlotte de la cuna y me la pongo en el hombro.

—¿Puedo cogerla? —pregunta Millie.

Asiento con una sonrisa y se la doy.

—Cuidado con la cabecita —le digo a mi amiga—. Y si llora, mécela suavemente. Así volverá a dormirse.

No es verdad que se duerma, pero no se lo digo a Millie. Sostiene a mi hija con cuidado y me sonríe.

—¿Cómo te va con Jake? —me pregunta, metiendo el dedo en la llaga.

Suspiro y me echo hacia atrás.

—A cámara lenta —me quejo—. Pensaba que... bueno, que intimaríamos más cuando me sintiera más cómoda con mi cuerpo después del parto, pero nada de nada. A Jake solo le interesa Charlotte, lo cual es genial, pero de alguna manera... me molesta.

—¿Has hablado con él de todo esto?

—¿Hablas en serio? —pregunto—. ¿Alguna vez le has hecho una llamadita de atención a Darren?

—No compares ambas situaciones —contesta Millie—. Te desmayaste después de tener el bebé. Jake pensó que te había perdido. Quizá tiene miedo de hacerte daño si... bueno, si se acerca a ti.

—¡Eso es mentira!

—¿Mentira? ¡Estuviste semanas sin dejar que te tocara porque no te sentías a gusto! No creo que lo haga a malas; probablemente también esté rayado.

—¡Eso fue algo completamente diferente! —No entiendo adónde quiere llegar—. Entonces parecía un hipopótamo...

—Bueno, puede que Jake piense que todavía no estás bien y que el estrés de Charlotte te está afectando.

—Bueno, eso es verdad... —le digo—. Es un bebé...

—¿Ves? —dice mi amiga, guiñándome un ojo—. Y puede que Jake no quiera presionarte. Me atrevería a decir que hay algo que quizá os ayude a acercaros de nuevo, pero no sé si es posible con Charlotte...

—¿Y qué crees que se puede hacer?

Esta conversación se está volviendo un poco molesta.

—Hacer una fiesta. Celebrar que ha nacido la niña.

—Olvidalo —suspiro—. Charlotte no puede estar sin mí durante horas y no quiero que lo esté.

—Ya, tienes razón... —dice Millie inmediatamente—. Perdona...

—No tienes por qué disculparte —respondo, masajeándome las sienes—. Me gustaría volver a hacer algo normal, pero no se puede. Jake sigue con su vida: va a los entrenamientos, queda con los chicos y está menos presente para Charlotte. No digo que no la cuide: lo hace. Es solo que pasa mucho menos tiempo con ella. No deja que el bebé rija su vida.

Millie asiente en señal de comprensión.

—Sinceramente, no sé qué decirte —dice un poco abatida—. Siento que no haya salido como tú querías...

—Quizá no estemos hechos el uno para el otro...

Con tristeza, me encojo de hombros y miro a Charlotte, que sigue durmiendo en brazos de Millie.

—¿Alguna vez pensaste que había algo entre Darren y yo? —me pregunta bruscamente.

—No —digo y Millie alza las cejas—. Lo vuestro me dejó sin palabras.

—Aunque suene raro viniendo de mí y es algo que nunca habría hecho con Darren, ¿por qué no le preguntas si quiere quedar algún día? Tu madre puede cuidar de Charlotte o puedes llevártela. Será como si fuerais una familia.

—No puedo hacer eso —le digo—. Sería humillante. ¿Y si Jake accede, pero solo porque siente que tiene que hacerlo? Sobre todo si nos llevamos al bebé. Será muy raro...

—¿Acaso no lo es ahora?

—Da igual...

—¡Pregúntale!

—¡Que no!

Millie se ríe. Luego le suena el móvil y lo coge.

—Darren pregunta si queremos salir a cenar con ellos.

—¿Quién más va a ir? —pregunto, cogiéndole a Charlotte para ponerla en la sillita Maxi-Cosi¹.

—Tyler, tu hermano y Jake.

—Vale —le digo sonriéndole.

Millie le dice a Darren que vamos y yo empiezo a recoger los trastos. Con un bebé, una tiene que llevar mil cosas...

Millie y yo entramos en el restaurante con el cochecito y nos acercamos a la mesa donde están sentados los chicos.

—Mira, hay una silla vacía al lado de Jake —susurra Millie y yo pongo los ojos en blanco.

—Eres una plasta... —refunfuño.

Darren levanta la mano al vernos. Jake y Denver también se dan la vuelta. Están sentados uno al lado del otro, frente a Darren y Tyler. Me alegro de que las cosas se hayan calmado entre ellos y que sigan siendo mejores amigos, como antes. Aunque hay ciertos temas que siguen siendo tabú para Denver y sé que le cuesta no meterse cuando Jake y yo hablamos de ciertas cosas delante de él.

—Hola, cariño —dice Darren mientras se levanta.

Besa suavemente a su novia y le acerca una silla. Tyler se aparta un poco para que Millie pueda sentarse junto a Darren y Jake se levanta.

—¡Hola! Siéntate al lado de Denver. Yo me muevo.

—Gracias —respondo, sentándome al lado de mi hermano.

Denver me abraza y mira a Charlotte.

—¿Cómo estás? —pregunta—. ¿Todo bien con Charlotte?

—Estoy bien, y sí —respondo—. Anoche durmió tres horas seguidas.

—¿Eso es mucho? —pregunta Tyler y yo me río.

—Ese es su récord hasta ahora —suspiro—. De normal duerme apenas dos horas; y a veces una, y luego se despierta.

—¿Porque tiene hambre? —pregunta.

—La mayoría de las veces —respondo—. Pero no siempre. Desde que nació, no he dormido del tirón ni una sola vez.

Sonrío, aunque me cuesta. La falta de sueño me está afectando, y nadie puede ayudarme, porque nadie más que yo puede amamantarla y reconfortarla por la noche.

—Y sigues estando increíble —me felicita Darren guiñándome un ojo.

Me sonrojo un poco y le sonrío. Me alegra oír que sigo estando guapa.

—Gracias, Darren —le digo—. Eres muy amable.

—Es la verdad —dice—. Cuesta creer que tuvieras ese barrigón hace tan solo unas semanas...

—Ya has tenido que cagarla... —gimo, y Millie pone los ojos en blanco.

—No le hagas caso —dice Jake, sentándose a mi lado con Charlotte en brazos—. Hace unas semanas estabas preciosa.

Debo haberme puesto roja como un tomate y me muerdo el labio, avergonzada. Millie me sonrío y yo desvío la mirada. Me siento muy incómoda.

—¡Hola!

Una voz armoniosa me hace dar un respingo y levanto la vista. Casi se me había olvidado que Virginia trabajaba aquí, pero solo casi. Nos sonrío y, al verme, levanta las cejas. Sus ojos pasan de mí a Jake y a Charlotte, que está en sus brazos.

—Ese bebé te sienta bien —le felicita—. Aunque espero que no sea tuyo...

Se me humedecen los ojos y, antes de que nadie pueda reaccionar, me levanto de un salto y me pongo delante de ella.

—Haz tu trabajo y cállate un rato —la regaño—. Y sí, es su hija. ¿Tienes algún problema?

—¿Qué me va a importar a quién deje preñada? —contesta ella, riendo con dureza—. Mientras no me haga un bombo a mí... Tienes muy buen aspecto para alguien que estaba a punto de reventar hace unas semanas...

Jadeo y Denver se pone de pie.

—No le hables así a mi hermana —gruñe, pero lo empujo y miro a Virginia.

—¿Estás aquí para tomar nota y ganar dinero o solo para ligar con Jake?

Jake nos mira y levanta las cejas. Una sonrisa de satisfacción aparece en sus labios y sé lo que está pensando. Sí, estoy celosa. Aun así, me resulta difícil imaginarme a esos dos acostándose. El hecho de que yo no haya querido follar en las últimas semanas no lo hace mejor. Ahora que ha nacido nuestra hija, las cosas son diferentes y Virginia parece querer meterse en todo este asunto.

—Buenooo... —dice, sacando su libretita—. ¿Qué queréis de beber?

Vuelvo a sentarme y cojo a Charlotte porque tengo que mantenerme ocupada. Jake me mira de nuevo y se vuelve hacia Virginia. Sin embargo, me pone la mano en el muslo y me da la seguridad que, extrañamente, necesito delante de la muy imbécil.

Los demás van pidiendo y acabo diciendo:

—Yo quiero agua.

Ella lo anota todo y vuelve a desaparecer.

Respiro hondo mientras los demás empiezan a hablar de la temporada de fútbol y Millie opina al respecto.

Centro mi atención en Charlotte y sonrío al ver que está dormida.

—Oye, no es por nada, pero... —Jake susurra y su cálido aliento me roza la concha de la oreja, lo que me provoca un escalofrío—. Ha sido muy sexy verte tratar así a Virginia...

—¿Qué? —le pregunto, sorprendida.

—Ya me has oído —Me guiña un ojo, divertido—. Me resulta muy sexy verte así de celosa...

—No estoy celosa —le aseguro—. ¿Quieres cogerla otra vez?

—No me cambies de tema.

—¿Quieres o no? —insisto, lo que no hace más que confirmar su teoría.

—Me gustaría cogerla en brazos —dice Tyler de repente.

Le dirijo una mirada avergonzada; no me había dado cuenta de que alguien podría estar escuchando.

—Si te parece bien, claro... —añade.

—Claro que sí —me apresuro a decir—. ¿Puedes...?

Jake asiente y coge con cuidado a Charlotte. Da la vuelta a la mesa con ella en brazos y se la entrega a su amigo. Este sonrío y mira a nuestra hija. Me parece preciosa la forma en la que Charlotte ablanda los corazones de estos jugadores de fútbol rudos y que se hacen los machos.

Lo consigue a todas horas.

—Es curioso que solo haga falta un bebé para que os pongáis tan moñas... —comento.

Millie se ríe suavemente y los chicos ponen los ojos en blanco.

—Tiene mi carisma —dice Jake, sentándose a mi lado—. Es imposible no caer rendido ante sus encantos...

Levanto las cejas y me río. Ojalá no fuera en serio, pero es el caso.

—Funcionó contigo, ¿verdad? —me dice—. Y el resultado está en los brazos de Tyler.

Denver resopla y yo le doy un golpecito en el hombro, riéndome. A mi hermano no le molan esos comentarios; probablemente nunca se acostumbre.

—¿Tienes algo que decir? —le pregunto dulcemente, mirándole.

Denver me devuelve la mirada y niega con la cabeza.

—No importa lo que diga. Eso no hará que desaparezcan las imágenes de mi cabeza...

Jake me rodea con el brazo y tira de mí. Una sensación reconfortante me recorre y me da esperanza. Quizá no esté librando una batalla perdida. Tal vez siga interesado en mí.

Denver vuelve a gemir y parece casi aliviado cuando Virginia llega con nuestras bebidas y puede pedirse algo para comer.

—Bueno, bueno... —dice Tyler, entrecerrando los ojos—. El bebé huele que apesta...

Jake y yo levantamos las cejas y finalmente soy yo quien se levanta y releva a Tyler.

—No hagas caso a tu tío el borde... —murmuro mirando a mi hija—. No hueles que apestas.

Menudo pestuzo...

El pañal está llenito, pero no lo admito delante de Tyler. Parece que aún se está recuperando del golpe.

—Perdona —le digo a Virginia—, ¿dónde puedo cambiarla?

—Hay un cambiador en el baño de movilidad reducida.

—Gracias —respondo, llevando a la peque hasta el cochecito y cogiendo la bolsa de los pañales.

—Voy contigo —dice Jake.

—¿Qué queréis comer? —pregunta Denver antes de que nos vayamos.

—Quiero una hamburguesa con *chips* de boniato² —digo, y Jake asiente.

—Lo mismo para mí.

Entramos juntos en el baño, cerramos la puerta tras nosotros y pongo a Charlotte en el cambiador.

Jake abre la bolsa y me da el pañal nuevo y las toallitas. Desvisto a Charlotte y le pongo el pañal nuevo.

—¿De verdad creías que no olería? —pregunta, arrugando la boca al coger el pañal con el pastel.

—No —admito—. Pero no quería darle a Tyler esa satisfacción.

—Por Dios... ¡Vaya plasta³! —dice, y luego me pone una mano en la espalda mientras visto a nuestra hija.

Intento ignorar su tacto, pero no puedo. Vuelvo a pensar en las palabras de Millie. Quizá debería preguntarle a Jake si...

—¿A qué hora tienes entrenamiento mañana?

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda siquiera pensar.

—Por la mañana —dice, tirando el pañal sucio a la basura—. ¿Por qué lo preguntas?

Se me sube el calor a las mejillas, como si hubiera visto a través de mí. Nerviosa, me muerdo el labio.

—Estaba pensando que... bueno... quizá podríamos hacer una excursión mañana por la tarde. Al lago Míchigan, con Charlotte.

Le miro y se me acelera el corazón. Me ha costado lo suyo decirle a Jake de quedar. De repente, pienso que las cosas eran mucho más sencillas antes de que llegara Charlotte. Pero ya no puedo retirar la pregunta.

—Claro que sí —dice—. Buen plan. Paso a por ti sobre las doce. ¿Crees que podrás apañártelas con tu horario de comidas?

Siempre me sorprende lo considerado que es.

—Le daré le pecho justo antes de que llegues, así que tendremos tres horas de paz.

—Genial —confirma—. Entonces la llevaremos mañana al lago Míchigan.

Le sonrío y me vuelvo hacia nuestra hija. Me invade la emoción por la excursión de mañana. ¿Quién sabe? Quizá sea un paso en la buena dirección.

¹ *N. de la T.* Marca de cochecitos, tronas y otros accesorios para bebés.

² *N. de la T.* Guarnición de boniato frito.

³ *N. de la T.* Se refiere al pañal.

Jake

Durante las últimas dos semanas, he vivido en una montaña rusa de emociones. Para empezar, creí que Phoenix moriría en la sala de partos, pero luego resultó que se quedó dormida ni más ni menos que diez horas. Cogí a Charlotte en brazos y me entró el agobio del siglo. Sin Phoenix, las primeras horas con ella fueron una pesadilla. Por un lado, estaba contentísimo, porque nuestra hija había llegado al mundo y, por otro, no podía quitarme de la cabeza el miedo de perder a Phoenix.

Afortunadamente, todo fue bien y ahora ya nos hemos hecho a la idea de que somos padres. O al menos, eso creo.

Sigo pensando en nuestro beso en el hospital. En aquel instante, me sentía tan en sintonía con Phoenix, con nuestra hija y en general, con el mundo, que solo pude sacar lo mejor de mí. No podría haber hecho nada mejor que besar a Phoenix y no me arrepiento. Por desgracia, tuvimos que separarnos demasiado pronto y, desde entonces, vamos muy, pero que muy despacio. No quiero acercarme demasiado a ella y presionarla. Tengo que andar a tientas para ver lo que quiere Phoenix.

La quiero a ella y a Charlotte, pero ahora mismo no tengo ni idea de cómo seguir adelante. Tyler me ha dicho que está dispuesto a mudarse para que podamos vivir los dos en el apartamento. De todos modos, anda que no queda para dar ese paso... Todavía tenemos muchas cosas que resolver. Quizá la excursión de hoy sea un buen comienzo.

Me sorprendió que Phoenix me preguntara ayer si quería ir de excursión por la tarde con ella y Charlotte. Hasta ahora, no había habido indicios de que quisiera que pasara tiempo con ellas.

Aparco el coche en la entrada de casa de los Jones y salgo. Antes de llegar a la puerta principal, Phoenix la abre y sale. Lleva el bolso colgado del hombro y unos vaqueros negros ajustados que moldean sus largas piernas. Ya no tiene el vientre tan plano como antes de quedarse embarazada, pero ¡qué más da! Está preciosa; siempre lo ha estado. Además, la nueva Phoenix puede abrirse más a mí. Empezando por esas piernas tan bonitas, para luego apretarme con ellas.

Joder...

No he tenido sexo desde dos semanas antes de que ella volviera a pisar suelo estadounidense. Una eternidad, vaya.

Encima de esos vaqueros tan sugerentes, lleva un fino top de satén que deja ver sus pechos. No parece un conjunto con el que planea darle el pecho a la niña en las próximas horas. Y tampoco es nada que me impida meterle mano, con las ganas que le tengo. Lo sabe de sobra...

—Hola —la saludo con una sonrisa.

—Hola —responde Phoenix.

Según se acerca, percibo el tono intenso de su maquillaje.

—Estás guapísima —le digo, haciéndole el cumplido que se merece.

Phoenix se sonroja, lo que me hace sonreír. Luego añado:

—Bueno, siempre lo estás...

—Creo que no luzco igual sin maquillar y con la babilla de Charlotte en el hombro.

Me río y doy otro paso hacia ella. Phoenix me devuelve la mirada y, cuando la atraigo hacia

mí, me pone las manos en el pecho. Siento su calor a través de mi fina camiseta.

—También estás preciosa haciendo de mamá —le digo con sinceridad—. Supongo que ahora estás guapa de una forma distinta...

—Distinta, ¿eh?...—Se ríe—. Ya veo por dónde vas. Hacía tiempo que no me veía así vestida, ¿verdad?

Estoy a punto de contestar, pero entonces John sale por la puerta principal con una sillita portabebés Maxi-Cosi y un cochecito.

—Deja que te ayude —le digo, pasando junto a Phoenix para cogerle la sillita.

Charlotte está haciendo lo que mejor se le da: dormir. O al menos eso es lo que hace en mi presencia. Phoenix la ha visto en todas sus facetas. Charlotte tiene la cabecita ligeramente girada hacia un lado y está tumbada bajo su mantita rosa con las iniciales «C.S.». En la cabeza lleva un gorrito para protegerse del sol.

—Gracias —dice John—. ¿Os meto el cochecito en el maletero?

—Sí, por favor —respondo, sonriendo mientras Phoenix y yo llevamos la sillita al coche.

La coloco en el asiento trasero y la sujeto con facilidad.

—Gracias por la ayuda —le dice Phoenix a su padrastro antes de despedirse.

—Sin problemas —responde él—. Que paséis buena tarde.

—Gracias —respondo después de dejar la bolsa de los pañales en la alfombrilla de detrás del asiento del copiloto.

Phoenix se sube justo delante de la peque y yo rodeo el coche para sentarme en el lado del conductor.

Me abrocho el cinturón, arranco el motor y miro a Phoenix. Una vez se lo ha abrochado, salgo de la plaza y conduzco hasta la calzada.

—¿Cuándo le has dado de comer? —pregunto, para asegurarme.

—Hace una media hora —responde—. He terminado poco antes de que llegaras.

—Vale —digo, sin saber muy bien de qué hablar con ella si no es de algo controvertido o de nuestra hija.

No creo que sea buena idea hablar del futuro, ni de Denver, ni siquiera de nuestros amigos, y puedo olvidarme de la universidad, porque ni siquiera sé si ella quiere ir. Ahora se dedica exclusivamente a Charlotte.

—¿Cómo va el entrenamiento? —pregunta de repente y saca así el tema del futuro.

—Bien —respondo, poniendo el intermitente y cogiendo el desvío en dirección al lago Michigan.

—¿Ha ido algún cazatalentos a verte ya?

—No —le digo, sonriéndole—. No vienen hasta febrero, cuando se acerque el momento del *Combine*¹ y el *draft*.

—Ah, vale...

—¿Y tú?

Reúno todo mi valor y saco también el tema del futuro. Alguna vez tendremos que hablar de ello, ¿no? No nos queda más remedio.

—¿Qué planes tienes? —le pregunto.

—Bueno... —Intenta desviar la conversación—. Mi plan de futuro está dormidito en el asiento trasero.

Era obvio que esa iba a ser su respuesta; debería haberlo adivinado. Charlotte es la mejor

excusa para no tener esta conversación.

—¿Y el plan a largo plazo? —Me aventuro un poco más.

—Me has pillado —dice Phoenix, mirando por la ventana—. No tengo ni la menor idea...

—Phoe —Suspiro—, tiene que haber algo que te interese. Quiero decir, no puedes pasarte la vida...

Bueno, ¿qué le digo exactamente? ¿Que no puede ser solo madre, hermana, novia? Vaya comentario. Siempre la apoyaré económicamente; es algo que le debo por criar prácticamente sola a nuestra hija. Una hija a la que probablemente solo vea cada pocas semanas en primavera, cuando Phoenix se quede aquí en Chicago con ella.

No quiero ni pensar cómo será no tener a Charlotte y Phoenix a un tiro de piedra cada día. Pero bueno, en algún momento, Charlotte se hará mayor y, con el tiempo, ya no necesitará los cuidados de su madre. Phoenix también tiene a Denver, es evidente, y la ayudará en el plano económico. Nunca la dejaría tirada, eso lo sé, pero tiene que haber algo que ella quiera hacer con su vida. Estoy seguro de que su hermano, al que ya le cabrea que no vaya a la universidad, se alegrará si encuentra algo a lo que dedicarse.

—¿Estás de parte de Denver y mamá? —pregunta de repente—. ¿Quieres que vuelva a la universidad y...?

—¿Cómo te ves dentro de diez o quince años? —le pregunto—. Yo tendré un trabajo, ¿pero tú qué quieres hacer?

—Para eso queda mucho tiempo. Ahora tengo que cuidar de Charlotte —contesta, esquivando—. Algo que debería parecerte una prioridad...

—Claro que es una prioridad. Aun así, creo que deberías hacer algo más con tu vida que ser madre.

—¿A qué se debe esta maravillosa opinión? —deja caer, y pongo los ojos en blanco.

Típico de Phoenix. Se pone en modo ataque cada vez que se da cuenta de que su argumento se tambalea. Eso pasó en la última pelea que tuvimos, cuando me acusó de dejarla embarazada y arruinarle la vida.

—Seguirías por ahí sin hacer nada si no fuera por Charlotte, Phoe...

Es hora de que alguien le diga lo que no quiere oír: la verdad. Estoy harto de que me culpen por este embarazo no deseado. Sí, le complicó la vida, y sí, en parte tengo la culpa, pero no puede seguir así. Si no fuera por el embarazo, ahora estaría en Australia o quién sabe en qué parte del mundo, ignorando su futuro.

—Deja de echarle la culpa al embarazo o de fingir que estabas bien antes de Charlotte. Eso es una mentira como una catedral.

—¿Puedes dejar de reñirme? —suelta.

—No hasta que te des cuenta de que hay más cosas en la vida que lo que estás haciendo.

—Pues no sé el qué... —admite finalmente—. No estoy hecha para la universidad.

—¿Y para qué estás hecha? —pregunto ahora en un tono más tranquilo—. Tiene que haber algo que te guste.

—¿Acaso importa? —contesta—. No soy Sienna ni Millie, yo...

—No tienes que ser Sienna o Millie, pero sí averiguar lo que quieres hacer con tu vida —contesto, un poco molesto—. Déjalo estar, anda...

—Entonces volveré a la universidad. ¿La economía te parece una buena opción?

—Lo que quieras... —suspiro.

No quería que nos peleáramos. ¡Maldita sea! Estaba deseando pasar la tarde con ella y

Charlotte, y parece que ya la he cagado a lo grande. Por suerte, me doy cuenta de que hemos llegado al lago Míchigan. Cuando salgamos del coche, se nos pasará. El aire fresco nos ayudará a despejarnos, o al menos eso espero.

Dejo el coche en el aparcamiento junto al lago y salimos. Mientras saco el cochecito del maletero, Phoenix se encarga de Charlotte y la sillita. La coge en brazos y la coloca en el cochecito. Cuelgo la bolsa de los pañales del mango y cierro el coche.

—¿Quieres llevarla o lo hago yo? —Señalo el cochecito.

—Toda tuya —dice Phoenix con una sonrisa.

Asiento y empujo el cochecito. Juntos echamos a andar hacia el sendero circular junto al lago. Caminamos en silencio, uno al lado del otro. La discusión en el coche nos pesa a los dos y no parece que sepamos salir de ahí.

—He estado pensando en sacarme la leche —dice Phoenix de repente, y yo la miro.

—¿Por qué?

—Me daría la oportunidad de ser un poco más libre —responde—. Podría estar fuera varias horas seguidas sin que se muriera de hambre.

—Si crees que es lo mejor, hazlo.

—¿No crees que lo sea?—dice, mirándome.

La conversación ha dado un giro tan tenso como la del coche, y estamos a punto de discutir una vez más.

—Phoe —le digo, parándome a mirarla—, te apoyaré en lo que creas conveniente. Si crees que es mejor darle el bibe, pues adelante. Sácate la leche, me parece bien.

—Vale —me dice sonriéndome—. Buscaré un sacaleches.

—Dime cuánto cuesta y te lo pago —le respondo—. Y no me discutas, por favor.

Phoenix sonríe y se acerca. Me roza el brazo con el suyo y la miro rápidamente.

—Gracias —susurra—; lo digo en serio.

Respiro hondo y cierro los ojos un segundo antes de continuar.

—Phoe... ¿Por qué estamos tan mal tú y yo?

Phoenix se detiene y me mira con los ojos muy abiertos. A juzgar por su expresión, no se esperaba que sacara el tema. Pero creo que es conveniente aclarar las cosas y tratar de solucionarlo.

—Me estás evitando, ¿verdad? —me acusa Phoenix.

Pasa por mi lado y empuja el cochecito en mi lugar.

Perplejo, me detengo y la miro. ¿De verdad cree que la estoy evitando? Esta chica me va a volver loco. ¿Cómo voy a estar evitándola? ¡No quiero presionarla, joder!

—¿Eso es lo que piensas? —pregunto con el mismo tonito—. ¿Que te estoy evitando?

—Es obvio, ¿no? —contesta irritada—. Desde que nació, has estado tan... distante. Antes estabas siempre conmigo. Después de que Denver se enterara, hasta te quedabas a dormir, ¿y ahora, qué?

Decepcionada, Phoenix sacude la cabeza antes de añadir:

—Claro... ahora Charlotte está en el mundo y ya no me necesitas.

La miro atónito. ¿Cómo puede una boca tan bonita soltar semejante gilipollez? Es absurdo que crea que ese era el motivo por el que estaba cerca de ella antes de que diera a luz.

—Pero ¿tú te oyes? Espero que no creas eso de verdad...

—Claro que lo creo —dice Phoenix—. De hecho, me parece más que plausible. Así te lo digo.

—¡Plausible! —Me río y la sigo mientras camina—. ¡Vaya gilipollez!

—¿Y por qué te comportas así? —grita, dándose la vuelta—. ¿Por qué no me dejas...? En plan, vale... ya sé que mi cuerpo no está exactamente igual que el año pasado, pero estoy en ello y...

Me quejo con todas mis fuerzas y la atraigo hacia mí, pero antes me aseguro de que el cochecito se mantenga en su sitio. Con las manos de Phoenix entre las mías, la miro fijamente. Tiene los ojos llenos de tristeza y enfado.

—No me importa tu figura —le digo—, pero que conste: estás preciosa.

—¡No lo dices en serio!

—¡Claro que lo digo en serio! —gruño—. También lo estabas embarazada y hace un año. De hecho, me gusta mucho el cuerpo que tienes ahora. Especialmente lo infladas que tienes las tetas.

—¡Pero serás burro! ¡Eso es una machistada!

—Pero querías oírlo, ¿verdad? —respondo con calma—. Estás buenísima, Phoe. Llevo semanas soñando con acostarme contigo. ¿Qué tiene que ver eso con el machismo?

Como era de esperar, se queda callada, lo que me hace sonreír. Sé que ella también está pensando en sexo, y espero que se anime a volver a la carga.

—Juré dejarte a tu bola y darte espacio. Y que eso te haga pensar que ya no te deseo... ¡Joder! ¡Es justo lo contrario de lo que quiero!

Bajo la cabeza y ella traga saliva de una forma bastante visible. Me acerco más a ella, me humedezco el labio inferior y cierro los ojos.

—Te deseo, Phoe —susurro—. Deseo que estemos los tres juntos: tú, yo y nuestra hija.

—Oh, Jake... —susurra ella, inclinándose hacia mí.

Le suelto las manos y le rodeo las caderas con los brazos, para atraerla contra mí. Mientras la estrecho entre mis brazos, siento los latidos del corazón de Phoenix, así como sus pechos perfectos y turgentes apretados contra mí.

—Yo también lo deseo —añade Phoenix.

Al escuchar sus palabras, siento que me va a estallar el corazón. Me acerco lo máximo que puedo a ella y la beso. La mecha de unos fuegos artificiales se prende en mi estómago cuando mi boca se hace con la suya. Phoenix me devuelve el beso con la ferocidad que esperaba. Me aprieto contra su cuerpo, bajo las manos hacia sus preciosas nalgas, que me vuelven loco, y se las agarro. Phoenix gime y yo aprovecho para meterle la lengua en la boca.

Los besos del hospital han quedado en el olvido. Este sí que es un beso de verdad: uno que recordar.

Cuando nos separamos, me sonrío y me pasa los dedos por la mejilla.

—¿Crees que aún podemos darnos una oportunidad? —le pregunto, apoyando la frente en la suya.

—Sí —responde ella, rodeándome el cuello con los brazos—. Claro que podemos.

A punto de explotar de alegría, miro a Phoenix y vuelvo a besarla.

¹ N. de la T. El *National Scouting Combine*, esto es, la exhibición nacional para la búsqueda de talentos, es un evento de cuatro días que permite a los cazatalentos de la NFL evaluar a los mejores jugadores universitarios elegibles para el *draft* del año. Los jugadores solo pueden acudir con invitación.

Phoenix

Dos semanas más tarde.

—¿Qué haces?

Jake está de pie detrás de mí con Charlotte en brazos, mirándome con escepticismo. Me giro hacia él y bajo la cinta métrica que tengo en la mano.

—Pues ya ves lo que hago —respondo, molesta—. Me estoy midiendo la cintura.

—Deberías estar midiéndote el cerebro —refunfuña, arrebatándome la cinta métrica de la mano—. Vale ya, Phoe. Te presionas demasiado.

Claro que me presiono, pero también lo hago por él. Quiero recuperar mi antiguo cuerpo lo antes posible, y eso no va a ocurrir sin una disciplina férrea y una cinta métrica. Puedo vivir con los pechos más grandes, de hecho me gustan bastante, pero no me siento cómoda con la barriga. No he adelgazado tan rápido como me gustaría. Charlotte ya tiene seis semanas. ¿Cuánto más tengo que esperar? También me veo raro el culo y las caderas. No sé si Jake me verá atractiva de verdad.

Jake deja a Charlotte en la cuna y se acerca por detrás. Me rodea la tripa con los brazos y me tenso. Me siento incómoda y me retuerzo al sentir su tacto.

—Para, nena... —susurra besándome el cuello—. Te he dicho mil veces que estás muy sexy...

—Mmm... ya —digo, un poco rígida—. Pero quiero perder peso...

—¿Por qué?

Me giro y le miro.

—Para ti es fácil decirlo —refunfuño—. Aún tienes la tableta de chocolate, el culo bien puesto, estos brazos...

Se los acaricio, sonrío y añado:

—Eres puro músculo.

—Sí, pero también porque lo necesito para trabajar —responde, besándome apasionadamente.

Suspirando, me acurruco contra Jake.

Me sube las manos hacia los costados y las desliza bajo el dobladillo de mi camiseta. Nuestras lenguas juegan entre sí, en una lucha por dominar al otro. Presionamos nuestros cuerpos y gimo suavemente cuando él aprieta su pelvis contra la mía.

—¡Oye, dejad lo que estáis haciendo! —Nos separamos, molestos, y nos damos la vuelta—. Vale ya, ¿no?

Denver entra en mi habitación sonriendo y se dirige a Charlotte.

—¿No sabes llamar?

Jake lo regaña en lugar de saludarlo, pero luego se acerca a su mejor amigo. Sonrientes, hacen como que se chocan de coña.

—¿No puedes quitarle las manos de encima a mi hermana? —contesta Denver con dulzura.

Pongo los ojos en blanco. Jamás superará el hecho de que estemos haciendo lo mismo que él y Sienna.

—No.

—Toma respuesta —responde Denver divertido—. ¿Qué hay, Phoe?

—Hola —digo ladeando la cabeza—. ¿Qué haces aquí?

—Quería ver a mi preciosa sobrinita —responde—. Y llevármela un rato.

Me tensó y miro a Jake. Me mira con complicidad y me atrae hacia él. Sonríe y me planta un beso en los labios.

—Denver y Sienna se ofrecieron a cuidar a Charlotte hoy —dice Jake, y abro aún más los ojos.

—¿A cuidarla? —pregunto—. Pero ¿cómo que...? ¿En plan canguros?

Sienna entra en mi habitación detrás de Denver.

—Nos la llevaremos, pasaremos el día con ella y tendréis tiempo para vosotros —explica Sienna mientras saca a Charlotte de la cuna—. Así de sencillo.

No estoy segura de poder dejar a mi bebé con dos extraños. O sea, no extraños en el sentido de que no conozca a Sienna y a Denver, sino de que nunca han cuidado de la niña. No tardo mucho en reproducir mil escenarios absurdos y catastrofistas en mi cabeza.

—Bueno, ya lo has oído —Jake interrumpe mis pensamientos—. Van a cuidar de Charlotte y nosotros a disfrutar de tiempo a solas.

Tiempo a solas...

Qué bien suena eso. Una maravilla. No hemos tenido tiempo para nosotros desde hace... Ni se sabe. A la mamá helicóptero que hay en mí todavía le cuesta renunciar a su hija, pero cedo al pensar en que al fin puedo tener unas horas de tranquilidad con Jake.

—Bueno, vale... —digo sonriente—. Gracias, chicos.

Paso la siguiente media hora ayudando a Sienna a preparar la bolsa de Charlotte y le explico todo lo relativo al biberón y los pañales. A Sienna no parece encantarle mi discursito, pero me da igual. Es la primera vez que dejo a Charlotte con otra persona durante varias horas, y no me siento nada cómoda con ello, aunque haya empezado a sacarme la leche justo para este tipo de ocasiones. A veces soy un poco difícil, lo admito. Pero es mi hija, mi vida, y me resulta difícil confiársela a alguien que no sea Jake durante tanto tiempo.

—¡Vale ya, Phoenix!

Sienna me arrebató la bolsa de la mano mientras salimos de casa hacia el coche nuevo de Denver. Ha cambiado la camioneta por un SUV¹.

—Ya nos las arreglaremos —añade mi amiga.

—Más os vale —murmuro mientras Jake se me acerca con la sillita y me despido de mi niña, toda dormidita.

—Adiós, mi vida —le digo—. Disfruta del día.

La miro por última vez y dejo que Jake la suba al coche. Me quedo con los brazos cruzados, mirando a mi hija mientras sujetan la sillita al asiento. Jake también se despide de ella y cierra la puerta del coche antes de decirle adiós con la mano a Denver y Sienna.

Vuelve hacia mí, me rodea con los brazos y me planta un beso en la frente, que inevitablemente me hace sonreír. Me gustan estas caricias inocentes y cariñosas que me reserva.

—¡Deja de preocuparte tanto!

—No me preocupo —miento—. De verdad que no. Pero es nuestra niña, ¿no?

Jake se aparta de mí y me coge la cara entre las manos. Me pasa los pulgares por las mejillas con ternura y se me pone la piel de gallina.

—¿Qué te apetece hacer? —me pregunta—. Pide lo que sea por esa boquita.

—¿De verdad? —le pregunto y él asiente.

—Sí, de verdad —responde—. Haremos lo que tú quieras.

—No quiero hacer nada.

—¿Qué? —Sorprendido, Jake me mira—. Creía que iríamos a la ciudad o a cenar a un sitio elegante, ¿y ahora me dices que no quieres hacer nada?

—Nada de nada —confirmo y le rodeo con los brazos—. A lo mejor me quedo frita en los próximos diez minutos, porque hace semanas que no pego ojo en toda la noche. Sé que pensabas que sería diferente, pero...

—No —me corta, besándome suavemente—. No me importa si vamos a la ciudad o nos quedamos aquí. Solo quería que pasáramos un rato juntos.

Sonríó y le rodeo el cuello con los brazos.

Mi madre y John se han ido con unos amigos el fin de semana y Madison está con Fynn. Me da que Jake se las habrá apañado para organizar todo esto. Contenta, me dejo caer en sus brazos y le entierro la cara en la nuca.

Jake me pasa la pizza y se sienta a mi lado en el sofá.

—Que aproveche —me dice.

Abro la caja y respiro el maravilloso olor a atún y queso gratinado.

—Menudo manjar... —gimo—. ¡Un manjar de los dioses!

—Y hablando de dioses...

—¿Qué dices?

—Tú eres una.

Me echo a reír y echo la cabeza hacia atrás.

—Tus frases para ligar eran mejores antes, ¿no? —Me vuelvo hacia él y sonrío—. Oye, Jake... ¿creías que llegaríamos a este punto?

Jake le da un mordisco al trozo de pizza y sigue masticando con tranquilidad. Después de tragar, vuelve a mirarme.

—Siempre esperé que lo hiciéramos llegado el momento, pero nunca le puse una fecha límite. Siempre has sido la hermana pequeña de Denver.

—Aún lo soy —le recuerdo, mordiendo el trozo de pizza—. Y no fue tan doloroso decírselo.

—¿Estás de coña? —gruñe Jake, lanzándome una mirada enfadada a la paz que juguetona—. Me dio varios puñetazos en la cara.

—Conociéndolo, fue hasta piadoso...

Me río entre dientes y me acurruco contra él. Jake me rodea con el brazo y tira de mí. Siento su calor y me siento tan bien... Estar aquí con él es lo mejor que me podía haber pasado en los últimos meses. Me hace feliz.

—¿Eres feliz? —le pregunto mirándole.

—Sí —responde en voz baja y se acerca más a mí—. ¿Y tú?

—Sí, mucho —susurro—. Jake, yo... te quiero.

Abre los ojos de par en paz y se le cae la caja de pizza cae sobre la mesita. Me quita la mía de las manos y la deja a su lado. Pego un gritito cuando me pone a horcajadas sobre su regazo. El corazón amenaza con estallarme en el pecho, sentada sobre él. Cientos de sensaciones indescriptibles me recorren el cuerpo.

Jake me echa el pelo hacia atrás y me acerca la cabeza a la suya.

—Yo también te quiero. Os quiero a las dos.

Suspiro, pongo los labios sobre los suyos y lo beso suavemente. Jake me devuelve el beso. Desliza perezosamente sus labios sobre los míos hasta que su lengua pide entrar y yo accedo con ganas. Jake aprieta más mi cuerpo contra el suyo, deja que le restriegue la pelvis en el bulto de su pantalón y yo gimo entre beso y beso.

Sé lo que quiere y adónde nos llevará. Y joder, yo también lo deseo. Aun así, no estoy muy segura de estar preparada para acostarme con él.

Jake me mete las manos bajo la camiseta y me acaricia los costados. Me estremezco de forma inevitable cuando me aprieta ligeramente y me acerca aún más a él.

—Te deseo —susurra, y baja los labios de mi boca al cuello.

Mordisquea la fina piel de mi escote y me hace gemir mientras se restriega contra mí.

—Pero si no estás lista... —añade.

—Llévame al dormitorio —digo, decidida.

Traga saliva y asiente. Inmediatamente, se levanta para que pueda rodearle las caderas con las piernas. Nuestros labios vuelven a encontrarse y Jake me masajea el culo con las manos.

A cada paso, consigo relajarme más y entregarme a él; perderme en nuestro deseo. Anhele desesperadamente su cuerpo, estar así con él...

Jake empuja la puerta de la habitación y me deja delante de la cama.

—¿Estás segura? —pregunta.

Juguetea con el dobladillo de mi camiseta. Me muerdo el labio y asiento. Jake sonríe y me quita la parte de arriba. La deja a un lado y me mira los pechos.

Alterna la vista entre mi cuello, mis pechos y caderas. No es la primera vez que me ve en sujetador en los últimos días, pero nunca me había mirado como me mira ahora. Jake se inclina y me besa el cuello. Jadeo al sentir cómo me muerde suavemente. Se arrodilla delante de mí y me besa el vientre, el que tanta inseguridad me genera, y que no puedo creer que lo esté excitando.

—Relájate —me susurra, cogiéndome la cinturilla de los *leggings*—. Deja de pensar y disfruta, Phoe.

—Eso intento... —le aseguro.

—Puedes hacerlo, nena.

Su voz es dulce y sensual, y le paso la mano por el pelo. Me mira con tanto amor, pero también con tanto deseo, que me estremezco. Quiero atraerlo hacia mí y besarlo, pero sé que Jake tiene otros planes.

Me bajo los *leggings* y me planta unos cuantos besos dispersos en el vientre.

—¿Puedo?

Engancha los dedos en el dobladillo de las bragas y yo asiento y me dejo hacer. Jake me quita las bragas y las lanza junto al resto de mi ropa. Ahora estoy de pie delante de él y llevo solo el sujetador. Me siento tan insegura como la primera vez que hicimos el amor hace dos años.

Pero ¡es absurdo! Nos hemos acostado tantas veces, conocemos tan bien nuestros cuerpos y lo que nos gusta... ¡Es imposible que haya cambiado en este último año! No hay absolutamente ninguna razón para que me sienta avergonzada e insegura delante de Jake, pero mi cabeza sigue pensando lo contrario.

—Joder... —jadeo cuando desliza su dedo corazón dentro de mí.

—Deja de darle tantas vueltas, Phoe —me riñe mientras me besa el pubis—. Concéntrate en el aquí y ahora.

Para enfatizar sus palabras, desliza suavemente el dedo hacia delante y hacia atrás. Es una

sensación agradable y noto que me mojo cada vez más. Jake baja hasta mi sexo y juega con la lengua alrededor del clítoris. Gimo y le hundo la mano en el pelo.

—Quítate el sujetador —me ordena—. Por favor...

Asiento y me llevo las manos a la espalda para desabrochar el cierre. Es un sujetador de lactancia beis, nada especial. Pero me es útil, que es lo que cuenta. Lo dejo caer al suelo y Jake me mira. Hay algo en sus ojos que me hace gemir de nuevo. Sé cuándo está caliente y me desea, y joder, esa es la miradita que me está echando ahora mismo.

—Eres preciosa, Phoe —susurra.

Su aliento caliente me acaricia el sexo y me estremezco.

—Me encanta tu cuerpo tal y como es, ¿vale? —añade.

—Vale... —gimo, inclinándome hacia delante mientras desliza un segundo dedo dentro de mí—. Sí, Jake...

Me penetra con los dedos y mueve la lengua en círculos alrededor del clítoris hasta que no aguanto más. El clímax llega y me invade una tormenta de sensaciones. Respiro hondo varias veces, relajo las paredes y libero los dedos de Jake de un agarre prieto y anhelante.

Se endereza y me mira, sonriente.

—Vaya... —murmuro, acercando mi boca a la suya para probar mi sabor—. Lo echaba de menos.

—Por un momento temí que hubieras renunciado al sexo.

Sacudo la cabeza y le beso. Me sube a la cama y me devuelve el beso. Dejo que mis labios se pierdan en él. Le recorro el cuello y bajo hasta sus pectorales. Unos pelos castaños oscuros los perfilan y me hacen cosquillas bajo los labios. Sigo recorriéndolo con las manos: le palpo los hombros musculosos y los duros pechos hasta llegar al relieve de sus abdominales. Sonriendo, me doy cuenta de que sigue teniendo cosquillas y le pellizco en el costado.

—¿Cómo te atreves a pellizcarme ahí? —me regaña a viva voz.

Jake me agarra las manos y me las junta por encima de la cabeza. Me agarra con firmeza, pero no me duele. Me gusta que me toque como lo hacía antes de que me quedara embarazada.

—No creo que pueda cansarme jamás de tus tetas, Phoe —confiesa llevándose un pezón a la boca.

Gimo y traicionada por mi cuerpo, me levanto para zafarme de su boca. Sigue siendo incómodo. Tengo los pezones demasiado sensibles, aunque a él le parezca que estoy disfrutando.

—Jake —lo detengo—, espera, que me molesta.

Me mira y temo haber metido la pata. Las cosas han ido tan bien los últimos minutos... y ahora le suelto que no quiero que me lama los pechos. Avergonzada, aparto la mirada.

—Perdona, Phoe —susurra, plantándome un beso en la mejilla—. No quería hacerte daño.

—Lo sé —respondo y luego le beso.

Me devuelve un beso rápido y vuelve a centrar la atención en mi cuerpo. Esta vez, se salta los pezones. Me besa el vientre: traza una línea con la lengua desde los pechos hasta el ombligo y me lo lame por dentro. Me arqueo para ponerme a su altura y gimo de placer mientras me masajea con los dedos ahí abajo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me dice para asegurarse de que estoy lista para él.

Asiento. Jake se quita los calzoncillos y le miro la polla erecta. Dura y pesada, le sobresale del cuerpo. La inseguridad vuelve y me aparto de él.

—Phoe... —Jake se inclina sobre mí, con cuidado de no rozarme con el pene—. Si no quieres, no tenemos que...

—No creo que pueda hacer esto todavía —sollozo, mientras las lágrimas de la vergüenza se me acumulan en los ojos.

Estaba tan segura, pero después de que mis pezones se volvieran tan sensibles, ahora me da miedo tenerle dentro.

—Lo siento, Jake...

Sacude la cabeza y se tumba a mi lado. Jake me acerca a él y me rodea el cuerpo con los brazos. Llorando, me apoyo en su firme pecho.

—No tienes por qué pedirme perdón —dice—. No hay prisa.

—Pero tú quieres y yo...

De repente, nos da la vuelta y se pone encima de mí. Con el corazón palpitante, le miro y me muerdo el labio al ver la dureza de su mirada. Está cabreado. ¿Y cómo voy a culparle? Al fin y al cabo, lo he vuelto a rechazar. Seguro que no se había imaginado así nuestro día a solas.

—Claro que quiero acostarme contigo, pero no a cualquier precio. Si te sientes incómoda y no estás preparada, lo entiendo —dice, besándome cariñosamente la punta de la nariz—. Te quiero, nena.

—Yo también te quiero —le respondo, liberando la mano de su agarre.

La deslizo entre nuestros cuerpos y le agarro la polla.

—Pero eso no significa que no podamos hacer nada. Ponte boca arriba.

—Eres increíble...

Una sonrisa se le dibuja en los labios y hace lo que le pido. Hago acopio de valor, busco su sexo erecto y deslizo la mano arriba y abajo.

Arriba y abajo...

¹ *N. de la T.* Por sus siglas en inglés, «vehículo utilitario deportivo».

Phoenix

Dos meses más tarde.

Charlotte tiene ahora tres meses y medio y está creciendo a un ritmo estupendo. Según el pediatra, todo va bien. Cuanto más crece, más me relajo.

Hace un mes tuve una infección en el pezón que fue de todo menos indolora. Desde entonces, he dejado de darle el pecho y Charlotte solo come a base del biberón. Como habíamos empezado con el bibe de forma intermitente poco después de que naciera, no supuso un gran cambio para ella.

En Lincoln, el otoño parece más bien invierno. El tiempo es cada vez más frío y Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina. Es la primera vez que Jake y yo lo celebramos como una pareja y como padres.

A pesar de las clases y los entrenamientos, intenta ejercer de padre todo lo que puede, pero también entiendo que, a menudo, no pueda. Charlotte y yo hemos probado una pequeña dosis de lo que nos espera a partir del próximo verano. Cuando Jake esté en la NFL, le veremos aún menos que ahora.

Nos fuimos a vivir juntos hace tres semanas. Charlotte y yo nos mudamos a su apartamento, cuando Tyler encontró otro piso. Le estoy muy agradecida por darnos la oportunidad de quedarnos en el apartamento durante los próximos meses. Montamos la habitación de Charlotte en lo que era el cuarto de Tyler. Hemos pintado las paredes de blanco y las hemos rematado con un borde de elefantitos rosas. Su nueva cuna también tiene un elefante pintado.

La habitación de Jake ha pasado a ser nuestro dormitorio, así que tuve que redecorarla por completo: cama nueva, cortinas nuevas, detallitos nuevos... Quitando eso, las habitaciones son las mismas que cuando llegaron los chicos. No es la casa de mis sueños, pero está bien.

El único obstáculo en la relación es nuestra vida sexual, porque no es que tengamos una, como tal. Bueno, no es verdad: hacemos de todo menos acostarnos. Nos besamos sin parar, nos tocamos y saciamos nuestras fantasías con la boca y las manos, pero todavía no hemos vuelto a follar en sentido estricto. Jake finge ser comprensivo y considerado con mi cuerpo, pero ese ya no es el problema. El problema está en mi cabeza, porque me aterroriza que me duela tanto como dar a luz. Sé que es imposible que pase, pero me frena.

—Toma, cielín —le digo a Charlotte, tumbándola sobre su mantita.

Luego le pongo uno de sus libros de tela encima y añado:

—Juega un poco con él.

Mi niña suelta un gritito; últimamente lo hace mucho. Sonrío, me doy la vuelta y voy a la cocina a poner la mesa. Hoy vienen Sienna, Millie y Joy. Mis amigas se han autoinvitado porque creen que no salimos lo suficiente.

Tampoco es verdad. Simplemente tenemos estilos de vida diferentes, y yo no encajo con el suyo. Ellas van a la universidad y yo cuido de Charlotte. Es difícil sincronizarse.

Esta noche hay una fiesta a la que llevan días intentando que vaya, y me da que su visita tiene algo que ver con eso.

Jake quiere ir, lo cual no me encanta, pero no puedo detenerlo. Debería pasar tiempo con Charlotte y conmigo en vez de salir a beber con sus colegas.

Por otro lado, sé que si se lo pidiera, mi madre y John cuidarían de Charlotte, y los padres de

Jake se han ofrecido a hacerse cargo de ella varias veces. No dejo de darles la lata con lo de que quiero recuperar mi antigua vida, pero cuando tengo la oportunidad, aunque solo sea por una noche, me echo atrás. A Jake le molesta mi actitud y a diferencia de las ganas que tiene de follar, eso sí se atreve a decírmelo.

Frustrada, dejo las tazas en la mesa y enciendo la cafetera. Necesito un café al día para seguir viva, pero no puedo tomar más, porque me estoy sacando la leche y la cafeína entraría en el organismo de Charlotte. Y la verdad es que no me hace falta que esté aún más activa.

El timbre me saca de mis pensamientos y abro la puerta del apartamento.

—¡Holii! —me saluda Sienna con un abrazo.

—Hola —le contesto y la dejo pasar.

Luego saludo a Millie y Joy antes de cerrar la puerta tras ellas.

Como era de esperar, se abalanzan sobre mi hija como tres hienas feroces. Quizá deberían tener sus propios bebés. Así Charlotte tendría con quién jugar, pero no creo que a mis amigas les guste la idea.

Por otro lado, es una pena que Charlotte vaya a estar solita en las quedadas de los próximos cuatro o cinco años. Ya hemos decidido organizar un reencuentro al menos una vez al año, vayan adonde vayan los chicos. Esperemos que Joy y Tyler hayan arreglado las cosas para entonces. Desde que se descubrió el pastel, no es que hablen mucho entre ellos.

—Oye, ¿y lo de tener a vuestros propios hijos... qué? —Sugiero, mirando alrededor de la estancia—. Anda, traedla a la cocina si queréis.

Millie coge inmediatamente a Charlotte y la lleva detrás de mí, sonriendo. Apuesto a que será la próxima en quedarse embarazada. A diferencia de nosotras tres, ella no tendrá que mover un dedo para mantener a un niño.

Bueno, Sienna y yo tampoco, si es que Denver y Jake tienen contratos profesionales bien pagados. Pero Millie tiene su propio dinero, mientras que nosotras dependemos un poco de los chicos.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y le paso a Millie el babero de Charlotte para que no le pringue el jersey de Gucci. ¿Cómo puede alguien tener tanto dinero como para gastarse trescientos dólares o más en un jersey? Por no hablar del Birkin¹, que se ha vuelto a poner hoy.

—Gracias —dice con una sonrisa.

Sienna sirve los cafés y es la última en sentarse con nosotras.

—Bueno, al lío. ¿Te vienes esta noche, Phoe? —pregunta Joy, dando un sorbo a su taza.

—Me parece que no —digo, retorciendo la boca—. Pasadlo bien.

—Jo, tía... ¿Por qué no? —Sienna intenta convencerme—. Va a estar guay, ya lo verás.

—No —me niego, y mis amigas ponen cara de decepción—. ¿Por qué estáis a muerte con lo de que vaya?

—Porque somos tus amigas —responde Joy—. Y que seas mamá no significa que tengas que encerrarte aquí. Charlotte es un superbebé... Se porta genial, ¿o no?

—No estoy aquí encerrada —digo mirándola—. Pero no puedo dejarla aquí sola por una fiesta.

—Claro que puedes —dice Joy—. Y Jake también lo piensa.

—Joy... —susurra Sienna y pone los ojos en blanco.

Ajá, así que de ahí viene todo esto. Jake las ha enviado a las tres para convencerme de que vaya a la fiesta. ¿Y por qué no me lo dice él mismo? Y además, ¿de qué va? ¿Ahora se lo cuenta

todo a estos? ¿Como que no follamos, quizá? ¿Deberían convencerme también de que le deje mojar el churro?

—¿Os ha dicho eso? —pregunto con amargura, cruzando los brazos—. Cuando quedáis sin mí, ¿no?

—¿Qué dices de quedar sin ti? —Joy sacude la cabeza como si la hubiera acusado de otra cosa—. Todos vamos a la uni y nos vemos para comer. Nadie te está dejando de lado.

—¡Genial! —exclamo, levantando los brazos—. ¡O sea que ahora raja de nuestros problemas en la cafetería de la uni!

—¡Qué va! —interviene Sienna—. Jake nos pidió que habláramos contigo, pero no raja de ti. De hecho, nunca ha dicho nada malo de ti y mucho menos de vuestra relación. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. ¿Qué te pasa, Phoe?

—Nada —respondo, apoyándome en el aparador.

Suspiro, me atuso el pelo y miro a la pared para no tener que mirarlas a los ojos.

—¿Cuánto es el máximo que habéis estado sin follar? —suelto.

Mis amigas parecen sorprendidas por la pregunta y se quedan calladas. Las tres, sin excepción. Tardan un momento en hablar y entonces escucho:

—Pues de normal una semana, cuando me baja la regla —responde Millie—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Y vosotras? —ignoro su pregunta.

—Pues lo mismo —dicen Sienna y Joy al unísono.

—¿Por qué lo preguntas?

Millie insiste. Las tres me miran y suspiro.

—Desde que volví, no nos hemos acostado... —murmuro, mientras me sube el calor a las mejillas, porque me parece de todo menos normal.

Me siento incómoda hasta con mis amigas. Aun así, continúo:

—Durante el embarazo me costaba asimilar lo de la barriga, y después de eso... Bueno, al principio mi cuerpo seguía generándome rechazo. Ahora casi he recuperado mi antigua figura, pero seguimos sin acostarnos.

—Pero ¿nada de nada? —pregunta Joy—. En plan, ¿ni siquiera un toqueteo tontorrón?

—Bueno, eso sí —murmuro, levantando a Charlotte, cada vez más inquieta en brazos de Millie.

Con mi hija en brazos, voy de un lado a otro de la cocina. Sé que quieren que siga hablando, pero me siento muy incómoda. Me cuesta admitir que saca de quicio no poder acostarme con Jake, aunque sea entre amigas.

—El parto ha sido lo más doloroso que he experimentado nunca. Ese desgarró... Va en serio, hace que perder la virginidad parezca un pinchacito de nada en comparación.

Las tres tuercen la boca, y suspiro.

—No quiero asustaros... —Reculo y veo que levantan las cejas—. Vale, lo he pintado como algo horrible, pero es que no me imagino dejando entrar algo... bueno... más ancho que un dedo.

—¿Tanto te duele? —pregunta Sienna, frunciendo los labios.

—No —digo yo, sin dejar de mecer a Charlotte de un lado a otro—. Esa es la cuestión... No me duele. Está todo aquí.

Me señalo la cabeza y ellas asienten en señal de comprensión.

—Te refieres entonces a que todo va guay, pero que cuando mojas un poquito y Jake va a ello... ¿te sientes bloqueada?

Es obvio que Millie está buscando las palabras adecuadas para describir la situación, pero agradezco que sea ella y no Joy quien lo diga. Mi mejor amiga iría directa al grano. La quiero, pero a veces le falta el tacto necesario cuando se trata de asuntos tan delicados. Tyler debió dejarla hecha polvo en su momento.

—Sí, exacto —Confirmo la suposición de Millie—. Me entra el pánico y... no puedo seguir.

Cada vez tengo más ansiedad y se me llenan los ojos de lágrimas. Me siento bien por haberlo dicho, pero también ha sido como admitir en voz alta la dimensión del problema.

—Intento convencerme de que tengo que superarlo, pero luego nos comemos la boca, nos tocamos y, cuando llega el momento, lo alejo. Lo hemos intentado muchas veces. Pero desde hace una semana, ya ni lo intenta.

—¿Cómo que ya ni lo intenta? —pregunta Joy y se levanta.

Sienna hace lo mismo y coge a Charlotte mientras Joy se acerca a mí. Y así, sin más, mi mejor amiga vuelve a estar ahí para consolarme en el momento justo. No sé qué poder tiene.

—¿Quieres decir que ya no intenta... bueno... que lo superes? —pregunta mi amiga.

—Ya no quiere hacerlo —aclaro—. Es Jake quien se está alejando ahora.

—¿Has pensado que tal vez solo tiene miedo de hacer algo mal? —pregunta Millie.

—No lo sé —Respiro hondo—. No... no podemos ir a terapia, ¿verdad? ¿Cómo sería eso? Somos demasiado jóvenes, ¿no?

—Pues yo creo que sería un comienzo —dice Sienna y yo niego con la cabeza.

—¿Y qué se supone que tengo que decir? «¿No hemos follado desde que nació nuestra hija?».

—Tranqui, Phoe —dice Joy—. ¿Has intentado hablar de ello con Jake?

—No —digo inmediatamente—. Solo para disculparme por no poder hacerlo. Pero nunca hemos tenido una conversación como tal.

—¿Por qué no me sorprende? —murmura entre suspiros.

—No puedo hablar con él de eso.

—Vas a tener que hablarlo con él —dice Sienna—. No podéis estar así para los restos.

—Claro que no... Quiero acostarme con él.

Miro a mis amigas y sonrío.

—Quizá debería ir esta noche después de todo —concluyo—. Así me despejo un poco.

Millie también se levanta y las tres me abrazan, pero antes se aseguran de que Sienna no va a aplastar a Charlotte entre nosotras.

—¿Ves? —dice Millie—. Ahora toca olvidarse de la frustración sexual a base de fiesta.

—No puedo creer que haya caído tan bajo... —murmuro, y todas resoplan.

Al menos puedo hacer que mis amigas se rían de mi mierda de situación. Pero antes de poder salir de fiesta con ellas...

—Tengo que conseguir un canguro y un conjunto —digo, separándome de Joy—. Hace mil que no salgo. ¡No tengo ropa!

—Lo sabemos —dice Joy, mientras corre por el pasillo.

Poco después, vuelve con una enorme bolsa de ropa.

—Aquí hay de todo. Vestidos, pantalones, tops y varios conjuntos de ropa interior. Dale las gracias a nuestra amiga la milloneta.

Meto la mano en la bolsa y saco un conjunto de lencería de Agent Provocateur, que fácilmente podría costar doscientos dólares.

—No puedo aceptarlo —digo, mirando a Millie—. Esto es carísimo.

—Al principio no me atrevía a deciros que era multimillonaria porque temía que os aprovecharas de mí, pero ahora me arrepiento porque sois unas guarras desagradecidas —dice, poniendo los ojos en blanco.

—¡Ha dicho «guarras»! —se regodea Joy, y yo pongo los ojos en blanco y vuelvo a guardar el conjunto en la bolsa.

—Bueno, tengo ropa interior, ¿eh?

—Pero nada sexy, ¿verdad? —interviene Sienna, guiñándome un ojo—. Le eché un vistacito a tu cajón el otro día mientras estabas en el baño. Bragas y sujetes de lo más aburrido y sosaina. No querrás que lo que Jake tiene en los pantalones se quede indiferente, ¿no?

—Os odio, chicas —refunfuño—. Qué manera de gastarse el dinero...

—No. Ese bolso sí que es un gasto desproporcionado —dice Sienna, señalando el Birkin que lleva Millie.

Nuestra amiga vuelve a poner los ojos en blanco.

—Tienes unas perolas más grandes que las nuestras —continúa Joy con un argumento ridículo—, así que no le va a quedar bien a nadie más, y no hay etiquetas. Olvídate de devolverlo.

—Pues Millie va apañada si piensa que no se lo voy a devolver —contesto con un poco de veneno, pero cuando todas me miran con fastidio, cojo la bolsa—. En fin, gracias...

La puerta del apartamento se abre y me alivia ver que Jake está en casa para rescatarme de mis amigas.

—¡Hola, Phoe! ¡Ya estoy en casa!

Me cuelo entre Sienna y Millie y me reúno con él en el pasillo. Como era de esperar, sigue con la ropa del entrenamiento. Jake deja la bolsa en el suelo a su lado y me acerca a él. Me rodea con los brazos y aprieta sus labios contra los míos.

—Hola, nena —dice, entrelazando las manos en mi espalda—. ¿Todo bien?

—Sé lo que has hecho, Jake Sullivan... —digo, ahorrándome el saludo.

—¿Cómo, cómo? ¿Qué he hecho? —pregunta inocentemente.

—Las chicas han venido a hacerme una intervención para convencerme de que fuera a una fiesta contigo esta noche, ¿te suena?

Entrecierro los ojos a más no poder y me entran ganas de pegarle un puñetazo en el pecho porque él, mejor dicho, porque todos se han compinchado a mis espaldas. Pero Jake me coge la mano y me inmoviliza el brazo en la espalda, así que difícilmente puedo hacerlo.

—Esta noche vamos a ser como éramos hace un año, cariño —me susurra al oído—. Intenta desconectar y olvidar todo esto. Sé que quieres a Charlotte más que a nada, pero tienes que dejarte llevar. Piensa en ti... en nosotros.

Trago saliva y asiento. Jake se inclina y me besa. Me suelta el brazo para que pueda rodearle el cuello con el otro. Me aprieto contra él y le devuelvo el beso.

Joy rompe el silencio.

—Dejaremos al bebé sobre en la mantita del suelo y nos iremos tranquilamente... Ya sabéis, chiquis: usad condón.

—¡Fuera! —dice Jake—. Y gracias, chicas.

Las chicas salen pitando, cierran la puerta y miro a Jake con los ojos muy abiertos.

No irá a... ¿verdad?

—Ahora no podemos, ¿no? —le digo.

Me entra el pánico de pensar que quiera acostarse conmigo.

Jake levanta las cejas y se ríe.

—No se puede, no. Charlotte está despierta y no nos dejará disfrutar. La llevaré a casa de tu madre y John. Pero luego la noche será nuestra...

—Vale —murmuro, mordiéndome el labio.

—Quiero que lo intentemos, Phoe —dice con suavidad pero con firmeza—. Te quiero. Me estoy esforzando, pero... necesito intimar contigo.

Trago saliva y asiento, incapaz de responder, pero agradecida de que sea sincero conmigo. Sé por qué lo dice.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta Jake, separándose de mí.

—Por ser sincero conmigo —respondo—, porque yo no lo soy.

—Phoe —dice, agarrándome la cara con ambas manos—, sé lo difícil que es esto para ti.

—No, no lo sabes —Sacudo la cabeza—. Ni yo tampoco sé lo que es para ti. Tenemos que solucionarlo juntos.

—Lo haremos —dice, besándome suavemente—. Te lo prometo.

Me acurruco contra él. Ojalá tenga razón.

¹ *N. de la T.* Modelo de bolso de mano de la lujosa marca francesa Hermès, hecho con cuero curtido de forma vegetal.

Jake

Después de dejar a Charlotte en casa de los Jones, John se ofreció a acercarnos a la fiesta de la hermandad. Al principio, a Phoenix se la veía indecisa, y estuvo todo el rato en el coche con la cantinela. Vamos, que no estaba segura de si debía ir a la fiesta. Pero en cuanto llegamos al campus y entramos en la hermandad, donde estaban sus amigas, volvió a ser la Phoenix de la que me había enamorado hace tanto tiempo.

Ahora, pasados unos minutos, la veo florecer, y no hay nada que me haga más feliz.

Las últimas semanas no han sido fáciles. Aunque somos felices juntos, la falta de sexo me está afectando. De verdad que necesito volver a acostarme con ella. Me la chupa como nadie, pero no es lo mismo. Y me cuesta más aún al verla tan sexy como esta noche. ¡Me cago en todo!

Lleva un vestido negro con un escote perfecto para enseñar esos pechos que me vuelven loco. Los tacones negros que calza hacen que sus piernas parezcan aún más largas, de vértigo. La palabra que busco es «excitante». Hace unas horas, cuando salió de la habitación con ese conjunto, se me puso dura y aquí seguimos. Si no fuera por los problemas que tenemos, ya me la habría follado.

Gruño y desvío la mirada de su culo matador hacia Denver. Está charlando con Darren sobre el próximo partido. Tyler ha ido a por más bebidas y ya está de vuelta.

—¿Alguien ha dicho «otra ronda»? —grita segundos después, mientras nos pasa las jarras—. ¡Salud!

—Salud —asiento y bebo un sorbo.

De vez en cuando me doy la vuelta para ver cómo está Phoenix.

—Jake —gime Denver, agarrándome del brazo para que le haga casito—, no se va a mover de ahí, ¿sabes?

—Lo sé —digo para disculparme—. Es que es su primera fiesta desde que...

—Lo sabemos, pero relájate —interviene Darren—. Ya te la follarás después...

Denver emite un sonido ahogado que me hace reír. Darren y Tyler sueltan una carcajada. Aunque estoy perfectamente contento con mi relación, para Denver sigue siendo una pesadilla. Como no tengo hermanas, me cuesta ponerme en su lugar.

—¿Tú querrías saberlo si Dana se follara a Tyler? —gruñe Denver, mirando a Darren con una mueca de asco—. Pues eso, te callas.

—Denver, tío... —Suspiro—. Ni siquiera hemos entrado en detalles...

—No hace falta —contesta—. Me basta con saber que te gusta follar contra la pared.

Pongo los ojos en blanco.

—Millie y yo lo hicimos en la piscina cubierta el otro día.

Darren cuenta como si nada otra historieta sobre su vida sexual, que parece ser, con diferencia, la más activa de todos nosotros. Satisfecho, añade:

—Os lo recomiendo encarecidamente, chicos.

—Lástima que no tengamos novias cuyos padres tengan piscinas cubiertas —dice Tyler—. Eso me recuerda que hace mucho que no mojo. ¡Nos vemos, cracks!

Sonriente, le veo marcharse y sacudo la cabeza.

—¿Creéis que se estará tirando a Joy? —pregunta Darren de repente, tras unos segundos de

silencio.

—Me cuesta imaginármelo —respondo y recuerdo cuando me habló de su pasado con Joy. Tyler parecía frustrado y no creo que nada haya cambiado en ese sentido.

—Joy le está evitando, ¿verdad? —añado.

—Yo creo que es solo un pique. Los que se pelean se desean.

¡Ojo! Darren el filósofo...

—¿Puede alguien iluminarme, por favor? —pregunta Denver—. ¿Cómo que Joy y Tyler?

—¿No lo sabes? —pregunto sorprendido, alzando las cejas—. Creía que había sido el último en enterarme.

—Pues parece que no —refunfuña Denver—. Bueno, cuenta. Soy todo oídos.

Miro a Darren y él suspira.

—Se conocieron en el instituto. Joy perdió la virginidad con él después ir detrás de él durante todo el verano —concluye Darren y yo asiento—. A la mañana siguiente, el mierda seca se mudó a Ohio con sus padres y no volvieron a verse hasta que Tyler le metió la lengua en la garganta a Sienna.

—¿Tenías que recordármelo? —pregunta Denver hoscamente—. Casi lo había olvidado. Bueno, rarete lo de que estuvieran juntos, ¿no?

—No lo estaban —corrijo a mi mejor amigo—. Al menos eso es lo que dice Tyler. Solo se acostaron y Joy se picó después.

—Eso me suena... —murmura Darren.

Sí, la verdad es que Darren tampoco se hizo un favor con lo de Millie en un principio.

—A Phoenix... ¿fuiste tú quien...? —pregunta Darren.

—¿Qué? —pregunto, dando un sorbo a mi cerveza.

La miro. Qué buena está con el conjunto de esta noche... Cuando se ríe, se le mueve el pelo de un lado a otro, como si flotara, y desearía enterrarle las manos en la melena mientras la empotro contra la pared más cercana.

—¿Te refieres a si la desvirgué yo? —continúo.

—¡Tíos, por Dios! —Denver se tensa de nuevo y pone cara de asco—. No quiero saberlo. Es mi hermana pequeña, coño...

—No —digo, ignorándole—. No fui yo. No todo el mundo tiene tanta suerte como tú: el hombre que encontró a la chica adecuada a la primera.

Darren sonrío estúpidamente y Denver también parece animarse un poco. Dios mío, cómo echaba de menos hablar abiertamente con mis amigos. De alguna manera, habíamos perdido la chispa con todo el caos del último año.

—Es que soy un máquina —dice Darren, lleno de confianza en sí mismo, mientras se bebe la cerveza.

Una risa brillante nos saca de nuestra conversación. Giro la cabeza y, de repente, veo a Millie detrás de él. Por suerte, no ha oído el resto de la conversación. Habría querido que se la tragara la tierra de la vergüenza.

—¿De qué te ríes tanto? —le pregunta Darren a su novia, confundido.

—Está cegada por tu ansia de guarroneo —responde Phoenix por ella.

Le paso el brazo por los hombros y la atraigo hacia mí. Darren hace lo mismo con Millie.

—¿De qué estabais hablando? —pregunta Phoenix.

—Pues de todo un poco —respondo vagamente y ella alza las cejas—. De lo que nos gusta hacer...

—Pinta que estaban hablando de sexo —dice Sienna mientras se une a nosotros—. Es el único *hobby* que tienen en común además del fútbol, pero han bebido demasiado para hablar de deportes.

—¿Podemos volver a hablar de Tyler y Joy? —pregunta Denver al grupo—. ¿De verdad soy el único que no lo sabía?

Nos mira con reproche. En concreto, le dirige la mirada a Sienna. Debe estar más que acostumbrada a sus cambios repentinos de humor, así que sonrío con dejadez.

—¿El qué no sabías? —pregunta Millie, mientras le dirige a Darren una mirada que podría hacer que le menguase la polla hasta dejársela como una uva pasa.

Como sigamos por ahí, alguien no va a mojar esta noche...

—Que solían enrollarse —continúa Denver.

Millie abre los ojos como platos.

—Perdona, ¿qué? —pregunta, mirando a Phoenix y a Sienna con los ojos muy abiertos.

Ambas apartan la mirada como si hubieran encontrado algo fascinante en el suelo.

—Pero Jake... ¿Por qué has tardado tanto en soltarlo? —añade.

—Solo lo sé desde hace unos meses —Me justifico—. No como otros, que lo saben desde hace mucho ya...

Ahora soy yo quien acusa a Phoenix con la mirada y ella suspira.

—Sí, bueno, yo lo sé desde hace dos años —admite—. Desde que conocí a Joy, vaya.

—¿Y tú? —pregunta Denver, volviéndose hacia Sienna—. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Pues hará más o menos un año —responde ella—. Joy me lo contó después de la movida del beso con Tyler. Me quiso explicar por qué se había distanciado de mí después de aquello. Y bueno, la razón era Tyler. ¿Y tú qué, Darren?

—Lo sé desde la noche que en que Millie y yo... —Hace una pausa. Mejor que piense antes de hablar, sí—. Cuando fui a pedirle que viniera a Texas conmigo y la lie pardísima.

Con todo y con eso, Millie se sonroja de inmediato. Me gustaría verla en acción en un futuro próximo, haciéndole la vida imposible a un jugador. No me lo imagino, pero por lo que cuenta Darren, no es solo la ratoncita buena y tímida que todos pensamos. Mi mejor amigo no se lo calla tampoco. ¿Cómo si no íbamos a saber cómo es el sexo en un *jet* privado o en una playa privada de Hawái?

—Tyler me dijo que cometió un error similar una vez y que no han hablado en cinco años —dice Darren.

Asiento, porque me encaja con lo que sé.

—¿Y qué dice Joy de todo esto? —pregunta Millie al grupo.

—Lo mismo que Tyler, pero añade que ella fue la víctima de todo este asunto —responde Phoenix.

—¿Y qué pasó? —pregunta Millie—. ¡Jo, tío, me lo pierdo todo!

—Anda, ven —dice Phoenix entre suspiros y le tiende la mano—. Acompáñame a por agua y te lo cuento.

Retengo a Phoenix un segundo, le sonrío y la beso.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunto.

—Sí, genial —responde con una sonrisa—. Todo guay en la fiesta y Charlotte está perfectamente.

—Muy bien —digo, besándola por última vez antes de que se vaya a la barra con Millie.

Me acabo la cerveza y las observo un momento. Luego me vuelvo hacia Sienna.

—¿Tienes un segundo? —le pregunto—. No es nada grave, tranqui.

No lo digo por ella, sino para que Denver no me la líe. La suelta y le hace un gesto a Darren para perderse entre la gente y buscar a Tyler.

—¿Qué pasa?

—Es por Phoe —murmuro y dejo que mis ojos recorran la habitación para asegurarme de que no vuelve—. ¿Te ha dicho algo alguna vez?

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros. Me refiero a nuestra vida sexual.

Sienna palidece de inmediato, lo que me indica que sabe algo. ¡He dado en el blanco! Ahora solo tengo que escarbar lo suficiente y quizá encuentre las respuestas a mis preguntas.

—Sienna... —Indago—. ¿Qué te ha dicho?

—No puedo decírtelo, Jake —responde—. Es mi amiga y...

—Bueno, ¿y a ti no te gustaría saber el porqué si Denver y tú entrarais en temporada de sequía?

—No me compares, listillo —me sisea—. Acaba de parir, Jake.

—Hace casi cuatro meses —le respondo—. Le he... quiero decir... Todo está bien, ¿sabes?

—Sí, quizá ahí abajo. El problema está aquí —dice Sienna señalándose la cabeza—. Parece que no consigue despejar la mente.

—¿Y qué hago? —le pregunto—. No quiero sonar como un pedazo de cerdo, pero es que me muero por tirármela.

Me paso los dedos por el pelo, porque ha sonado fatal. ¡Me cago en la hostia! Sienna me va a arrancar la cabeza, o me va a soltar un discursito de manual, porque parece que quiero faltarle al respeto a Phoenix.

—Ella también quiere acostarse contigo —Me da esperanzas y me aprieta el antebrazo—. Confía en mí, Jake. Te quiere... Es solo que no sabe cómo hacer que funcione de nuevo.

—He pensado en hacerlo... bueno, sin muchos preliminares.

—¿En serio? —susurra—. Fijo que eso te funciona, máquina.

—No me refería a eso —aclaro—. Quiero decir sin alargarlo demasiado. Que surja, y así no se lo piensa mucho.

—¿Te refieres a un rapidín? —dice ella, alzando las cejas.

—Sí. Es que no sé, joder. Por eso te lo pregunto. No quiero hacer nada malo... Ni tampoco presionarla.

—Supongo que hablar no te llevará a ninguna parte —dice, y niego con la cabeza inmediatamente—. Entonces te merece la pena intentarlo. He oído que hay habitaciones aquí arriba...

Abro los ojos de forma poco disimulada y miro en dirección a Millie y Phoenix. Se dirigen hacia nosotros con algo de beber en la mano. Sienna me dedica una sonrisa cómplice y no puedo evitar preguntarme si debería hacerlo. Si sale mal, no solo no mojaré esta noche, sino que las próximas semanas serán un infierno. Phoenix me lo echará en cara por toda la eternidad, y con razón. Pero tengo que intentar algo, lo que sea, para volver a intimar con ella.

—¿Dónde están Darren y Denver? —pregunta Millie.

—Han ido a buscar a Tyler —respondo con indiferencia—. ¿Por qué no los ayudas?

—Pues...

—Sí, vamos, y así de paso localizamos a Joy —dice Sienna, cogiendo a Millie de la mano—. Venga, fiestera.

Sonriendo, Millie la sigue y yo me vuelvo hacia Phoenix. La atraigo hacia mí, contento. Me rodea el cuello con el brazo izquierdo y tira de mí para rozarme los labios.

—Te quiero —me susurra y yo sonrío.

—Yo también te quiero —le digo, acercando la boca a la suya.

El beso se vuelve rápidamente más apasionado y accedo a su boca. Nuestras lenguas inician un juego erótico. El cuerpo de Phoenix se acurruca contra el mío y le recorro las caderas con ambas manos hasta llegar a su culo prieto. Dios mío... ¿cómo no voy a pecar? Esta chica es pura tentación. Gimo y dejo que mi polla dura le roce el vientre.

Es hora de tantear.

—¿Qué te parece si hacemos bomba de humo y fingimos ser jóvenes otra vez?

Phoenix se ríe de inmediato y se separa ligeramente de mí. Me acaricia el pecho con la mano izquierda y me dibuja circulitos en la camiseta.

—¿Crees que somos viejos? —Pongo los ojos en blanco—. Y por casualidad, ¿cuál sería el plan si nos diera por hacer bomba de humo y ser jóvenes?

Pestañea y me alivia ver que responde a mi jueguito.

—Creo que arriba hay una preciosa colección de sellos —digo, de perdidos al río.

—¡Jake! —Suelta una risita y se acurruca aún más en mis brazos—. Me encantaría verla.

—¿De verdad? —susurro y vuelvo a besarla—. Me han dicho que hay un cuño especial para ti. Es bastante grande y está buscando a alguien que le gaste la tinta.

Se ríe de nuevo. Estoy diciendo tonterías, pero me alegro de que a ella también le haga gracia y no me riña.

—¿Ah, sí? —Su voz se vuelve un poco más lujuriosa.

Joder, si no la llevo arriba ya de ya, me voy a correr aquí mismo.

—Así es —asiento—. Te va a encantar...

—No lo dudo... —Suelta una risita y me rodea el cuello con los brazos—. Una vez probé un cuño muy especial, y después de gastarle la tinta, me trajo un milagro.

Me quedo quieto mirándola y vuelvo a besarla. Ahora mismo me importa una mierda dónde estemos y que haya un puñado de universitarios mirándonos. Deseo tanto a Phoenix... La quiero con locura.

Bajo la mano en dirección a sus nalgas y se la meto por debajo del vestido. Subo por el muslo hasta su precioso culo. Aunque estemos guarreando, ha dicho algo maravilloso sobre nosotros y nuestra hija.

—¡Jake! —grita Phoenix, pero vuelvo a interrumpirla con un beso—. Será posible... ¡No me pone que nos miren los demás!

Tiene razón.

Me separo de ella y la cojo de la mano. Entrelazo los dedos con los suyos e, impaciente, arrastro a Phoenix detrás de mí escaleras arriba hasta el último piso de la hermandad. No es la primera vez que follamos en una fiesta, pero sí la primera en estas circunstancias. Por un breve momento, me cuestiono mi decisión. Si meto la pata, puede que Phoenix no vuelva a confiar en mí. Miro por encima del hombro y veo una sonrisa en sus labios.

—Por aquí —decido antes de que me dé por cambiar de opinión.

Tiro de ella hacia una de las habitaciones que sé que está libre y con facilidad, la hago girar para empotrarla contra la puerta.

—Oh, vaya —jadea—. Conque quieres hacerlo...

—Te quiero a ti —digo, colocándole las manos a ambos lados de la cabeza—. Esta es tu

oportunidad para acabar con el miedo, Phoe.

Veo que empieza a darle vueltas al coco y, por dentro, le pido al cielo que no me rechace. Me desea: sé que quiere hacerlo. Solo tiene que superar esta etapa y dejarme hacérselo de nuevo.

—¿Llevas un condón? —me pregunta, burlona—. No pienso hacerlo sin uno.

Me río a carcajadas y asiento.

Esa es mi Phoe...

—Claro que llevo uno —respondo y lo saco del bolsillo trasero—. Miiiira...

Sonriendo, se lo pongo delante de la cara.

—Vale —dice Phoenix.

Me recorre el pecho con las manos hasta llegar al abdomen y agarra el dobladillo de la camiseta. Me guardo el condón en el bolsillo y disfruto de las caricias. Me roza los surcos de los abdominales con las yemas de los dedos y gimo levemente cuando pasa las uñas por encima. Acerco mi cuerpo al suyo y la aprieto contra la puerta.

—Vale, nena. ¿Contra la puerta o en la cama?

—Contra la puerta —responde para mi sorpresa—. Házmelo, Jake, por favor...

—Phoe, yo...

—No —me interrumpe—. Como vuelva a pensar en el tema, se acabó. Por favor te lo pido...

—Toma. —Le doy el condón a Phoenix—. ¡Ábrelo!

Saco la correa del cinturón por la trabilla y me lo desabrocho, luego hago lo mismo el botón de los vaqueros para deslizarlos hacia abajo junto con el bóxer. La tengo dura a más no poder y estoy ansioso por conquistar la estrechez entre sus piernas.

Le doy un beso apasionado antes de apartarla y arrodillarme frente a ella. Tengo que asegurarme al menos de que está mojada. No puedo hacerlo a lo bestia. Le agarro la pierna izquierda y me la coloco sobre el hombro. Aparto el vestidito y se lo subo por encima de las caderas.

Dios, es tan sexy...

—Te quiero —susurro, besándole el interior de los muslos—. Me muero de ganas de follarte, nena...

—Oh, Jake... —gime Phoenix, y se oye un ruido sordo cuando echa la cabeza hacia atrás y golpea la puerta cerrada.

Le aparto las bragas y paso los dedos por su sexo húmedo. Phoenix está más que lista para mí.

—¡Joder... sí! —gime—. Te deseo, Jake.

Me enderezo después de acariciarle dos veces más en la carne húmeda y la hendidura, para bañarla en su propia miel.

Me agarro el pene y deslizo mi mano arriba y abajo unas cuantas veces hasta que está completamente erecto.

—Ponme el condón —le ordeno a Phoenix, echando la cabeza hacia atrás, mientras con la manita me la coge y me la enfunda lentamente.

Típico de Phoenix. Se toma todo el tiempo del mundo.

—Ya está bien... —digo.

Se ríe cuando la cojo de la mano y le beso la muñeca.

—Ven aquí —murmuro y la levanto.

Phoenix me rodea las caderas con las piernas y yo la empujo contra la puerta.

—¿Qué te parece así?

—Perfecto.

Paso la mano entre nuestros cuerpos y le coloco el pene en la entrada. Phoenix gime. Despacio, deslizo la punta por sus labios húmedos unas cuantas veces más: le acaricio el clítoris hasta que, finalmente, me animo a penetrarla. Inmediatamente, su cuerpo se tensa y respiro hondo.

Joder...

La miro a los ojos. Phoenix me evita la mirada.

—Mírame, nena —le ruego, pero Phoenix no lo hace—. Phoenix, cariño, mírame...

Levanta la cabeza y nuestros ojos se encuentran. No está llorando, pero sé que tienen mil pensamientos rondándole por la cabeza. Es como si fuera la primera vez y estuviera sopesando si hacerlo o no. Sé que hace casi un año que no intima con un hombre. Por desgracia, eso me pone aún más cachondo. Sin embargo, poco importan mis necesidades ahora mismo.

—¿Quieres seguir? —pregunto—. No puedo hacer esto a menos que estés cien por cien segura.

—Sí —responde ella—. Házmelo, Jake. Házmelo despacio.

Asiento y le pongo las manos debajo de las nalgas. En esta posición, puedo empujarla con la pelvis sin problemas. Siento cómo deslizo el pene dentro de ella y la oigo gemir suavemente.

Es perfecto. Gime, pero de placer.

—Voy a seguir, ¿de acuerdo? —le digo, para asegurarme de que está bien.

—Sí, por favor —jadea—. ¡Joder, Jake! ¡Sigue!

Phoenix me mira a los ojos y sonríe. Luego se inclina y me besa apasionadamente. Le devuelvo el beso y me hundo en ella de un solo empujón. Me pone demasiado para tomármelo con calma y darle el tiempo que necesita.

—Oh, Dios, sí... —gime Phoenix cuando la saco y vuelvo a metérsela.

Fija los ojos azules en mí. Brillan, así que no puedo evitar penetrarla con todas mis fuerzas.

—Por favor, no pares...

—Jamás lo haría —gimo contra su boca, y le apreso esos labios tan tentadores con los míos—. Te quiero tanto...

—Yo también te quiero —susurra, acurrucándose contra mí—. Te quiero, Jake.

Presiono dentro de ella a un ritmo constante. Toda la frustración sexual de los últimos meses se evapora, y entre nosotros se desata una pasión contenida. Phoenix se acerca un poco más a mí con cada embestida. Me clava las uñas en los hombros y me aprieta a más no poder. Encontramos el ritmo y sentimos cómo fluyen a través de nosotros el alivio, la excitación y el amor.

Por primera vez en casi un año, follamos en una fiesta en una hermandad del campus, con su hermano unos cuantos pisos más abajo.

Y joder, es increíble.

Phoenix

Algo hizo «clic» en mi cabeza después de acostarme con Jake en plena fiesta. En cuanto se corrió dentro de mí —claramente en el condón— nos fuimos de la hermandad. No tenemos que recoger a Charlotte hasta mañana al mediodía, así que hay tiempo de sobra para divertirnos en pareja toda la noche.

Entramos en el apartamento y cuando la puerta se cierra, Jake me da la vuelta y me empuja contra la superficie de madera.

—Te tengo un regalito... —le digo, cambiando de postura para colocarme frente a él.

Sonriendo, le planto un beso en los labios y me arrodillo frente a él. Me mira fijamente. El brillo de sus ojos me pone tan caliente... Vuelvo a mojarme y, por un momento, siento la tentación de dejar lo que estoy haciendo y arrastrarlo hasta el dormitorio, pero me contengo. En lugar de eso, le sonrío.

Me arrepiento de haber esperado tanto para acostarme con él. Sorprendentemente, no me ha dolido nada. No había motivos para sufrir de esa manera.

Desabrocho el cinturón de Jake y le bajo la cremallera. Luego le quito los vaqueros y los calzoncillos. Su polla erecta sobresale delante de mí y la cojo. Jake gime y me aparta de él. Al principio me extraña, pero luego me doy cuenta de que se está deshaciendo de las zapatillas, los calcetines, los vaqueros y los calzoncillos.

Sonriente, le miro y vuelvo a buscar su miembro duro. Jake gime y se quita la camiseta. Ahora está completamente desnudo delante de mí. Paseo la vista por sus músculos de acero. Esos hombros anchos y ese pecho tan bien tonificado armonizan a la perfección con sus abdominales y fuertes muslos, en los que hundo los dedos.

Jake me pasa la mano derecha por el pelo para tirar ligeramente de él. Me echa la cabeza hacia atrás para poder mirarme a los ojos.

Joder, me vuelve loca...

—Métetela en la boca, Phoe —me dice—. Por favor...

Sonriendo, le miro y me inclino hacia delante. Le doy un suave beso en la punta y me aparto. Soy consciente de que estoy jugando con fuego, pero disfruto demasiado con este jueguecito de poder como para darle lo que quiere así, de primeras. Subo y bajo la mano, apretándole ligeramente el pene. Jake gime con fuerza.

Luego me meto el glande en la boca. Jake echa la pelvis hacia delante y le pongo una mano en el estómago.

—Soy yo quien marca el ritmo —respondo con voz aterciopelada, sonriéndole—, ¿de acuerdo?

—Vale... —jadea.

Me introduzco la polla en la boca, esta vez de forma más profunda. Muevo la cabeza hacia delante y hacia atrás. Jugueteo con la lengua a su alrededor, y me la meto tanto que el glande me roza el paladar.

Vaya, sí que la he metido hondo...

—Joder, Phoe... —Me elogia—. Es perfecto.

Me la saco de la boca. Sonriente, me relamo y le miro. Jake sonríe y me acaricia los labios

entreabiertos con el pulgar.

—Eres tan sexy, nena... —murmura—. No puedo creer que seas mi mujer...

Siento un cosquilleo en el cuerpo y se me acelera el corazón. Evidentemente, aún no soy su mujer, pero sé lo que quiere decir.

—Sí que lo soy —le digo y le cojo la polla—, y creo que tengo algo pendiente...

Jugueteo con la lengua alrededor del pene y siento que se pone cada vez más ansioso. Jake quiere controlar la situación; quiere follarme como a él le gusta, pero esta vez no se lo permito. Me la meto en la boca por última vez, hasta el fondo. Gime, cada vez más impaciente, y me agarra el pelo con fuerza.

—Joder, nena —gruñe—. Voy a correrme...

Sigo moviéndome y le deslizo la lengua por la polla una vez más mientras se corre. Disfruto de la sensación de tenerla en la boca y me trago su semen hasta que no queda ni una gota.

—Phoe... —le oigo decir suavemente—. Ven aquí, cariño. Levántate.

Suelto a Jake y me pongo de pie. Me agarra por la cintura y me estrecha contra él. Sellamos nuestros labios y me besa apasionadamente. Le devuelvo el beso y me acurruco contra él. Jake debe de estar probando su sabor, porque me mete la lengua en la boca y juguetea con ella. Desliza las manos por debajo de mi vestido y me toca las nalgas.

—Te quiero —suspiro besándole la nuca—. Lo quiero todo de ti.

Nos quedamos así un momento. Sigue respirando con dificultad y oigo cómo le late el corazón con fuerza en el pecho.

—Yo también lo quiero todo de ti —murmura mientras me levanta.

Grito cuando me sube a los hombros como si fuera un saco de patatas. Me levanta el vestido y me deja el culo al aire. Jake me lo acaricia una vez antes de abofetearme con fuerza.

—Te voy a dar mi opinión sobre esta tarde-noche que he pasado sin bebés a la vista —reflexiona en voz alta—. Con una mujer tan sexy en mi cama, además...

—¿Con una mujer cualquiera? —pregunto.

Jake me baja a su altura y me coge en brazos como a una novia. Le rodeo el cuello con las manos y le miro a los ojos.

—Corrigo: con la mujer más sexy que jamás ha estado en mi cama.

—Eso está mejor —contesto yo—. ¿Y qué es exactamente lo que te pone de esa mujer?

Jake me deja caer sobre la cama y un segundo después está encima de mí. Me roza con la nariz y me besa suavemente.

—Es una bocazas...

Vaya, parece que está enumerando mis mejores cualidades...

—Es una cabezota y siempre quiere tener la última palabra... —Un rastro de besos aterriza en mi cuello y mis pechos; de nuevo, esquivo los pezones—. Además, es... bueno... cómo decirlo...

—¿Atractiva? —sugiero, riendo.

—Bestial.

—¿Bestial? —pregunto, riendo—. ¿En serio?

—Sí —responde con fervor, mientras me besa el vientre—. Y está buenísima; me la comería entera. Sí, es atractiva y, además, es la mejor madre del mundo.

Jake se endereza para que podamos mirarnos a los ojos.

—Vale, Casanova... —me río y dejo que las yemas de los dedos bailen en su pecho—. Yo también te quiero, y ahora fóllame, por favor.

Jake se ríe y me da un beso de lo más intenso. Le rodeo el cuello con los brazos y tiro de él hacia mí. Abro bien las piernas para que tenga espacio entre ellas.

—Joder, Phoenix —gime—. Te deseo tanto...

—¿Y a qué esperas? —le pregunto, mirándole.

—No voy a follarte otra vez hoy... —adelanta—. No pienso quedarme ahí.

Jake se refiere al rapidín en la hermandad y sonrío. Le paso los dedos por los anchos hombros y bajo por el pecho.

En cuestión de segundos, Jake me ha quitado el vestido y la ropa interior. Me sonrío y me besa el lateral del cuello. Lame suavemente la fina piel de mi cuello y desciende hasta los pechos. Me besa los pezones y va bajando.

—Mmm... —Gimo del gusto cuando me mete la punta de la lengua en el ombligo—. Joder, Jake....

Abro las piernas para que tenga mejor acceso a los muslos y él baja para besarme la cara interna de las piernas. Quiere torturarme, lo sé. Es su forma de vengarse por la mamada.

Me roza el clítoris con la lengua y empieza a lamerlo. Demasiado bueno para ser verdad. Sigue así unos segundos. Miles de sensaciones recorren mi cuerpo y mientras desliza dos dedos dentro de mí, me corro una primera vez. Jake ni siquiera piensa en bajar el ritmo. En lugar de eso, continúa su dulce tortura, sin disculpas. Me abre las piernas con sus anchos hombros. Me lame y succiona el clítoris y curva ligeramente los dedos para follarme con ellos con todas sus fuerzas.

—Sí, Jake... —gimo mientras arqueo la espalda.

Levanto la pelvis de forma involuntaria y esta vez él no me empuja hacia atrás. Me entrego de nuevo al orgasmo y mientras me desplomo con dejadez sobre el colchón, me libera de su agarre.

Me quedo tumbada con los ojos cerrados. Estoy sumida en el éxtasis absoluto, satisfecha. El silencio que invade el dormitorio me hace sentir bien. Cuando Jake se tumba a mi lado y me estrecha contra su pecho, me dejo hacer. Siento cómo le late el corazón bajo mis dedos y suspiro suavemente.

Hace apenas unas horas me quejaba con mis amigas de nuestra inexistente vida sexual y ahora... No puedo evitar reírme en voz alta. Seguro que las muy petardas van a querer llevarse el mérito de todo esto.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta Jake, mirándome.

—Nada —le hago un gesto con la mano y le miro directamente a esos brillantes ojos marrones—. Todo va bien.

—¿De verdad? —insiste Jake, mientras me da la vuelta para recorrerme la espalda con la mano.

Dibuja circulitos en ella, al igual que yo hice en su pecho hace un momento.

—Sí —digo, rodando sobre mi estómago para mirarlo—. ¿Por qué lo dudas?

—No lo dudo —dice, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Solo me alegra verte así.

—¿Así cómo? —pregunto—¿Follando?

—Satisfecha —Sonríe—. No voy a volver a follarte hoy; ya te lo he dicho.

Se me pone la piel de gallina y le miro con cariño.

—¿No? —pregunto, ladeando ligeramente la cabeza.

—Mañana más —murmura, besándome la comisura de los labios—. Y pasado mañana, y en

algún momento en que sepa que Denver nos escucha.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Así que crees que follarte a su hermana estando él en casa es buena idea? —Levanto las cejas—. No me gustan los mirones, y menos si es mi hermano.

—Basta con que sepa que vamos a hacerlo —explica Jake, y puedo imaginar claramente el gusto que debe sentir al restregárselo a Denver.

—¡Serás bestia! —suspiro y me acurruco contra él—. A mí tampoco me encantan las historias sexuales que cuenta Sienna; créeme.

—Denver exagera —dice Jake—. Puedo entender que no quiera oír detalles, pero aún no soporta que te toque y te bese delante de él.

—Dale tiempo —le ruego a Jake, para defender a Denver—. Y no tenemos que hablar de él ahora, ¿sabes? Impresionante...

—Tú sí que eres impresionante —murmura, haciéndome girar sobre la espalda.

Jake se apoya con los antebrazos a ambos lados de mi cabeza. Sonriendo, me pasa el dedo índice por la nariz y me chincha dando un par de toquitos con el dedo. Suelto una risita.

—¿En serio? —pregunto, y él asiente.

—Sí —dice sonriendo—. Abre las piernas.

Hago lo que me dice y siento cómo se desliza entre ellas. Me roza el coño con la polla y ambos gemimos. La desliza varias veces por mis labios vaginales, aún estimulados. Abre el cajón de la mesilla y saca un paquete en el que hay una cantidad exagerada de condones.

—¿Vas a tomarte la pastilla? —me pregunta mientras abre el paquete.

—Aunque lo hiciera, no follaríamos sin condón.

—Te quedaste embarazada con condón —me recuerda—, así que...

—Sí, porque no pudiste esperar y te lo pusiste mal —le acuso.

Me molesta que la culpa sea siempre de la mujer. Yo usé anticonceptivos, al igual que él. De hecho, para ser exactos, fue doble protección. Cómo íbamos a saber que ninguno de los dos funcionaría...

—¿Ah, sí? —pregunta moviendo las cejas.

Jake saca un condón del envoltorio y se lo pone.

—¿Se pone así, señorita Jones? ¡Enséñeme!

Le cojo la polla y aprieto. Jadea y me lanza una mirada llena de maldad.

—Parece que encaja, ¿no?

—Qué bien... —resopla y se inclina hacia mí.

Apenas roza los labios con los míos cuando entra en mí. Va metiéndomela con calma y disfruto de cada centímetro de él. Jake está tenso porque no quiere precipitarse. Le encantaría follarme, pero se contiene. Por mí, por nosotros.

Gimo cuando me penetra hasta el fondo, después de que le rodee las caderas con las piernas. Nuestros labios se encuentran. Nos besamos apasionadamente y nos entregamos por completo a nuestro acto de amor.

Esto no es follar, no es perversión como en la fiesta, esto es hacer el amor.

—Joder, Jake... —suspiro, mientras levanto la pelvis para recibir sus embestidas.

—Dios, cariño... Adoro estar dentro de ti.

—Sí...

Acerco la boca a la suya. Jake me devuelve el beso y entrelaza nuestros dedos por encima de mi cabeza.

Poco después, casi llegamos al clímax, ¡e insisto: casi! El muy cabrón me la saca y me sonrío con picardía. No puedo creer que se atreva a hacer eso.

—¿En serio? —exclamo—. ¡Estaba a punto!

—¿Se me ha olvidado mencionar que la paciencia no es una de tus virtudes?

—¿Qué te pasa? ¿Has desayunado payaso hoy? —le pregunto frustrada.

Jake me la mete y nos da la vuelta para ponerse bocarriba. Ahora estoy encima de él, pero sigo teniéndola dentro.

Le dejo caer las manos en el pecho y él me fija las suyas en el culo.

—Adelante... Sírrete —dice, como si me hubiera preparado un banquete. Y joder... vaya delicia—. Móntame hasta correrte.

Le recorro los duros pectorales con las manos y rodeo sus pezones erectos. Jake tiene la boca entreabierta. Está tan excitado...

El pánico de hace unas horas parece una realidad lejana. Cuando empiezo a mover la pelvis, desaparece casi por completo. Fui una estúpida al pensar que su polla ya no me cabría. Siempre lo hizo y siempre lo hará. Quizá necesitara el polvo de la fiesta para cambiar de mentalidad. Y ahora no puedo dejar de gozármela. Jake y yo volvemos a follar y pienso hacer que todo el mundo se entere.

Sigo folládomelo hasta que se corre dentro de mí y yo no tardo mucho en llegar al clímax.

Empapada en sudor, me derrumbo sobre él. Jake me la saca, pero no hace ningún movimiento para apartarme de él o deshacerse del condón. Se limita a abrazarme. Me acaricia la espalda y me susurra una y otra vez cuánto me quiere.

Y yo hago lo mismo.

Epílogo: Phoenix

Adelaida, Australia, dos meses más tarde.

Como los Lincoln Tigers no llegaron a la final del campeonato universitario, aprovechamos para tomarnos nuestras primeras vacaciones en familia con Charlotte. Cuando le pregunté a Jake si le parecía bien que visitáramos a Sadie en Australia, aceptó de inmediato. De hecho, estaba tan emocionado que les contó nuestros planes a Denver, Darren y Tyler. Darren y Denver se lo contaron a Sienna y Millie, y al parecer, una de ellas se lo dijo a Joy. Así que bueno, nuestros amigos decidieron unirse al plan de cabeza.

Los padres de Sadie tienen una enorme hacienda en una zona rural a dos horas en coche de Adelaida. Darren, en particular, estaba entusiasmado con la idea de pasar unas vacaciones allí. Aunque no le gusta admitirlo, tiene cierto apego a su familia y al rancho ganadero de Texas.

Los padres de Sadie tienen varias casas de vacaciones, en dos de las cuales podemos alojarnos. Jake, Charlotte y yo compartimos casa con Denver y Sienna. Joy, Tyler, Millie y Darren se quedan en la otra. Hay que pasárselo bien antes de que los chicos vuelvan a Estados Unidos para el *Combine* y, más tarde, para el *draft*.

Al principio no me apetecía mucho que vinieran todos, porque quería pasar un tiempo a solas con Jake y Charlotte. Pero luego pensé que podría ser divertido. Dentro de unas cuantas semanas, nuestras vidas cambiarán para siempre. El destino de los chicos también determinará en cierto modo nuestro futuro: el de Sienna, Millie y el mío, claro.

Joy está soltera y puede quedarse en Lincoln si quiere. A menos que algo pase entre ella y Tyler... Pero lo dudo mucho. Mi mejor amiga intenta no dirigirle la palabra a no ser que sea estrictamente necesario. Además, Tyler la evita. Probablemente yo también lo haría si Jake me gritara cada vez que abro la boca. A veces es muy dura con él.

Accedemos a la zona de llegadas del aeropuerto, donde normalmente hay unas cuantas personas con carteles de bienvenida, y buscamos a mi amiga, pero no consigo localizarla. Nos vimos por última vez el pasado junio, antes de que yo volara a casa. Sadie siempre me había dicho de ir a Chicago a vernos, pero cuando me fui de Bristol, hizo las maletas y se fue a España para trabajar en un complejo hotelero cerca de Barcelona. De allí viajó a Italia y luego volvió a Australia, después de pasar por Alemania y Francia. Visitó todos los lugares a los que dijimos de ir juntas antes de que yo supiera que estaba embarazada.

Charlotte tiene ahora cinco meses y estamos todo el rato pendientes de ella. Hemos sobrevivido al vuelo, pero solo porque Millie nos ha dejado volar con el avión familiar de los McDonald, aunque le dijimos que no era necesario. De todos modos, insistió. Dijo que nunca volvería a volar en un avión comercial. Su novio parecía incómodo y ya es decir, porque Darren Andrews difícilmente se incomoda.

Para Charlotte, en cambio, ha sido mano de santo, porque así he podido dormirle en la parte trasera cuando me ha apetecido. Lleva una semana tomando leche de fórmula. Además, le están saliendo los dientes, por lo que Jake y yo estuvimos replanteándonos el viaje un tiempo. Hace unos días se pasó la noche llorando. Fue horrible y, desde luego, no es el planazo que tenía en mente para unas vacaciones, pero la semana pasada ya estuvo tranquilita. El pediatra al que fui a ver anteayer me dijo que le habían salido los primeros dientes de leche y que ahora estaría un poco más calmada. Mi madre y la madre de Jake también lo confirmaron.

—¡Phoenix! —Levanto la cabeza y veo a Sadie saltando emocionada—. ¡Estamos aquí!

Sin pensármelo dos veces, le dejo el cochecito a Jake y corro entre los transeúntes hacia ella, que me espera con los brazos abiertos. Me alegro mucho de verla. Riendo, me abraza y yo le devuelvo el abrazo.

—¡Qué ganas tenía de verte! —exclamo—. ¡Te he echado tanto de menos...!

—Yo también te he echado de menos —responde ella—. No puedo creer que estés aquí.

Los demás no tardan en unirse a nosotros. El hermano de Sadie está justo a su lado.

—Hola —Me presento—. Soy Phoenix.

—Yo soy Kyle —responde con un tono agradable—. Encantado.

—Deja que te presente a mi gente —continúo, dándome la vuelta—: estos son mi hermano Denver y su novia Sienna.

—Hola —dice Sienna y Denver hace lo mismo—. Encantada de conoceros por fin.

—Hola —Sadie los saluda—. Encantada de conocer por fin también al famoso hermano de Phoenix. Me ha hablado mucho de ti.

—Te habrá dicho solo cosas buenas, supongo —responde, y nos reímos.

Claro que solo he dicho cosas buenas de él... ¿Qué más podría decir? Vaya egocéntrico es a veces...

—Estos son Joy y Tyler —Continúo presentando al grupo y Sadie también los saluda—. Y ellos son Millie y Darren. Millie es la dueña del avión en el que hemos venido.

—Oh... —Sorprendida, Sadie mira a Millie—. ¿Eres la dueña de un avión? En plan... ¿de la aerolínea?

—No —explica Millie, y tengo que reprimir una carcajada. Es probable que los demás hagan lo mismo—. Mi familia tiene un *jet* y nos lo han dejado.

—¿Un... *jet*? —Sadie se atraganta con sus propias palabras por un momento—. ¿Un *jet* privado, dices?

—Sí —dice Millie encogiéndose de hombros—. Pero no es para tanto...

—No, para nada... —murmura Darren, acercándola a ella—. Gracias por invitarnos. Mi familia también tiene una granja en Texas. Me encantaría ver cómo funcionan las cosas en Australia. A mi hermana le gustó mucho cuando visitó a nuestro tío en Sídney.

—¿Ah, sí? —pregunta Sadie con una gran sonrisa—. Seguro que te sentirás como en casa con nosotros.

Entrecierro los ojos para descifrar la reacción de Millie y sonrío para mis adentros. Como era de esperar, se pone celosa.

—Y este es Jake —Termino la ronda de presentaciones con una sonrisa y me acurruco en brazos de mi novio.

—Hola —la saluda él—. Me alegro mucho de conocerte. Phoenix lleva semanas hablando de ti...

Me río y saco a Charlotte del cochecito. Por suerte está despierta y mira con curiosidad a Sadie.

—Y esta es probablemente la personita a la que más ganas tenías de conocer —Le guiño un ojo a Sadie—: Charlotte Sadie Sullivan.

—¿Le has puesto mi nombre? —pregunta Sadie, con los ojos muy abiertos, y asentimos.

—Phoenix dice que habría estado perdida sin ti —dice Jake, señalándome—. Así que jamás podremos agradecértelo lo suficiente.

—Ay, qué vergü me está entrando... —susurra Sadie, mientras las mejillas se le tornan de un

delicado tono rojo.

—Es la verdad —le aseguro a mi amiga, mientras dejo a Charlotte en el cochecito.

Le pongo el chupete y le doy el mordedor.

—Vale —dice Sadie, dando una palmada de motivación—. Antes de que me ponga moñas, deberíamos ponernos en marcha. Tenemos dos coches. Yo puedo conducir uno y uno de vosotros tendrá que conducir el otro. Kyle tiene cosillas que hacer y volverá más tarde con uno de nuestros empleados. ¿Alguien tiene experiencia conduciendo por la izquierda?

—Yo —responde inmediatamente Darren, levantando la mano—. Estuve un par de semanas en Inglaterra.

—Genial —dice Sadie, entregándole una de las llaves—. Phoe, tú vienes conmigo. El cochecito no cabe en el otro coche.

—Vale. Entonces iremos nosotros tres... —Miro a mi alrededor y señalo a Jake y Charlotte — y Sadie, Denver y Sienna. Tyler, Joy, Millie y Darren, vosotros id en el coche más pequeño.

—Perfe, pues nos las apañamos así —Sadie parece conforme y nos indica el camino.

—Sí, perfe... —murmura Millie, recalcando las palabras de mi amiga.

Luego tira de Darren detrás de ella y Joy y Tyler los siguen.

Lanzo una mirada interrogativa a Sienna y ella se limita a sonreír.

—Supongo que alguien está celosa de que a Darren le guste la granja de Sadie —dice sonriente.

Sacudo la cabeza porque estoy segura de que Sadie no tendrá absolutamente ningún interés en Darren y camino hacia ellos junto a Jake.

Mi novio me sonríe y me da un beso dulce.

—¿Preparada para nuestras primeras vacaciones familiares? —me pregunta y yo asiento.

—¡Nací preparada!

Unos días después...

Me siento en el regazo de Jake y le rodeo el cuello con los brazos.

—Se ha quedado dormida... —le digo, besándole suavemente—. Los demás se han ido a montar a caballo.

—Así que estamos solos, ¿eh? —señala, tirando de mí para ponerme a horcajadas sobre su regazo.

Desde que acabé con mis miedos hace dos meses, hemos tenido sexo tan a menudo como antes de quedarme embarazada. Y ahora somos oficialmente pareja.

—Sí, eso parece —confirmo y vuelvo a besar a Jake.

Me desliza las manos por la espalda y luego por debajo de la camiseta.

—¿Cuánto tiempo crees que dormiré Charlotte?

—Mucho tiempo, espero —susurro, acurrucándome contra él.

Me baja las manos por la espalda hasta llegar al culo.

—¡Mis ojos! ¡Mis pobres ojos!

Gimo resignada y apoyo la frente en la de Jake. Algún día mataré a Denver. Hace tiempo ya que sabe que su mejor amigo y yo somos pareja, así que es normal que seamos cariñosos entre nosotros, ¿no?

—Ignóralo —me dice Jake entre dientes y me besa de nuevo.

—¿Cómo vamos a ignorarlo? —murmuro contra sus labios y él gruñe—. Ya sabes cómo es.

—¡Por desgracia, sí!

Jake me aparta de su regazo para que pueda sentarme con normalidad.

Denver, Sienna y Sadie se acercan y se unen a nosotros.

—¿Teníais planes, chicos? —pregunta mi hermano innecesariamente.

—Pues ahora que lo dices, queríamos follar —gruñe Jake—, ya que por una vez nuestra hija está durmiendo. No hemos tenido mucho tiempo para ello las últimas semanas porque le están saliendo los dientes.

—Ya, ya... —Denver le hace un gesto con la mano, como si no le importara—. A este paso, acabaréis haciendo otra sin querer. Deberías agradecerémoslo a Charlotte y a mí.

Sienna, Sadie y yo ponemos los ojos en blanco.

—Sabes que te comportas de forma absurda, ¿no? —pregunta Jake—. ¿Ah, ya lo sabías? Vale, vale...

—¿Y tú te has dado cuenta de que sigues tirándote a mi hermana pequeña?

—Ya lo hemos pillado —interrumpe Sienna a Denver y lo besa—. Y tú te tiras a la amiga de tu hermana, así que todos contentos.

Denver suspira y sube a Sienna a su regazo.

—¿Cómo os conocisteis? —pregunta Sadie, mirando a mi hermano.

Denver sonríe cariñosamente a Sienna.

—A mi chica le asignaron la habitación vacía de nuestro antiguo piso, porque la dirección de la residencia me inscribió en el registro como la señorita Denver Jones —dice y Sadie se echa a reír—. Un día, Sienna se plantó en el salón con el bolso y una maleta, convencida de que yo era el novio de esa misteriosa Denver Jones. Y el resto, bueno... Se lo debemos a mi encanto.

—Sí, claro... —dice Sadie, entre risas—. Estoy segura de que las tienes a todas a tus pies...

Jake me apoya la cabeza en la curva del cuello para aguantarse la risa. Está claro que lo ha dicho con sarcasmo.

—¿Veis? —Denver se vuelve hacia Sienna y hacia mí con una seriedad admirable—. Por fin, una mujer que lo entiende.

—Tío —rechista Jake—, ¿no ves que te está vacilando?

Denver la mira, desconcertado, y todos soltamos una carcajada. No me creo que se haya tomado lo que le ha dicho Sadie al pie de la letra. Se le ve angustiado al pobrecito...

—¡Ya estamos aquí, peñita! —dice Joy, sentándose junto a Sadie—. Vaya tierras te gastas... ¡Y menuda granja!

—Sí —confirma Sadie mientras Tyler, Darren y Millie se sientan.

A Millie no le cae bien Sadie. Es una pena... Cree que Darren puede interesarse por ella porque ambos tienen tierras. ¡Pero vaya gilipollez! No creo que a Darren le importe algo más que no sea la granja. Quiere a Millie más que a nada en este mundo. Pero tal vez yo también lo haría si hubiera una chica que encajara con lo que Jake ha visto en casa.

—Los pastos son aún más grandes que los nuestros en Texas —dice Darren—, pero la tierra es peor.

—Ganamos dinero criando toros para que los monten en rodeos. Nos ocupamos de los animales con otros fines y no para la actividad ganadera, como hacéis vosotros.

—En eso tienes razón —contesta Darren, acercando a Millie.

Menos mal que lo ha hecho; de lo contrario, a mi amiga se le iría la olla. Puede que Darren no sea tan tonto como pensábamos las chicas. Desde que está con Millie, es diferente. En el buen sentido. Se hacen bien el uno al otro.

Lo mismo digo de mi hermano y Sienna. Después de la muerte de papá, Denver estaba hecho una furia y se encerraba en sí mismo. Mientras mamá, Madison y yo íbamos a terapia, Denver intentaba llenar el vacío con el fútbol. Gracias a Sienna, le ha dado a John una verdadera oportunidad y ahora va a visitar la tumba de papá más a menudo. Ahora sabe que John no pretende ocupar su lugar, pero papá ya no está y Denver tiene que seguir adelante.

Joy ha sido mi mejor amiga desde que llegué a la universidad. Nos conocimos en una fiesta. Las cosas no han ido muy bien entre nosotras en los últimos meses, porque no puedo soportar esa actitud prepotente y descarada con la que va rondando por ahí. Antes me divertía que siempre las soltara una detrás de otra. Pero con el tema Charlotte y de los problemas con Jake, se puso demasiado intensa. Aunque siempre intentaba actuar con seriedad y sé que no pretendía hacerme daño, me costaba aguantarla.

Estas semanas ha ido a mejor. Espero que encuentre al chico adecuado, de verdad. Puede que sea Tyler, aunque ahora no lo parezca.

—Te quiero —le digo a Jake mientras le miro a los ojos.

—Yo también te quiero —dice en un suspiro y me besa suavemente.

Le devuelvo el beso y entonces veo que se ilumina el monitor del vigilabebés.

—Bueno, ya voy yo... —digo levantándome.

Joy me sigue. Sonrío, la miro y asiento.

Juntas entramos en casa. A diferencia de nuestro apartamento, la cuna de Charlotte está en nuestra habitación.

Abro la puerta y me acerco a la cuna. Mi niña tiene los ojos abiertos y está jugando con su mordedor.

—Falsa alarma —digo aliviada y miro a Joy.

—Tía, anoche me acosté con Tyler... —suelta, sin más—. ¿Y ahora qué coño hago, Phoe?

¡Y se suponía que no había nada entre ella y Tyler!

¡Pues vamos listos!

Conoce a la autora

Evidentemente, fueron los deportes —concretamente los deportes de pelota— los que despertaron en Mrs. Kristal el gusanillo de la escritura. La autora empezó a escribir en 2012, y sus primeros textos sobre el mundo del fútbol evolucionaron a lo largo de los años hasta convertirse en verdaderas historias y, finalmente, en libros.

A partir de ese momento, Mrs. Kristal se mudó a otro continente y no dejó de escribir sobre este deporte que tanto le apasionaba. En 2021 publicó su primera novela de romance universitario y fútbol americano. Mrs. Kristal se inspira en situaciones cotidianas, en sus recuerdos y vivencias y en sus conversaciones con amigos y familiares.

Sus libros se centran siempre en el amor y la amistad, además de en el deporte. Lo que más le gusta de la escritura es poder sumergirse otros mundos, donde sus personajes recorren un largo viaje hasta llegar a un final feliz. Cuando Mrs. Kristal no está escribiendo, le gusta pasar tiempo con sus amigos y su familia y viajar siempre que puede. Uno de sus mayores sueños es visitar al menos una vez en la vida las ciudades, países y estadios sobre los que tanto escribe.

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@mrskristal.autor](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Ilustración de la portada: Keti Matakov